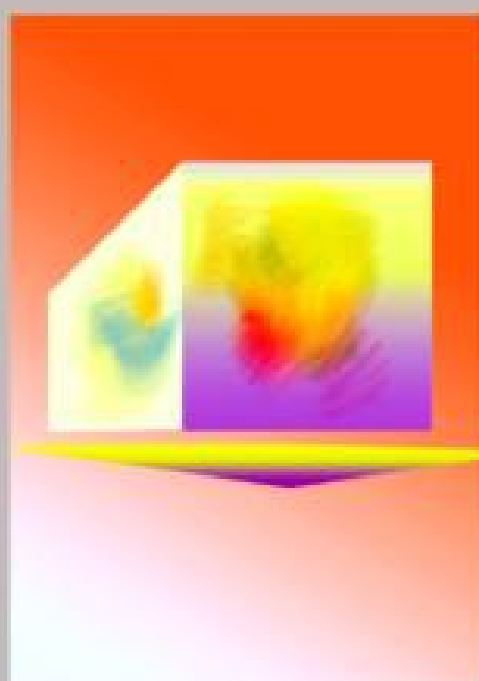


Enriqueta Moreno [Comp.]



El psicoanálisis y la capacidad creativa en el ser humano



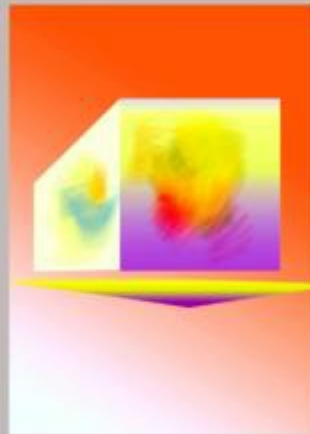
Psicoanálisis

APM
BIBLIOTECA NUEVA

Enriqueta Moreno [Comp.]



El psicoanálisis y la capacidad creativa en el ser humano



Psicoanálisis

APM
BIBLIOTECA NUEVA

EL PSICOANÁLISIS Y LA CAPACIDAD CREATIVA EN EL SER HUMANO

Colección Psicoanálisis
Editorial Biblioteca Nueva
y
Asociación Psicoanalítica de Madrid

Comité editorial: Manuela Utrilla, Martina Burdet, Begoña Gállego, Juan Hernández,
María Herrero, Benigno Prado y Javier Ugarte

Enriqueta Moreno (Comp.)

EL PSICOANÁLISIS Y LA CAPACIDAD CREATIVA EN EL SER HUMANO

Asociación Psicoanalítica de Madrid
BIBLIOTECA NUEVA



siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

DIPUTACIÓ, 266,
08007, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos.editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

Cubierta: A. Imbert

© Los autores, 2013

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013

Almagro, 38

28010 Madrid

www.bibliotecanueva.es

editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-913-9

Edición en formato digital: mayo 2013

Conversión a formato digital: Disegraf Soluciones Gráficas, S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

Presentación, BEGOÑA GALLEGO

Los fundamentos de la capacidad creativa del ser humano, RAÚL FERNÁNDEZ VILANOVA

Estructuración del psiquismo en la temprana infancia. Esbozos del pensamiento creativo, Josi Ma ERROTETA

El juego como expresión de la función simbólica, MARIELA MICHELENA

El complejo de Edipo y la creación de la novela familiar, DANIEL SCHOFFER

Adolescencia, etapa bisagra en la adquisición de una identidad psicosexual. La creación de sí mismo, SASIN ADURIZ

Crisis de la edad media de la vida y creatividad, PEPA LLINARES

Envejecimiento y creatividad, CARLOS PADRÓN

Reflexiones psicoanalíticas sobre la cultura, la creación y la creatividad, ELOÍSA CASTELLANO-MAURY

Escenario perverso y neosexualidad, José Luis GALLEGO

La cultura de la muerte: más allá del instinto, el poder destructivo como hecho creativo, GEMA SANCHO

PRESENTACIÓN

'Creatividad', según el Diccionario de la RAE, es la capacidad o facultad de crear, y 'Crear' del latín 'creare', es «producir algo de la nada» («Dios creó cielos y tierra»).

En una segunda acepción, 'crear' es establecer, fundar, introducir por vez primera algo, hacerlo nacer o darle vida en sentido figurado («crear una industria, un género literario, un sistema filosófico, un orden político, necesidades, derechos, abusos»).

En el primer sentido es una facultad divina, en el segundo es una capacidad humana. Actividad exclusivamente humana que se inicia en las primeras etapas del desarrollo a través de la vinculación con el objeto primordial, se desarrolla en el juego del niño y se prolonga en el fantaseo del adulto.

.Facultad y necesidad de crear y de crearse del sujeto ante el vacío, la insatisfacción y los duelos que la vida plantea a todo ser humano.

El presente libro recoge las reflexiones de diez profesionales en torno a la creatividad, su desarrollo, su papel en distintos momentos vitales, y su relación con la perversión y la violencia.

En el primer capítulo, Raúl Fernández Vilanova nos propone sus hipótesis sobre la génesis de la creatividad partiendo del concepto de interpretación como la acción de un intérprete (el niño) que pone en relación un signo con un objeto. A medida que el mundo se complejiza, el niño tiene que aumentar sus recursos para interpretar y dominar ese mundo, con lo que el psiquismo también se complejiza en una relación constante entre el mundo y el yo y viceversa. El autor considera iniciático el momento de la aparición de la autoconciencia, en el que la «máquina humana» se propone otros fines más allá de los biológicos, sobre todo calmar la angustia ante el desamparo y la muerte.

José M.a Erroteta plantea en su artículo que empezamos a crear por puro desvalimiento, alucinando el pecho faltante. Para el autor, la creación humana se inaugura con un acto de omnipotencia y autoafirmación. El hecho de que este acto sea, a la vez, exitoso y fallido es un acicate para intentarlo de nuevo una y otra vez a lo largo de la vida. Siguiendo a Winnicott, la creatividad se daría en el espacio de la ilusión. Lugar intermedio entre la realidad interna y la externa, entre la fantasía y la realidad. Lugar de los sueños y los proyectos que se quieren realizar. De las expectativas útiles que hacen transitable la realidad.

A continuación, Mariela Michelena nos invita a un recorrido por la actividad de jugar en el niño, distinguiendo entre el arte de jugar y el contenido del juego. Nos recuerda que el juego fue reconocido muy pronto como un lenguaje del psiquismo. La autora nos propone la expresión «el trabajo del juego» a la manera del «trabajo del sueño» de Freud para referirse a una función del aparato psíquico, a una tarea del

preconsciente. Apoyándose en su experiencia clínica, nos invita a reflexionar sobre dicho trabajo y a observar los mismos recursos técnicos (condensación, desplazamiento y formación sustitutiva) que en el sueño y en el chiste.

Daniel Schoffer, en «Complejo de Edipo y la creación de la novela familiar», sigue la evolución del infans desde su posición de falo que completa a la madre y la necesaria entrada del padre en escena imponiendo una doble interdicción, al hijo y a la madre, rompiendo la célula narcisista formada por ambos. Complejo de Edipo, organizador psíquico y paso necesario para que el infans pueda inaugurarse como sujeto y crear su propia historia sexuada y cultural.

En su capítulo, Sabin Aduriz nos adentra en el tiempo de la adolescencia, punto álgido de la mayor tarea de creación de todo sujeto, la creación del «sí mismo». La adolescencia es un tiempo de metamorfosis, tiempo de crisis de la identidad infantil y punto de reestructuración psíquica. La adolescencia es un tiempo de deconstrucción y de construcción creativa. Duro trabajo elaborativo, que, si todo va bien, dará un nuevo estatuto al cuerpo, a la identidad y al mundo. Siguiendo a Winnicott, el autor nos señala la gran importancia del espacio grupal, como espacio transicional adolescente. No hay creación personal si no es reconocida por los otros del grupo.

Pepa Llinares Llorca nos acerca a la crisis de la edad media de la vida y a su relación con la creatividad. Este período se sitúa entre los 35 y los 50 años, según la personalidad de cada sujeto y su medio sociocultural. En la mujer, esta crisis va a estar marcada por la menopausia, pero, tanto en la mujer como en el hombre, implica una reorganización de la economía pulsional. Ambos han de enfrentar las angustias de envejecimiento, la pérdida del deseo, de la potencia sexual y el fin de la capacidad procreativa. Junto a estos duelos necesarios, para la autora esta crisis entraña, sobre todo, un autodescubrimiento en cuanto a lo verdadero y auténtico de uno mismo. Autodescubrimiento que permite seguir siendo, y seguir sintiéndose real, sintiendo que la vida sigue siendo significativa y vale la pena vivirla.

El doctor Carlos Padrón reflexiona sobre el siguiente período de la vida, y plantea la función de la creatividad en el envejecimiento. Nos muestra que las capacidades creativas y sublimatorias deben ser mantenidas y desarrolladas sin cesar: «Son como una gimnasia psicológica.» A pesar de los límites que la biología puede imponer, la capacidad creativa, ver una nueva solución con los elementos disponibles, no tiene por qué desaparecer con la edad. El autor termina su capítulo con una frase de Jacques Brel: «Vieillir c'est ne pas rêver» (envejecer es no soñar), que sin duda es el mejor resumen de su exposición.

Los tres últimos capítulos del libro se apartan de la dimensión temporal del sujeto y se centran en tres grandes temas: la cultura, la perversión y la cultura de la muerte.

En el primero de ellos, Eloísa Castellano comienza con una crítica del uso y abuso de términos de las ciencias físicas y matemáticas, so pretexto del cientificismo, en el campo de las disciplinas humanistas, produciendo textos sin sentido y olvidando los

componentes pulsionales presentes en toda obra creativa. A continuación, se pregunta por las producciones plásticas de una parte del arte actual que privilegian lo arcaico, lo excremental, lo repugnante, y por las que privilegian lo puramente tecnológico como si las manifestaciones afectivas o pulsionales se toleraran mal o se repudiaran. Frente a la vía corta autocalmante, la autora reivindica la vía larga del trabajo de sublimación que contribuye al equilibrio psíquico del sujeto y alimentan su autoestima. Es en esta vía en la que se inscriben la creatividad y la creación verdadera.

En el siguiente capítulo, José Luis Gallego parte de un amplio recorrido por los conceptos de perversión y creatividad en Freud y encuentra un punto en común, el retorno a un narcisismo sin exigencias, pleno y sin conflicto, pero los caminos que sigue cada una es distinto, en un caso la obra creativa, en el otro la renegación de la castración. Después se adentra en el concepto de neosexualidad de Joyce McDougall. Esta autora concibió la sexualidad perversa como una sexualidad diferente, en parte innovadora. En cierta forma tanto el artista como el perverso intentan imponer su goce. Pero el carácter fuertemente ritualizado de esta sexualidad la hacen poco creativa, repitiendo su puesta en escena al servicio de eludir la angustia de castración, dejándola sin la libertad que requiere cualquier acto creativo.

Por último, Gema Sancho hace una reflexión sobre la experiencia de la violencia y la muerte y su peso en la vida del hombre. Platón afirmó que la filosofía es una meditación de la muerte. La muerte tiene distinta significación en las diferentes épocas, culturas y religiones. El propio psicoanálisis y los psicoanalistas no han podido escapar a las situaciones de violencia. Freud mismo tuvo que partir al exilio ante la amenaza del nazismo. Por otra parte, el psicoanálisis siempre ha tenido mala relación con las dictaduras. La regla fundamental y la libre asociación no encajan bien con los totalitarismos. Especialmente interesante es la reflexión sobre psicoanálisis y terrorismo en nuestro país.

BEGOÑA GALLEGO

Licenciada en Psicología. Secretaria del Comité de Publicaciones

Asociación Psicoanalítica de Madrid

Los fundamentos de la capacidad creativa del ser humano

[RAÚL FERNÁNDEZ VILANOVA](#)

Tengo que comenzar por decir algunas cosas sobre los fundamentos de la creatividad haciendo una aclaración para evitar malentendidos. Usaré con frecuencia los términos interpretación, interpretar, etc., entendiéndolos como la acción de un intérprete que pone en relación un signo con un objeto. Es lo que hace Freud en La interpretación de los sueños, cuando relaciona signos oníricos con deseos inconscientes. En cambio, no me ocuparé aquí del sentido más corriente al que se ha deslizado el término, que entiende por «interpretación psicoanalítica» la acción de transmitir al paciente lo que el psicoanalista cree haber entendido («le interpreté que...», o «me interpretó que...»). Me parece que en esta última acepción de la palabra queda difuminado el hecho de que la «interpretación» comunicada al paciente es en realidad la comunicación de una interpretación surgida previamente en la mente del analista, de un modo consciente o no (Fernández Vilanova, 2004).

Naturaleza y cultura

Hecha esa aclaración, quiero decir que abordaré el tema de hoy desde dos enfoques complementarios. El primero consiste en una pequeña intervención en la polémica siempre renovada entre genetistas y ambientalistas sobre el papel de los genes y la cultura en la hominización. Afortunadamente hace ya mucho que sabemos que un niño criado fuera del ambiente humano no llega a humanizarse, lo cual demuestra que no bastan los genes, y que un simio superior criado en el ambiente humano tampoco llega a humanizarse, lo cual enseña que no basta con la cultura. Me alegro de que Freud no cayera en esas tentaciones extremistas, como lo prueba el modo en que presentaba uno de sus conceptos fundamentales: «La pulsión es un concepto límite entre lo psíquico y lo somático», «un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo» (Freud, 1915). Aunque también es cierto que, por muy próximo a Freud que uno se sienta, hay que reconocer que eso de «concepto límite entre lo psíquico y lo somático», y lo del «interior del cuerpo» no es muy preciso. Pero al menos queda aceptado que «lo somático» participa en la hominización, junto con lo que viene del ambiente, que fue resaltado más tarde por Winnicott.

Se entiende que Freud hablara de esa manera vaga de «lo somático» y del «interior del cuerpo», en un momento en que la genética apenas contaba con dos o tres años de existencia. Las precisiones las hicieron los discípulos de Darwin, a quien Freud admiraba tanto. Uno de ellos, el etólogo evolucionista Richard Dawkins, fue quien creó una inquietante definición del soma de los seres vivos: «los seres vivos somos máquinas de supervivencia de los genes» (Dawkins, 1976). Sostiene Dawkins

que la meta del gen no es otra que la duplicarse engendrando réplicas suyas, a partir del caldo primigenio en que se habría originado la vida. En ese largo camino, las formas que sobrevivieron tuvieron que complejizarse para adaptarse al nuevo medio, y otro tanto debió ocurrir ante cada uno de los cambios que siguieron. Tal proceso de complejización estuvo a cargo de los genes, y no porque los genes sean bichitos inteligentes capaces de proponerse metas, que no lo son. Lo que probablemente ocurrió es que, a favor de su actividad duplicadora, se inició un número inimaginable de procesos de asociación de genes para afrontar la complejidad del medio. Es seguro que la inmensa mayoría de esos procesos terminó en fracaso, por efecto de la selección natural descubierta por Darwin. Pero unos pocos de esos procesos de complejización prosperaron, y, a lo largo de millones de años de supervivencia de los más aptos para la adaptación, llegaron a tomar la forma de los seres vivos que hoy conocemos, entre los que nos encontramos los hombres. Entonces, junto con los otros seres vivos somos lo que Dawkins llama «máquinas de supervivencia de los genes», máquinas construidas mediante sofisticadas asociaciones de células, especializadas para cumplir las diferentes funciones del cuerpo, del soma freudiano.

El único fin de los genes es difundirse para perpetuarse en una suerte de inmortalidad, y lo consiguen mediante los cuerpos que han creado, que hacen todo lo que pueden para cumplir con la exigencia genética, tratando de conseguir el mejor partenaire para la procreación. Por ejemplo, los cuerpos desarrollan atractivos plumajes, dicen cosas seductoras, usan adornos y van al gimnasio para estar sanos y bellos. «Pero qué me dice usted! - protestará en este punto algún humano-, si aparte de ir al gimnasio y usar adornos, hemos inventado la penicilina, hemos escrito La divina comedia, y hemos desentrañado la pulsión sexual, que nos diferencia de las bestias. ¿Acaso no somos la única especie que usa su aparato reproductor para hacer juegos sofisticados?» Tengo que reconocer que nuestro humano tiene razón, y que probablemente la obra humana tiene alguna meta distinta de la perpetuación de los genes, lo cual me lleva al segundo enfoque anunciado al comienzo.

Sin duda que construir la catedral de Versalles y escribir y filmar El gatopardo son actividades creativas que serían difíciles de explicar teniendo en cuenta sólo la selección natural de los genes más aptos. Por eso en este punto tengo que formular mi primera hipótesis: en algún momento del proceso evolutivo surge la autoconsciencia, la consciencia de sí, el sí mismo, y partir de ese punto la «máquina humana» ya no se conforma con la tarea de transportar los genes de una generación a la siguiente. En una mentalidad evolucionista como la de Freud, tuvo que haber la representación de este momento inicial de lo propiamente humano, y de ahí extrajo la noción de pulsión como concepto límite entre lo somático y lo psíquico. Mas, precisamente, pulsión sería un término que evoca la unión de un instinto, que en su origen sólo empuja a la perpetuación de los genes, con las nuevas metas que la autoconsciencia impone, todas de base narcisista, o sea, de autoconservación y perpetuación del propio Self.

Parece obvio que al aparecer la autoconsciencia tuvo que perturbarse el funcionamiento automático del instinto, de un instinto que interpreta la realidad en miras a una supervivencia individual necesaria para la transmisión genética. Porque

junto con la representación del sí mismo surgieron nuevas reglas y nuevas metas que reorganizaron el escenario. No es lo mismo cazar un ciervo para comer - da igual si quien lo caza es un león o un antecesor del hombre-, aun con toda la actividad interpretativa que exige esa meta, que pintar una escena de caza en la pared de una cueva. Seguramente el león tiene algún tipo de representación de la escena de perseguir, matar y devorar al ciervo. Pero es probable que la representación de los primeros hombres autoconscientes haya incluido, junto con la consideración consciente o inconsciente de los procedimientos que usarían, de los peligros que debían evitar y del destino que darían a su presa - que comparten con el león-, la representación simbólica del suceso, como queda plasmado en los yacimientos de Atapuerca, que es una actividad innecesaria para la pura supervivencia genética. Llegados a este punto, el paso fundamental estaba dado, y escribir *La divina comedia*, descubrir la penicilina o teorizar sobre la pulsión sexual es algo que tenía que llegar en algún momento, por efecto de la complejización creciente de esa organización ya simbólica. Eso no impide que el antiguo mandato genético de reproducirse, recogido en la Biblia, siga su curso entre los humanos, a través de rituales de cortejo, apareamiento y cuidado de las crías, que en su estructura básica no difieren de los de los otros seres vivos (Pinker, 2002).

Estamos ya en un plano en el que en la «máquina de supervivencia» se dan fines distintos a los impuestos por los genes. Los nuevos fines tienen que ver con la supervivencia del sujeto individual en sí mismo. El primero de esos fines, y tal vez el único, es el de calmar la angustia ante el desamparo y la muerte personal, que emerge precisamente con la autoconsciencia. Los artistas y los filósofos se han percatado de esa angustia mucho antes de la existencia del psicoanálisis. Sería demasiado larga de enumerar la lista de los comportamientos con que los hombres buscan calmarse y restablecer el principio del placer. Una parte de esos comportamientos son actividades productivas rutinarias, como limpiar la casa e ir a la oficina, y actividades creativas, como pintar *La Gioconda*, escribir *La conjura de los necios* o dar una conferencia sobre la creatividad. Otra parte de la lista estaría hecha de comportamientos destinados a negar o suprimir la angustia de la existencia. Algunos de ellos, que tenemos como saludables, están asociados al disfrute del pensamiento y los sentidos, mediante el cine, la lectura, la buena gastronomía o la sexualidad lúdica. Otros comportamientos, menos saludables, buscan evitar la angustia apagando los sentidos y el pensamiento mediante diversas adicciones, y también mediante dogmas simplificadores del mundo, que funcionan como drogas simbólicas. Como se ve, con la autoconsciencia se abre un ilimitado campo de acciones que, al menos de un modo directo, ya no están destinadas a la difusión de los propios genes, sino a la «realización personal», como podríamos decir de modo un poco cursi. Y se abre entonces el proceso por el que una cría humana llega a ser capaz de crear, además de reproducirse. Este camino de la «realización personal», de búsqueda de la inmortalidad personal, que a veces entorpece la difusión de los propios genes, ha sido, tal vez por eso, el tema principal de la cura psicoanalítica.

En un breve y trascendente trabajo titulado *La negación* (Freud, 1925), en el que han apoyado sus teorías tanto Melanie Klein como Jacques Lacan, Freud propone una

hipótesis sobre los orígenes del psiquismo, que a mi modo de ver es también una hipótesis sobre el origen de la capacidad creativa humana. Entiende Freud que la organización del aparato psíquico se inicia con juicios que establecen que «algo» es bueno o malo, y de ellos se deriva la creación de una serie de categorías. Pero ya esos primeros juicios, esas decisiones del niño de que «algo» es bueno o malo para él, muy anteriores a la existencia del Yo definitivo, son decisiones creativas. Más precisamente, son interpretaciones creativas. A esas interpretaciones les sigue el acto de incorporar ese «algo» si es bueno, o de expulsarlo si es malo. Ese acto introyectivo/proyectivo, innumerablemente repetido, engendra un primer procedimiento estable de organización del mundo y del Yo, que es la disociación.

-En este punto, quiero formular mi segunda hipótesis, y es que el proceso que acabo de sugerir es un proceso interpretativo, que se inicia cuando el antecesor del sí mismo, anterior a toda subjetividad, juzga que «algo» es bueno o malo para sí. Puede sorprender un poco la idea de que «algo» que no es ni Yo, ni sí mismo, ni sujeto, «decida» que «algo» es bueno o malo para sí. Puede sorprender aún más la idea que el ser vivo, y no sólo el hombre, interactúa con el mundo mediante la interpretación de signos. Y la idea que un niño recién nacido interpreta puede sorprender en gran medida si asociamos la interpretación sólo con el lenguaje. Y puede sorprender por un segundo motivo, porque entonces la interpretación sería anterior al Yo, al sentimiento de sí mismo y al Inconsciente. Y es ésta precisamente mi tercera hipótesis, la de que el Self, el Yo y el Inconsciente son resultados de un proceso interpretativo.

Decía que la decisión primitiva de que algo es bueno o malo para mí, el juicio de que algo es bueno o malo, es ya una interpretación. Son interpretaciones hechas con las tripas, o con las hormonas, o con el hipotálamo, o con las fantasías originarias, o con la información almacenada en el genoma (Mosterín, 2006). Todo eso puede discutirse. Pero lo que cuenta es que son interpretaciones que sirven para tomar decisiones sobre el mundo. Por ejemplo, la decisión de que algo es bueno o malo para mí, de que está dentro o fuera, y a partir de ahí la decisión sobre si existe o si es un producto de mi imaginación.

Decía también que el resultado de esa actividad interpretativa primaria es el procedimiento organizativo al que llamamos disociación. No me gusta del todo llamarlo «mecanismo de defensa», porque en ese momento no hay todavía un Yo organizado a cargo de tal proceso defensivo, y tampoco una organización que pueda ser dañada. Sin embargo, cabe pensar que ese «algo» al que me refería defiende la posibilidad de que el proceso organizativo continúe, y el incipiente sistema se complejice. A ese antecesor del Yo y del sí mismo, que progresivamente se complejiza y organiza, Freud lo llamó «Yo placer» (Freud, 1825). Si todo va bien y el proceso sigue adelante, «eso» llegará a ser un Yo, un «Yo definitivo», un Yo que tendrá que soportar crecientes magnitudes de ansiedad producida por la complejidad del medio, que aparece ante el niño envuelto en una ambigüedad que dificulta sus interpretaciones. Por ejemplo, si en un primer momento al niño le bastaba con relacionar lo bueno con lo interior y lo malo con lo exterior, poco después dará con

que hay cosas buenas que son exteriores, como el pecho materno, y cosas malas que son interiores, como su dolor de tripa y de oídos. Y más adelante se enfrentará al hecho de que su deseo de ser amado por el padre puede tener consecuencias inquietantes, y que su amor por la madre, también. Y que el amor materno no resulta tan libre de ambivalencias como pretendía Freud. Todos estos descubrimientos, si se alcanzan, complican las cosas y complejizan el mundo. En esta nueva situación, la disociación ya no es suficiente, y el niño necesita producir otros procedimientos organizativos que, ahora sí, son también defensivos de una incipiente organización yoica simbólico-afectiva. Esos otros procedimientos, que como decía antes son organizativos y defensivos a la vez, esos procedimientos que se crean a partir de la disociación primaria, y que tienen una creciente complejidad, son la represión, la renegación, la identificación proyectiva, la negación, la inversión de la perspectiva, la racionalización, etc.

Aunque sólo sea de un modo intuitivo, podemos representarnos la idea de que a medida que se multiplican los estímulos del mundo, el niño aumenta sus recursos para interpretarlos y dominarlos mediante la creación de nuevas categorías. O, al revés, que con el aumento de sus recursos interpretativos el niño es capaz de dar valor de signos a un mayor número de estímulos, y eso aumenta el número de categorías en las que su experiencia va ordenando el mundo. Cualquiera que sea la forma de expresarlo, lo que ocurre es que se multiplica tanto la actividad interpretativa del niño como los signos que interpreta y es así que, progresivamente, sus interpretaciones dan lugar a conocimientos cada vez más integrados, interconectados e interdependientes. En pocas palabras, sus interpretaciones dan lugar a la formación de un sistema, al que llamamos psiquismo. Pero, como antes he sugerido, esa progresiva complejización del mundo no sigue un camino continuo, sino que atraviesa crisis que transforman el sistema una y otra vez, al modo de rupturas epistemológicas o cambios intrasubjetivos de paradigma (Kuhn). Esta es una hipótesis que ya fue expresada por Freud en 1897 en una carta a Fliess, y en 1900 en *La interpretación de los sueños*, cuando habla de las transcripciones que sufren cada tanto las huellas mnémicas que van llegando al aparato psíquico por la vía de la percepción. Más tarde Freud habla de fases de la libido, que suponen cambios en el centro de gravedad del sistema, y en 1923, en *La organización genital infantil*, describe el gran cambio que suponen la fase fálica y la fantasía de castración.

Sin duda, las transformaciones del sistema psíquico, los cambios en las leyes y en la organización del sistema psíquico, aumentan la percepción de la complejidad del mundo. Cada aumento de la complejidad hace emerger nuevos signos, para los que no hay interpretaciones previstas. Se producen entonces dificultades transitorias en la capacidad interpretativa del niño, que él resuelve complejizando su mente. Son cambios que abren paso a la normalidad, si el sujeto consigue acomodarse a ese incremento de la complejidad del sistema. Pero hay un tipo de cambio que introduce en el sistema una ambigüedad insuperable. Un tipo de cambio que con razón ha sido considerado catastrófico, porque aumenta de un modo desmedido la dificultad de la interpretación del mundo, hasta el punto de que impide la reorganización edípica. Se trata del traumatismo psíquico (Fernández Vilanova, 1995, 1998 a y b), rescatado por

Ferenczi (Ferenczi, 1932) del arcón de los recuerdos en los años heroicos del psicoanálisis.

Ahora bien, aquellos resultados de la interpretación del niño que guardan coherencia entre sí y admiten ser interconectados cobran una identidad fuerte, y eso es el Yo. Pero ese proceso de unificación yoica se produce rechazando lo incompatible, y proyectándolo al exterior del sistema. Un ejemplo, en clave freudiana, es el de la instalación del complejo de Edipo. El niño se ve llevado a hacer inconscientes las cargas incestuosas pregenitales para asegurar la integridad narcisista de su Yo. Y mientras el Yo funciona bien, las cargas de objeto pregenitales permanecen fuera de escena, pero pueden reactivarse regresivamente. Este proceso también podría ilustrarse en clave kleiniana, indicando que el establecimiento de la posición depresiva envía a la inconsciencia la relación de objeto parcial propia de la posición esquizoparanoide. Pero sólo la reduce a la inconsciencia. La prueba de que la posición esquizoparanoide no deja de existir es que ambas posiciones se alternan a lo largo de la vida psíquica. Para que exista el Yo, multitud de representaciones parciales, incoherentes e incompatibles han de hacerse inconscientes. O sea que no se puede hacer tortilla sin romper algunos huevos. Y de ahí la afirmación de Andre Green de que el inconsciente resulta de la génesis del yo.

Creatividad versus defensa patológica

Pero, aun cuando el Yo coherente consiga formarse, no quedan suprimidos todos los problemas. Ocurre que cuando lo malo para el Yo tiene mal sabor y es desagradable al tacto, es fácil decidir. Pero cuando es algo atractivo pero es temible o está prohibido, surge el conflicto, y para superarlo hay dos caminos. Uno de ellos es la creatividad, que amplía los recursos del Yo y lo hace flexible, permitiéndole la invención de soluciones que cuadran las cuentas y lo dejan bien con Dios y con el diablo. El otro camino es la defensa patológica, que empobrece el Yo y lo hace rígido, porque suprime el conflicto entre interpretaciones incompatibles reprimiéndolo, negándolo, proyectándolo e incluso escindiendo el Yo y el objeto.

Pondré un ejemplo sobradamente conocido, que he mencionado otras veces. La Elizabeth de Freud (Freud, 1895) sufre un pasmo cuando se le hace consciente su (correcta) interpretación de que, ahora que su hermana ha muerto, ella puede casarse con su cuñado, algo que estaba entre sus deseos inconscientes de raíz infantil. Por ese motivo, interpreta esa unión como algo incestuoso, y entonces se hace inadmisibles a su Yo. Del mismo modo, interpreta inconscientemente como algo incestuoso haber tenido sobre sus piernas durante meses la cabeza de su padre moribundo. La neurosis de Elizabeth consiste en un doble fallo. Por una parte, falla su represión. Como no consigue reprimir las interpretaciones infantiles incestuosas, interpreta inconscientemente como algo sexual los cuidados que da a su padre enfermo, necesitado de cariño y cuidados físicos. Por ese mismo fallo de su represión, tampoco consigue disociar al cuñado, su hermano político prohibido, del hombre viudo con el que se podría casar. Y, como consecuencia del fallo represivo, fallan sus recursos creativos, que le permitirían interpretar los cuidados a su padre como virtudes de una

buena hija, y el matrimonio con su cuñado como algo bueno para todos.

El conflicto es conflicto entre interpretaciones

Se ve en lo anterior que me aparto un poco de la definición clásica de conflicto, que lo entiende como un choque entre representaciones incompatibles, o entre un representante pulsional y una defensa procedente del yo. En cambio, prefiero pensarlo como conflicto entre interpretaciones posibles. Y ese conflicto tiene tres formas principales, que coinciden con tres inconscientes diferenciados, y no sólo uno.

Por una parte, podemos hacernos a la idea de que, a medida que el psiquismo se complejiza, surgen multitud de interpretaciones incompatibles unas con otras y con la coherencia del Yo, que tienen que ser dominadas de alguna manera. La más sana de esas maneras, precisamente la que no pudo usar Elizabeth con eficacia, es la represión, el más evolucionado de los procedimientos defensivos ante las interpretaciones incompatibles. El conjunto de las interpretaciones corrientes de un signo', que a la vez son incompatibles con la coherencia del Yo, forman el Inconsciente reprimido.

Junto con esta forma de presencia del inconsciente en la determinación de nuestra vida, hay otra, que procede del traumatismo psíquico. Lo traumático consiste en sucesos que producen una angustia que desborda los recursos defensivos del sistema. Por la naturaleza del suceso y la magnitud de angustia que provoca, el sistema psíquico no consigue producir una interpretación que reduzca la angustia e incorpore el suceso al comercio asociativo. Incapaz de interpretar adecuadamente el suceso e integrarlo, el psiquismo se escinde y lo conserva inalterado y con su interpretación en suspenso en una de sus partes. Se trata del Inconsciente escindido, que paradójicamente es un inconsciente consciente.

Pero además, y desde el nacimiento, el sujeto humano está expuesto a estímulos y experiencias internos y externos que son radicalmente refractarios a la interpretación. Básicamente porque esos estímulos existen en un registro que está fuera del alcance de nuestros recursos interpretativos, por sofisticados que éstos fueran. Lo cual no impide que incidan en nuestras vidas, como pasa con los rayos ultravioleta, con los ultrasonidos y con multitud de procesos del interior de nuestro cuerpo. Entiendo que ésta podría ser una buena descripción de lo que Freud llama Inconsciente primordial.

Si bien se mira, estas tres formas de desconocimiento de una parte de nuestro ser, son tres tipos de límites a la interpretación. Sin embargo, uno de los rasgos que caracterizan la naturaleza humana es su atracción por rebasar los límites. Probablemente, una forma posible de entender la creatividad humana sería relacionarla con la capacidad de formular nuevas reglas que convierten en interpretables nuevos signos. En relación con las tres formas de inconsciente que acabo de describir, no sería forzado postular que el psicoanálisis en su modalidad de cura tipo surge para devolver a la conciencia las interpretaciones reprimidas, propias de la neurosis y la normalidad. Desarrollos ulteriores del psicoanálisis han ampliado

el registro de los signos interpretables, y han permitido abordar las interpretaciones en suspenso, en espera, que constituyen el inconsciente escindido, característico de las patologías narcisistas, fronterizas y psicóticas. Para llegar a la interpretación correcta de las interpretaciones reprimidas y las interpretaciones en suspenso, el psicoanalista se vale de la empatía, la intuición y en general de la contratransferencia. Finalmente, las ciencias positivas y las disciplinas de origen filosófico avanzan constantemente sobre el enigmático fondo de nuestro inconsciente primordial. Por todos esos caminos los hombres nos esforzamos por recuperar el contacto con esa parte que ha quedado perdida en el proceso evolutivo.

Soy consciente de que no es habitual en psicoanálisis hablar de interpretaciones reprimidas, ni de interpretaciones en suspenso, ni de las interpretaciones con las que el recién nacido va construyendo su mundo, en colaboración con su madre. Pero esto no tendría que ser algo llamativo si estuviéramos habituados a pensar en términos de interpretación todas las situaciones en las que el ser vivo recibe información del medio, la procesa y la usa para interactuar con él. La lista de ejemplos podría ser infinita. El girasol interpreta la posición del sol y gira con él. El murciélago interpreta el eco de sonidos que él mismo produce, y usa esa información para orientarse en la oscuridad. El perro de Pavlov interpreta el sonido de la campana como el signo de que va a recibir alimento. El niño pequeño, incapaz de dominar su angustia por sí mismo, interpreta la voz, el olor o el sostén de los brazos de la madre como algo que puede reducir su malestar. Da igual si la interpretación está a cargo de cierta hormona en el girasol, o del oído interno en el murciélago, o de cierta localización en el hipotálamo del bebé. En todos estos casos, nuestros sujetos convierten en signos interpretables los estímulos procedentes del medio, y eso ocurre con todos los seres vivos. Sólo que en los humanos la capacidad de interpretar signos ha crecido a medida que se complejizaba el medio, y con la aparición de la autoconsciencia ese crecimiento se ha hecho exponencial.

Parece incluso que el proceso por el que emerge la representación en general y la representación de sí mismo en el bebé tiene importantes parecidos con el modo en que apareció la capacidad de representación y la autoconsciencia en los homínidos, hace bastantes miles de años. En tal caso, la propuesta de Ernst Haeckel (1866) de que la ontogenia recapitula la filogenia, recogida por Freud y reactualizada en nuestros días por Jesús Mosterín (2002), al menos en este punto tendría razón. Lo que hasta hoy no se había llegado a expresar, y ésta es mi cuarta hipótesis, es que la actividad interpretativa que se realiza desde el comienzo de la vida está en el origen de la autoconsciencia y la capacidad de representación. O dicho de una manera que parafrasea la Biblia, primero fue la interpretación.

Creatividad y psicopatología

La excitación y el caos de los primeros momentos de la vida, con indiscriminación de los afectos, produce displacer, y el niño necesita reducirlo. Lo hace mediante la disociación y los demás procedimientos organizativos y defensivos antes mencionados. De ese proceso surge el Yo y el Sí mismo. Pero, dicho esto, hay que

apuntar que esa operación de reducción del displacer puede utilizar más tarde procedimientos normales, psicopatológicos o creativos, y llegar también a resultados de esas tres clases. Con un pequeño esfuerzo, podemos representarnos que tras el primer recorte de la realidad producido por la disociación (¿bueno o malo?, ¿dentro o fuera?) queda en pie la incertidumbre de dónde poner cada cosa: Y también podríamos pensar que cierta dosis de incertidumbre y ambigüedad, al modo del espacio transicional de Winnicott, es necesaria para hacer funcionar el sistema. La suficiente ambigüedad para que la normalidad y la neurosis sean posibles, y no tanta ambigüedad y equívoco como la que está en la base de las patologías graves. Pero en todos los casos, la ambigüedad empuja a hacer interpretaciones y a tomar decisiones. En el caso de la normalidad y la neurosis, muchas de las interpretaciones y decisiones posibles estaban previstas en el medio familiar, y le fueron suministradas al bebé *prêt-à-porter*, «listas para llevar». En el caso de las patologías graves, se ha tratado de interpretaciones y decisiones imposibles de realizar por el bebé o el niño pequeño, y siguieron siendo imposibles hasta que, si hubo suerte, la intervención terapéutica consiguió realizar las interpretaciones pendientes. Finalmente, está el caso de interpretaciones que no están previstas en el medio social, familiar y cultural, pero donde el sujeto cuenta con recursos como para llegar a producir la interpretación inédita.

En este punto, propongo una quinta hipótesis: la creatividad humana funciona en los resquicios de las reglas que organizaron suficientemente el caos inicial, y en ese sitio produce nuevas reglas, que cambian el equilibrio del conjunto. La posibilidad de la creatividad depende entonces de que el sistema produzca o encuentre zonas de incertidumbre y ambigüedad, como la que en su origen lo puso en funcionamiento. Una incertidumbre cuya interpretación no está prevista en el cuerpo de interpretaciones vigentes, o sea, en la creencia vigente. La anécdota clásica de Newton lo ilustra. A lo largo de la historia han estado cayendo manzanas delante de gente de toda condición. Pero fue a Newton a quien se le ocurrió que ese fenómeno cotidiano expresaba una regularidad que podía plasmarse en una fórmula matemática, con la que se podía explicar el equilibrio del Universo. Con ello crea una ley que no existía, que tiene que compatibilizar con lo anterior. Y, con frecuencia, lo nuevo tiene que desalojar lo anterior o al menos transformarlo profundamente. Eso ha pasado en la historia de la ciencia y también en cada tratamiento psicoanalítico exitoso. Porque también la persona que acude a nosotros viene para que introduzcamos la novedad que cambie o transforme su sistema de interpretaciones, que ha entrado en crisis. Sin embargo, que la novedad se haga necesaria y que aparezca, no quiere decir que se acepte, ni en los tratamientos que emprendemos, ni en el devenir de las ciencias, ni en la vida cotidiana.

Conflicto y creatividad

La reacción ante lo nuevo, ante lo que el sistema no tiene previsto y lo cuestiona, ante lo que no está incluido en la creencia vigente, suele ser el rechazo. Y si no que le pregunten a Copérnico cómo le fue con la Santa Inquisición. O sea que la novedad, la idea original y creativa, entra en conflicto con lo anterior y tiene que desalojarlo o

transformarlo. Ante la novedad que surge en el proceso interpretativo -y no me refiero sólo al que transcurre entre el terapeuta y el paciente, sino también a lo que pasa en la vida cotidiana y en el devenir de la ciencia - se abren las siguientes alternativas.

- 1.El cambio, y la aceptación de lo nuevo, a partir de una hipótesis que no está contemplada en las reglas vigentes, y que transforma el sistema. Ésta es la solución creativa.
- 2.El dogma, que rechaza la novedad y se encastilla en la creencia, que entonces se hace simplificada y agresiva. Ésta es la solución fanática.
- 3.El síntoma, que no ignora la nueva interpretación, pero que no puede renunciar a la antigua, y hace un mix con ambas. Como se ve en la Elizabeth de Freud, ambas interpretaciones son del propio sujeto. Ésta es la solución neurótica.
- 4.La perpetuación de la angustia, porque el sistema no está definido, y entonces se hace imposible llegar a una interpretación satisfactoria y calmante. Ésta es la solución psicótica.

Parece obvio que la forma buena de superar el conflicto es la creatividad. Pero, como se desprende de lo anterior, la solución creativa está amenazada y constreñida por todas partes, tanto en los tratamientos que realizamos como en la realidad de todos y en la historia de ciencias. El creador, el que formula la solución novedosa, es el que propone nuevas interpretaciones que afloran en los intersticios de las reglas que sostienen su sistema psíquico. Para hacerlo ha de usar sus recursos inconscientes, tanto los recursos disponibles en su inconsciente reprimido como aquellos que integran su inconsciente primordial. Porque la creación necesita de un Yo bien organizado, y de recursos inconscientes disponibles. Un Yo bien organizado es un sistema complejo que se nutre de sus recursos inconscientes, o de su memoria emocional, como diría Stanislavsky refiriéndose a la interpretación escénica.

Pero ¿cómo usa el creador su inconsciente, o más estrictamente, como se interpreta con el inconsciente? Ya dijo Freud que todos, no sólo los psicoanalistas, tenemos en nuestro inconsciente un aparato con el que interpretar el inconsciente de los otros. Es a ese aparato seguramente al que nos referimos cuando hablamos de usar la contratransferencia para entender a nuestros pacientes. Una contratransferencia que usa medios empáticos, intuitivos, o adivinatorios (Freud) para formular hipótesis. Y sino ¿cómo hubiera sabido él que Elizabeth estaba enamorada de su cuñado, si ella no se lo dijo? En el ejercicio clínico, el analista o el psicoterapeuta psicoanalítico usa su inconsciente para crear puentes entre el Yo coherente y los contenidos inconscientes de sus pacientes. En esos casos hay un ejercicio de creatividad, que permite identificar la regla que explica el caso, mediante la formulación de una hipótesis que puede confirmarse o no. Es así como opera la mejor interpretación psicoanalítica. Es la interpretación que Kohut llama intuitiva, que se formula por una vía empática directa. En oposición a ella está la interpretación deductiva, que usan algunos

analistas. No está mal, viene a decir Kohut, interpretar sólo por vías lógico-deductivas, cuando las premisas son claras. Eso puede funcionar con neuróticos bien organizados. Pero esta modalidad interpretativa no permite desbloquear la interpretación en suspenso, la interpretación que no pudo formular en su momento el paciente psicótico o fronterizo.

Y en cuanto a avanzar en el conocimiento del inconsciente primordial de los humanos, no queda otro camino que esperar que la creatividad vaya produciendo las nuevas reglas y categorías explicativas de lo inconsciente que no es ni reprimido ni escindido. También aquí, los procedimientos para incrementar el saber no pueden ser deductivos ni inductivos, sino abductivos, como decía el semiótico Charles Sanders Peirce (Peirce, 1903). O sea, la formulación directa de la interpretación de un fenómeno, que sólo a posteriori es testado por las vías deductivas e inductivas. Si se mira la historia de las creaciones y descubrimientos humanos, incluido el psicoanálisis, encontramos que todos los incrementos de saber se deben a ese procedimiento. Naturalmente, también Peirce ha usado una hipótesis abductiva para descubrir las hipótesis abductivas.

He tratado en lo anterior de formular una hipótesis sobre la génesis de la creatividad. Muy esquematizada, es la siguiente: por algún tipo de facilitación genética, en la especie humana la interpretación primitiva ha conducido a la autoconsciencia. La actividad interpretativa autoconsciente ha desembocado en la formación de un Yo y un inconsciente complementarios. Esa conquista ha complejizado la realidad y ha abierto el camino de la capacidad creativa para desentrañar mediante interpretaciones las leyes del mundo y de la subjetividad propia y ajena.

Bibliografía

DAWKINS, Richard (1976), *El gen egoísta*, Barcelona, Lumen, 2002.

FERENCZI, Sándor (1932), *La confusión de lenguas entre los adultos y el niño*, tomo IV, Madrid, Espasa Calpe, 1984.

FERNÁNDEZ VILANOVA, Raúl (1995), «El trauma psíquico como perturbación de la organización fantasmática», *Revista de la APM*, núm. extra de 1996.

(1998a), «Regresión y confusión contratransferencial de lenguas», *Revista de la APM*, núm. 27, 1998.

(1998b), *Psicoanálisis del efecto mariposa*, inédito.

(2004), *La escucha psicoanalítica, universo en expansión*, Ponencia al VIII Simposium de la APM, en núm. extra de la *Revista de la APM*, 2004.

FREUD, Sigmund (1895), *Estudios sobre la histeria*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

FREUD, Sigmund (1915), Las pulsiones y sus destinos, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

-(1925), La negación, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

MOSTERÍN, Jesús, La naturaleza humana, Madrid, Espasa Calpe, 2006.

PEIRCE, Charles Sanders (1903), «Pragmatismo y abducción», en Lecciones de Harvard sobre el pragmatismo. Trad. del Grupo de Estudios Peirceanos, Universidad de Navarra.

PINKER, Steven (2002), The Blank Slate, Nueva York, The Penguin Group (La tabla rasa, Barcelona, Paidós, 2003).

Estructuración del psiquismo en la temprana infancia. Esbozos del pensamiento creativo

[JOSi M.a ERROTETA*](#)

Muy probablemente (y no digo con toda seguridad, porque aún ignoramos casi todo de lo que acontece en la vida intrauterina), muy probablemente, repito, el primer acto creador de un recién nacido es el chupeteo que efectúa después de haber conocido el pecho y haber sido apartado de él.

Cuando el bebé vuelve a tener sensación de hambre y antes de llorar para reclamar su comida, intenta gratificarse a sí mismo por medio de una producción alucinatoria sustitutiva del pecho faltante. Así, alucinando, se procura (por un corto período de tiempo) un «alimento» que, a ojos del observador, queda reflejado en ese chupeteo repetido, que coincide además con movimientos oculares, semejantes a los de la fase REM del sueño.

Comenzamos a crear por puro desvalimiento' y lo hacemos como psicóticos, produciendo una alucinación de nuestro objeto de deseo. Ya en ese mismo instante, nos estamos apartando de nuestro origen animal e iniciando un camino sin retorno hacia la humanización. Somos mamíferos capaces de alucinar, luego somos humanos.

Sabemos que esa rústica creación del lactante dura apenas unos minutos y, tras comprobar internamente que la saciedad no se produce, el pequeño creador estalla en llanto para reclamar al pecho real que cumpla sus funciones (nutrir al cuerpo y además al psiquismo, prestándole la vivencia para una futura nueva alucinación).

Habría que ver cuánto del estallido de llanto del bebé hambriento está provocado por el hambre y cuánto por el desengaño de comprobar que la creación no ha sido suficiente... Y habría que pensar en qué medida esa frustración primaria nos empuja durante toda la vida a seguir creando, en el intento de lograr la «Obra» imperecedera que, de verdad, nos haga autosuficientes e inmortales.

La creación humana se inaugura con un acto de omnipotencia y autoafirmación. Que resulte exitoso y a la vez fallido desde el comienzo de la vida, es un acicate para volver a intentarlo siempre, a lo largo de toda nuestra existencia. Somos creativos porque iniciamos la vida con un logro que, paradójicamente, es tan sólo un espejismo.

He subrayado al comienzo que, para que la alucinación se produzca, es necesario primero haber conocido el pecho y después haberlo perdido (al menos temporalmente).

Esta idea, de alternancia presencia-ausencia del objeto, es fundamental y está en la base de cualquiera de las teorizaciones sobre la creatividad de los distintos autores que, como veremos, difieren sustancialmente unas de otras.

En Freud, más allá de esa primera satisfacción alucinatoria del deseo que se desvanece rápidamente, la noción de objeto presente o ausente requiere al neonato haber salido del vínculo fusional primario y haber establecido la existencia de éste como separado. Pero, en un primer momento, el lactante no puede guardar la noción de constancia del objeto y cada desaparición de la madre es vivida como definitiva². Sólo más adelante, hacia los diez y ocho meses, con la individuación y la constancia objetual logradas, el niño podrá establecer el «juego del carrete» ³ y hacer desaparecer y reaparecer a voluntad al objeto (en la fantasía), con todas las características de verdadero acto psíquico creativo.

A partir de ahí, toda la teorización freudiana sobre la creatividad se basa en la ausencia del objeto gratificante (porque falta o porque hay que renunciar a él), en la recuperación de la libido por parte del yo (libido desexualizada)⁴ ante esa pérdida objetual y en un proceso posterior de nueva salida de libido hacia los objetos que, para que siga la vía creativa, debe coincidir con un cambio de finalidad: en lugar de buscar la gratificación instintiva, intentará un logro diferente, inhibido en cuanto a su meta y de interés y valor para la cultura. Es lo que denominamos sublimación y para Freud implica un cambio de fin y de objeto al trabajo pulsional⁵.

En Klein, la creatividad también lleva implícita la idea de pérdida, pero con matices claramente diferenciados.

Aquí se trata de una pérdida por destrucción, como consecuencia de los avatares de la posición esquizo-paranoide (EP) ⁶: recordemos que la ausencia de objeto es irrepresentable en los momentos precoces del psiquismo y se sustituye por presencia dañina. Cuando el pecho no está presente y disponible para gratificar, el «no pecho» es traducido por «pecho malo» en el psiquismo del bebé y genera agresión.

De igual manera, el pecho gratificante es considerado «pecho bueno» y genera amor.

Cuando el bebé progresa en su maduración, puede juntar ambas versiones del pecho e integrar que sólo existe un pecho, una madre, que a veces frustra y otras satisface. Entonces toma conciencia dolorosa de las posibles consecuencias de sus agresiones:

Los ataques fantaseados al «pecho malo» en las situaciones de frustración de la posición EP supondrán, al pasar al momento de integración en la posición depresiva (D), el temor a haber destruido también al objeto bueno, fuente de vida y cuidados. Temor que genera angustia (ansiedad depresiva) y urgencia por reparar los daños causados en la fantasía.

Los procesos reparatorios⁷ son, en teoría kleiniana, la base de la creatividad

humana.

Coinciden además con la adquisición de la capacidad simbólica⁸, es decir, con la posibilidad de usar los símbolos libremente, tras haber superado con éxito la fase previa de las ecuaciones simbólicas:

Segal⁹ nos recuerda que los equivalentes simbólicos de la posición EP se producen, precisamente, para negar la ausencia del objeto y, por lo tanto, el «símbolo» y lo simbolizado son tratados de forma idéntica, negando las diferencias. Son las ecuaciones simbólicas. En la siguiente posición evolutiva, la D, el símbolo es una genuina creación del yo, está bien discriminado del objeto simbolizado y puede utilizarse, por consiguiente, con total libertad. No niega la ausencia del objeto, sino que ayuda a superar su falta.

La capacidad simbólica es, desde esta perspectiva, fuente constante de creatividad.

Además, como en el paso de una posición a otra (EP->D), se produce una inhibición de las metas instintivas (en EP la meta es la posesión total del objeto ideal o la total destrucción del objeto persecutorio, en D la meta es proteger y reparar al objeto), se está cumpliendo la premisa básica que Freud postulaba para la sublimación.

Así pues, entre una y otra teorización, hay puentes de conexión evidentes, aunque en Freud la sublimación no está emparentada con la culpa, sino con la falta objetal y con un cambio de fines instintivos como dije anteriormente y, por su parte, en Klein todo trabajo creativo es, antes que cualquier otra cosa, un trabajo de reparación del objeto por la culpa depresiva subyacente.

Probablemente, uno de los más importantes referentes entre los continuadores de la obra de Klein, generador de muy valiosos desarrollos poskleinianos y que, sin embargo, tienen un sello original es Bion quien, partiendo también de la secuencia gratificación-frustración, escenifica así la secuencia que da lugar al pensamiento¹⁰:

El niño llora porque tiene hambre y logra satisfacerse con el pecho materno. La expectativa del pecho (preconcepción) se une con la realización (presencia y gratificación), dando lugar a una concepción, con calidad senso-perceptiva.

El bebé llora de hambre, pero la madre no está para satisfacerle. La preconcepción se unirá a una realización negativa (ausencia) que es experimentada como una presencia de pecho malo o no-pecho, elemento beta que debe ser evacuado.

11 Con el retorno de la madre, se producirá la evacuación del pecho malo en el pecho real (identificación proyectiva realista). La reverie materna transforma las sensaciones insoportables y procura alivio al niño, que reintroyecta la experiencia emocional modificada y mitigada e instaura la base de su propia función alfa. Es la cualidad no sensorial del amor materno.

Ante una nueva experiencia de realización negativa, si el bebé tiene originalmente (o ha adquirido) suficiente tolerancia a la frustración, surgirá en él la primera noción de ausencia de objeto y de frustración (un problema a resolver) que es para Bion el pensamiento propiamente dicho.

Este pensamiento se apareará con una nueva realización dando origen a la matriz de un nuevo pensamiento y así sucesivamente.

Por lo tanto, en Bion, la organización del aparato para pensar los pensamientos constituye la base del proceso creativo y, para él, la creatividad estará marcada por la forma absolutamente original y diferente en que cada cual encuentre salida a sus «problemas a resolver».

Resulta patente que en este autor la creatividad engloba todo el proceso mental del pensamiento, lo cual no resulta tan evidente en Freud, quien parece circunscribir la creación mucho más a los logros valorados especialmente en la cultura (producción artística, investigación intelectual, etc.).

Personalmente, mi referente favorito a la hora de abordar el tema del origen de la creatividad humana es Winnicott. Su concepción del proceso creativo no parte de la ausencia de objeto ni de la culpa derivada de su posible destrucción. Para Winnicott, el ser humano nace con un potencial creativo que pone en marcha desde el nacimiento:

Al comienzo de la vida, el ser humano trae consigo un potencial evolutivo que le empuja a ser. Porta además una brújula orientada permanentemente hacia el objeto, del que lo espera todo para llevar a cabo su proyecto, puesto que necesita fusionarse con él para saberse y, además, precisa reconocer la alteridad mutua.

La fuerza vital primitiva es la urdimbre del ello y en realidad es amor. Un amor primitivo¹¹ que busca desde el comienzo el encuentro, la relación y la conquista del objeto, porque posee además un componente motor de fuerza inusitada para vencer las resistencias a su afán.

Estoy hablando en realidad de una vida instintiva con dos raíces (¡no dos instintos!):

Una erótica, que tiende a la gratificación con el objeto y que no necesita saberle «otro» y separado para gratificarse.

La otra, pujante e impulsiva («agresiva», aunque el término agresión no tiene sentido de «daño» en este momento), que busca y necesita desde el comienzo de la vida establecer la existencia de un mundo externo y separado.

Tan importante resulta para la auténtica satisfacción final (¡y la salud!) que el potencial erótico «cree» a su objeto de gratificación y viva con él la experiencia de «ilusión», como que el gesto impulsivo encuentre la suficiente resistencia objetal, que

le permita vivir la experiencia de conquista.

El éxito de la empresa dependerá de que la oposición del objeto no resulte excesiva, convirtiéndose en obstáculo agotador.

El «gesto impulsivo» se vuelve agresivo cuando encuentra oposición. Es por tanto la raíz impulsiva (y la agresión que surge de ella) la que hace que el recién nacido encuentre al objeto externo y no sólo «cree» un objeto de gratificación con el que puede fundirse e incluso confundirse.

Ahora bien, en la primera etapa del desarrollo (preintegración), la agresión no implica intención de daño o destrucción. Winnicott¹² propone una fase de falta de inquietud, en la que se puede decir que el niño existe y tiene un propósito, sin inquietarle los resultados. Simplemente, el niño ama, pero lo hace negligentemente. La agresión forma parte de su apetito natural voraz, de ese amor primitivo dispuesto a crear y conquistar el mundo sin medir las consecuencias.

En la salud, ese potencial agresivo debe quedar fusionado con el componente erótico y en relación ambos con el objeto, ya que de no ser así podría quedar disociado o experimentarse como una fuerza extraña en la personalidad. La destructividad es agresión no modificada por la relación, y la relación entre la «vida erótica» y el «potencial agresivo» es de dependencia mutua¹³.

Una vez descritas las raíces del amor primitivo, trataré de explicar cómo, a mi juicio, se desarrollan los acontecimientos:

Partiendo del «estado de preocupación maternal primaria» ¹⁴, la madre conseguirá que lo que en realidad es un camino de doble sentido entre ella y su hijo, sea vivido por él como unidireccional, surgido de su propio deseo, que crea en la fantasía a esa madre que necesita, anhela y encuentra.

Ésta es el área de la ilusión, matriz de todo proceso humano creativo.

A partir de aquí, el niño comenzará a tener una demanda absoluta hacia ella y ese amor voraz, con su dosis de «agresión», deberá ser sostenido en su afán conquistador durante un período de tiempo no medible en el reloj, sino en el corazón materno que sabrá, llegado el momento, ser requerido por otros intereses e inaugurar así el tiempo de la desilusión (que también deberá mantenerse, evidentemente, dentro de los límites adecuados a la creciente tolerancia del niño).

Porque al mismo tiempo que se produce la experiencia de gratificación, debe llevarse a cabo también la experiencia de conquista, a través de aquel gesto impulsivo que necesita encontrar alguna oposición externa, para ejercer su actividad de vencer las resistencias y vivir su propia realización.

Las demoras inevitables, los momentos de imposible gratificación y, sobre todo, el tiempo de desilusión progresiva ayudan a conseguirlo.

Si a través del componente erótico el niño consigue ser uno con su objeto, el componente agresivo satisface su deseo de diferenciación.

Durante todo el período de desarrollo temprano, para que la auténtica experiencia de satisfacción se produzca y el self pueda constituirse, son necesarios ambos procesos y, además, resulta imprescindible que junto al ello del niño esté presente el yo de la madre, garantía de que la relación devenga significativa"

Recalco una vez más que el bebé humano llega a esta vida con el propósito de ser. Probablemente este proyecto esté incluido en su programa filo y ontogenético, y alcanzar el objetivo significará llegar a tener una identidad verdadera, conocida y asumida, que resuene en todo el interior del psiquismo y del cuerpo como un sentimiento de ser real¹⁶. No se trata meramente de gratificar pulsiones, sino de lograr una satisfacción que no admite sucedáneos ni derivaciones vicariantes. Se trata de realizar plenamente un proyecto vital que podemos llamar el desarrollo humano.

En ese sentido, lo que busca la fuerza vital primitiva no es la gratificación ni el objeto que la provee, sino un «anhelo sin nombre»: una preconcepción del vínculo creativo con una estructura función armónica y consistente, que ofrezca expectativas de evolución. El desarrollo humano será la realización, el «tercero» surgido de la relación comensal del bebé con la madre-réverie. No es posible conseguirlo, evidentemente, por el hecho de desearlo.

Así, mientras el componente amoroso de la pulsión decide «crear» a su objeto de gratificación (con la participación saludable de la madre, sí lo puede tolerar), la raíz agresiva le invita a la oposición, también saludable y mucho más importante, puesto que abona el terreno de lo real.

Porque «crear» al objeto y sentirlo propio, fusionado, a plena disposición tiene al o de alienación de la realidad (desde luego, no ayuda a sostenerla), pero atreverse a demandar intrusiva y permanentemente, sin límites, despiadadamente y comprobar que se vence la oposición, se realiza una conquista y que a pesar de ello el objeto sobrevive y sigue amando, sí ubica la experiencia en lo real. La vitalidad y el sentimiento de estar realmente vivo se liga claramente al componente agresivo de la pulsión.

Sin embargo, creo que ambos procesos (que se dan imperceptiblemente al unísono) son esenciales e inseparables:

¿Cómo osaría un bebé arremeter con toda la fuerza de su demanda sobre la madre si primero no supiese que ha podido crearla? (y ¿cómo llegar a crearla si ella no se deja?).

El espacio de ilusión (y de confianza) que abre la «creación» del objeto, es imprescindible para que el empuje de conquista pueda operar.

La raíz agresiva y despiadada no puede estallar sin el lecho que le abre la raíz

erótica y en reciprocidad, sin la pujanza impulsiva, la gratificación resulta alienante.

La conquista aporta al conjunto pulsional la dote impagable de abrir la puerta de la realidad, de la alteridad, del conocimiento yo-no yo y por lo tanto de la esencia del self.

Es difícil que el objeto materno se avenga suficientemente a una de las demandas y fracase en la otra.

Quien se deja crear está dispuesto a ser «arrasado» por la exigencia y sin embargo a sobrevivir. Si el narcisismo materno tolera temporalmente un casi «dejar de ser» por amor, acabará comprobando que «sigue siendo» después del fragor y también lo habrá logrado con su capacidad de amar.

-Quiero insistir en que el objeto «creado» no es todavía suficientemente bueno para que pueda ser usado con libertad. El pequeño creador, que es el ser humano en desarrollo, necesita comprobar la consistencia de su creación. Necesita saber, en una espléndida paradoja, que el objeto es y existe más allá de su ilusión creativa. Por eso dedica toda su energía (¡que no es poca!) a agotarlo y destruirlo y tras confirmar que lo consigue (en su fantasía inconsciente) comprueba si el objeto ha sobrevivido...

Y si todavía existe y permanece presente, con vitalidad y capacidad de amarle, podrá reconocerlo como real y a salvo de su omnipotencia. Podrá para siempre seguir destruyéndolo en su mundo interno con la certeza de que su crueldad no le daña, puesto que es «otro» diferente. Podrá ser creativo, espontáneo, despiadado a veces y siempre vital, porque sabe que el caos es el origen de la creación y no del desastre.

[En realidad, podrá relacionarse con el objeto con la misma libertad con la que usa los símbolos, porque han sobrevivido y superado las inevitables restricciones de la primitiva ecuación simbólica".](#)

Este vaivén genial entre la creación y la destrucción, entre lo subjetivo y lo objetivo, tiene consecuencias extraordinarias pues genera un desarrollo, el objeto transicional, de cuyos frutos nos alimentamos (si somos afortunados), durante toda la vida:

El objeto transicional es siempre una combinación del «adentro» y el «afuera», pero es más que la suma de sus dos componentes, de manera que abre una nueva alternativa, una tercera vía en el área intermedia (espacio potencial o área de la ilusión). Sabemos que su definición viene dada más por el uso que el niño hace de él [que por cualquier otra característica y Winnicott](#) resume así las cualidades especiales de la relación:

- 1.El pequeño adquiere derechos sobre el objeto, y nosotros lo aceptamos. Pero desde el comienzo existe como característica cierta anulación de la omnipotencia.

- 2.El objeto es acunado con afecto, y al mismo tiempo amado y mutilado con excitación.
- 3.Nunca debe cambiar, a menos que lo cambie el propio niño.
- 4.Tiene que sobrevivir al amor instintivo, así como al odio y, si se trata de una característica, a la agresión pura.
- 5.Pero el bebé debe tener la sensación de que irradia calor, o que se mueve, o que tiene cierta textura, o que hace algo que parece demostrar que posee vitalidad o realidad propias.
- 6.Desde nuestro punto de vista, surge desde afuera, pero no desde el punto de vista del bebé. Tampoco proviene de adentro: no es una alucinación.
- 7.Se permite que su destino sufra una descarga gradual, de modo que, con el correr de los años, no queda olvidado, sino más bien relegado al limbo. Significa que en un estado de buena salud, el objeto transicional no «entra» ni los sentimientos relacionados con él sufren necesariamente una represión. No se lo olvida ni se lo llora. Pierde significación y ello se debe a que los fenómenos transicionales se han vuelto difusos, se han extendido a todo el territorio intermedio entre la «realidad psíquica interna» y «el mundo exterior tal como lo perciben dos personas en común», es decir, a todo el campo cultural.

Así pues, el objeto transicional acaba siendo irrelevante porque estalla en una difusión de su significado.

No se trata de un desplazamiento ni de una mera dispersión. Es la creación de un espacio, un lugar de descanso en la perpetua tarea de separar e interrelacionar las dos realidades, interna y externa, que el ser humano debe mantener a la vez diferenciadas e intercomunicadas, si quiere lograr no volverse loco por un lado y no sentirse fútil y absurdo por el otro. El self y la realidad deben tener un puente de conexión que pueda transitarse.

Los fenómenos transicionales nos proporcionan ese puente permanente entre el mundo interno y el exterior y nos permiten sobrellevar (¡no sin trabajo!) el intento, perpetuamente por hacer, de casar nuestra realidad con la realidad.

Ese lugar intermedio entre la realidad interna y la externa o, lo que es lo mismo, entre la fantasía y el mundo real, es el espacio de la ilusión y de la creación en cualquiera de sus ámbitos. Es el lugar de los sueños por cumplir, de los proyectos a realizar, de las expectativas vitales que nos mantienen el fuego interior sin el cual la vida real sería intransitable. No es el afuera, porque es creación nuestra, pero tampoco el adentro absoluto, porque no alucinamos como psicóticos. Es un espacio paradójico que debe ser respetado. Ha de ser inviolable.

Para Winnicott, la creatividad humana no surge de la pérdida objetal, ni de la renuncia pulsional, ni de la culpa. Está en el recién nacido, desde el comienzo, y consiste en un estallido de amor primitivo que busca un objeto que lo contenga y le dé sentido. Para él la creatividad está ligada a la capacidad primitiva para ser despiadado y es esa falta de piedad en los comienzos la que logra más creación (si el objeto la tolera y sobrevive), que cualquier trabajo motivado por la culpa.

La reparación no supone el mismo fruto que la inspiración originaria.

Crear es dejarse llevar por un incendio interior que abrasa y no puede contenerse. Hay que sacarlo y arder junto a los demás, sin piedad, sin juicio, confiadamente.

Habrà quien se queme y huya...

Pero quien permanezca, gozará de una emoción nueva, única, agradecida, engendrada en el auténtico amor.

Bibliografía

Bion, W (1962), «Una teoría del pensamiento», Volviendo a pensar, Buenos Aires, Hormé, 1970.

EROTETA, J.M.a (2008), «Hilflosigkeit. El desvalimiento humano como duelo existencial», Revista de Psicoanálisis de la APM, 54.08, octubre de 2008.

«El Amor primitivo, empuje de creación y conquista», Revista Psicoanálisis de la APM, 56-09, junio 2009.

FAIRBAIRN, R. (1951), A synopsis of the Development of the author's view regarding the Structure of the Personality, Londres, PSP Routledge & Kegan, 1952.

FREUD, S. (1920), Más allá del principio de placer, tomo XVIII, en Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu.

(1923), El yo y el ello, tomo XIX, en Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu.

(1925), Inhibición, síntoma y angustia, tomo XX, en Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu.

(1932), Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, tomo XXII, en Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.

KLEIN, M. (1930), La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo, tomo 1, en Obras completas, Barcelona, Paidós, 1994.

(1937), Amor, culpa y reparación, tomo 1, en Obras completas, Barcelona, Paidós, 1994.

(1946), Notas sobre algunos mecanismos esquizoides, tomo III, en Obras completas, vol. IV, Barcelona, Paidós, 1994.

PHILLIPS, A. (1988), Winnicott, Buenos Aires, Lugar Editorial, 1997.

SEGAL, H., Notes on Symbol Formation, IJP, vol. 38, 1957.

WINNICOTT, D. (1953), «Objetos transicionales y fenómenos transicionales», Realidad y Juego, Barcelona, Gedisa, 1979.

(1954), «La posición depresiva en el desarrollo emocional normal», Escritos de pediatría y psicoanálisis, Barcelona, Laia, 1979.

(1956), Study of Envy and Gratitude (Circulación privada).

El juego como expresión de la función simbólica

MARIELA MICHELENA*

Hablaremos del juego como expresión de la función simbólica. Pero no sólo, también vamos a tratar el juego en general y el juego en el psicoanálisis de niños. Vamos a distinguir entre el arte de jugar y el contenido del juego. Nos valdremos de la generosidad de los casos clínicos para ilustrar paso a paso cada uno de los conceptos que esbochemos.

Contrariamente a lo que se supone, el psicoanálisis de niños no comienza con Juanito. Juanito es un caso paradigmático al que todo el que esté interesado en el psicoanálisis de niños y de adultos tiene que recurrir. Juanito nos enseñó cómo se origina una fobia y fue él quien guió a Freud por el camino que le llevó al reconocimiento de la etapa fálica y de la angustia de la castración. Pero el caso Juanito no se puede considerar como un caso de psicoanálisis de niños en sentido estricto. Un padre que acosa a su hijo con las preguntas que le dicta a distancia un profesor se aleja mucho de lo que hoy conocemos como psicoanálisis infantil.

1 Durante mucho tiempo parecía imposible someter a un niño a un proceso psicoanalítico: se pensaba que el niño no era capaz de asociar libremente, que apenas tenía acceso a la palabra, y que, imbuido como estaba en la estrecha relación que mantenía con sus padres, era muy dudosa su capacidad para establecer un vínculo (transferencia) con el analista. Así las cosas, los analistas se conformaban con observar a los niños que tenían más a mano para inferir, a través de la observación, los procesos psíquicos que atravesaban.

Uno de estos grandes observadores fue el mismo Freud, quien relata así el contenido de su investigación:

Un día [...] el niño tenía un carrito de madera atado con una cuerda. [...] Arrojava el carrito [...] el carrito desaparecía y el niño pronunciaba su significativo «o-o-o-o» y después tirando de la cuerda, volvía a sacar el carrito de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso: «Da» («Acá está»). Ese era pues el juego completo, el de desaparecer y volver (...)

La interpretación del juego resultó entonces obvia. Se entramaba con el gran logro cultural del niño: su renuncia pulsional de admitir sin protesta la partida de la madre. Se resarcía, digamos, escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar...

(S.FREUD, 1920)

En el conocido pasaje del carrete, Freud observa jugar a su nieto, y entiende el juego como la repetición de un hecho traumático que el niño intenta corregir y elaborar a través de la repetición del juego. En su caso se trataba de una observación en una situación «natural» y no de una hora de consulta, de manera que a Freud le fue suficiente con ser él quien comprendiera el significado de ese juego para concebirlo como paradigma de un mecanismo psíquico universal: el de convertir en activo lo que pasivamente se sufre, unido a la posibilidad de simbolización. Según André Green, fue la presencia de la madre lo que posibilitó que su ausencia pudiera transformarse en juego. Jugar es todo un logro personal y cultural que requiere de unos mínimos para desarrollarse.

1 Puede que el nieto de Freud no se enterara nunca del significado que el abuelo le dio a su juego, puede que no se haya enterado de que ese juego, tan simple para él, dio lugar a una de las teorizaciones más controvertidas de Freud, a saber, la pulsión de muerte. Puede... lo cierto es que aun sin saberlo, ese juego, como ocurre en general con el juego cotidiano de los niños, logró su principal propósito, expresar simbólicamente una situación traumática y, además, transformar la realidad psíquica de sentirse condenado a soportar pasivamente lo que imponen los adultos, convirtiéndola en todo lo contrario: ahora es él, a través del juego, quien manda y quien impone sus reglas.

Melanie Klein, alentada por Karl Abraham (entonces su analista), empezó por observar a los niños que tenía más a mano: sus propios hijos, pero, a diferencia de Freud, no se conformó con observarlos, sino que se animó a interpretarles a cada niño el contenido simbólico de sus observaciones. Fue entonces cuando empezó a fraguarse el psicoanálisis de niños tal y como lo conocemos hoy.

Ya en 1923, Klein empezó a tratar a Rita, una niña de dos años y medio. Al principio, Mrs. Klein acudía a la casa de la niña y, más adelante, alertada de la importancia del setting empezó a recibirla en su casa, siempre a la misma hora y siempre durante el mismo tiempo. Observó que, alejada de su ambiente familiar, la criatura apenas respondía a sus comentarios. Antes bien, se la notaba aburrida, inhibida, distante. Entonces tuvo la intuición de que esa niña se quedaba muda porque le faltaban sus palabras, su medio de expresión natural, es decir, sus juguetes. Lo que ocurrió a continuación lo relata Mrs. Klein de esta manera:

Dejé a la niña unos momentos diciéndole que regresaría inmediatamente. Me dirigí al cuarto de juegos de mis propios hijos, recogí unos cuantos juguetes, cochecitos, pequeñas figuras, algunos tacos y un tren, los metí en una caja y regresé con la paciente. La niña se interesó en los juguetes e inmediatamente empezó a jugar.

(M.KLEIN, 1955)

Y así fue como surgió el primer cajón de juegos del psicoanálisis de niños.

Si Freud (1895) no «inventó» la asociación libre, sino que se dejó llevar de la mano de sus pacientes histéricas quienes le pedían silencio y escucha, mientras ellas hablaban de lo primero que se les venía a la cabeza, tampoco Melanie Klein inventó la técnica del juego, ni siquiera la eligió, sino que se le impuso como una necesidad natural por parte del niño, y a la que el niño no estaba dispuesto a renunciar. La genialidad de Melanie Klein consistió en descubrir e interpretar el contenido simbólico del juego de los niños.

Desde muy pronto Melanie Klein reconoce que el juego es, para empezar, un lenguaje del psiquismo y afirma que:

Sólo acercándonos a ese lenguaje como nos enseñó Freud a acercarnos al lenguaje de los sueños lograremos comprenderlo.

(M.KLEIN, 1932)

El trabajo del sueño, el trabajo del juego

Recordemos en qué consiste esa función mental a la que Freud denominó «el trabajo del sueño». El «trabajo del sueño» es, según Freud, ese conjunto de operaciones que transforman los materiales del sueño (estímulos corporales, restos diurnos) en un producto que no es otro que el contenido manifiesto del sueño - esa historia un poco disparatada que se cuenta en el desayuno o al analista-. El efecto de ese trabajo es la deformación. Con el objeto de burlar la censura, el preconscious transforma el contenido latente del sueño, lo suficiente, como para que el soñante pueda seguir durmiendo sin escandalizarse de sí mismo, pero no demasiado, de manera que el deseo inconsciente siga estando representado.

La transformación en contenido manifiesto del sueño es lo que, en sentido estricto, constituye el trabajo del sueño, cuyos mecanismos, según el mismo Freud describe, son la condensación, el desplazamiento, la representabilidad y la elaboración secundaria.

Es en este sentido que propongo la expresión «el trabajo del juego», no sólo en tanto que el juego sea la ocupación más importante del niño - «su» trabajo-, que lo es; sino en el sentido que Freud le otorga al término «trabajo», cuando habla del «trabajo del sueño» o del trabajo del chiste, para referirse a una función del aparato psíquico, a una tarea. En definitiva, a un quehacer del preconscious.

El juego es una de las formas que tiene el psiquismo de expresarse y, para conseguirlo, tiene que realizar un cierto trabajo utilizando los mismos recursos técnicos del sueño, o del chiste, es decir, la condensación, el desplazamiento y la formación sustitutiva.

A continuación, paso a exponer algunos juegos que he recogido de mi experiencia clínica, en los que podemos observar en vivo en qué consiste el trabajo del juego. Se

trata de juegos que parecen sueños, en los que el niño se vale de muy pocos elementos para expresar situaciones psíquicas complejas, confusas, contradictorias, y el analista ha de escudriñar las claves y los secretos de ese juego.

Rita

Empecemos con Rita, una niña que, a sus cinco años, ya tiene dos hermanos menores. En alguna sesión juega a «las tiendas» conmigo.

Ella es la dueña de una mueblería y yo la compradora. Ella me enseña diversas piezas y me recomienda encarecidamente que compre «una litera de matrimonio».

Veamos todo lo que consigue Rita con esa breve ocurrencia. Una litera es, en efecto, una cama de dos plazas, como las camas de matrimonio, como la cama de mamá y papá. Pero está dispuesta de tal manera que el objetivo parece consistir en que los durmientes permanezcan separados durante la noche. Con ese mueble de su invención, Rita, por una parte, se rinde a la evidencia y le permite a sus padres estar juntos... (en una cama para dos) pero no revueltos... (se trata de una litera). Es como si dijera: «Vale, podéis dormir en una misma habitación, incluso en una misma cama... pero a tal distancia y distribuidos de tal manera que os resulte imposible, o al menos francamente incómodo, tener contacto alguno».

Desde el vértice de la escena primaria, Rita utiliza la «litera de matrimonio» para reconocer la dura realidad de que sus padres son una pareja de la que ella está excluida, pero a la que ella, eventualmente, puede separar sin destruir. Desde una perspectiva edípica, la «litera de matrimonio» le permitiría a Rita ocupar el lugar de uno de sus padres y dormir con el otro (dependiendo de la fase del Edipo positivo o negativo en que se encuentre), sin correr los peligros de quebrantar la prohibición del incesto. En una «litera de matrimonio» Rita duerme con papá y a la vez está sujeta a la ley de papá que le impide dormir con papá. En una de las camas de esa «litera de matrimonio» se revuelve inquieta la pulsión, y en la otra, permanece vigilante la defensa.

Julián

Otra forma de condensación y desplazamiento la observamos en el juego de Julián, un niño de seis años, hijo único de padres recientemente separados. Julián vive con su madre en casa de los abuelos maternos, se siente muy ligado al abuelo, quien, por su parte, está enfrentado con el padre. Consulta por enuresis pertinaz, encopresis ocasional y un bloqueo intelectual que contrastan patéticamente con su actitud «chulesca» y arrogante. El juego de Julián fue como sigue:

El Real Madrid acababa de ganar la Copa de Europa gracias a un único gol del jugador Mijatovic. En la siguiente sesión, Julián organiza un partido de fútbol con sólo tres jugadores. Dos porteros que él mismo explica que son

el abuelo y el padre y un goleador: él, que por supuesto no es otro que «¡NiÑATovic!».

Con este juego, aparentemente tan simple, Julián escenifica su situación. Él se encuentra solo en medio del campo de fútbol, entre una y otra portería. Su lealtad identificatoria está dramáticamente dividida entre el abuelo y el padre. Julián se siente, por una parte, como «la pelota» que utilizan ambos para «colarse goles» mutuamente, de manera que cualquier cosa que haga él en favor de uno, supone un punto en contra para el otro. Julián imagina que en ese duelo entre el abuelo y el padre (¿entre generaciones? ¿Entre su padre y él?), alguno de los dos tiene que quedar destruido, aniquilado, perdido. Julián intenta salvarlos a los dos, pero no puede anular lo que a la vez es su deseo: deshacerse de ambos para quedarse él solo con mamá. De manera que, además de ser él la pelota, Julián es también el goleador. Es víctima y verdugo.

Por otra parte, la enuresis y la encopresis de Julián hablan de un niño que no quiere crecer. Crecer supondría para él un proceso lento e incierto cuyos resultados estarían aún por verse. Él lo que quiere es ser mayor de inmediato, como su padre, como su abuelo. Y, después del triunfo del Madrid, nadie para él es más grande, ni más importante que Mijatovic, de allí su identificación con el jugador. No obstante, sus síntomas lo enfrentan con el hecho, vergonzoso para él, de seguir siendo un niño. Y es así como encarna a su manera al jugador, transformando a Mijatovic en NIÑATOvIc. Julián condensa de esta forma tanto la fantasía omnipotente de ser él, el héroe absoluto, el proclamado por las multitudes, como la realidad de sentirse apenas un «NIÑATO». Según el Diccionario de la Real Academia «niñato» es o bien «un becerrillo que se ha lla en el vientre de la madre» o un término que «suele emplearse con valor despectivo» para designar a «un jovenzuelo petulante y presuntuoso».

Con este juego tan sencillo y aparentemente intrascendente (¿qué niño no soñó esa semana con ser Mijatovic?), Julián recrea no sólo su vivencia de la posición que ocupa en la constelación familiar, su posición en la pugna edípica entre las generaciones que le preceden, sino también un aspecto importante de su propia contienda edípica y de su conflicto entre crecer o no crecer.

El juego como generador de la capacidad de simbolización

Inés es una niña de cinco años que sufrió una separación precoz y prolongada de su madre. Inteligente, ingeniosa y creativa, Inés ha desarrollado un grave trastorno alimenticio que la lleva a ingerir sólo un tipo limitado de alimentos: lácteos, purés, patatas fritas y poco más. Con el siguiente juego, Inés consiguió explicarme y hacerme vivir en carne propia sus dificultades con la comida. Lo bautizó como: «El juego de la comida que está viva» y así transcurre:

Yo estoy sentada en la mesa, hambrienta, esperando a que traigan la comida, ella me trae una bandeja con una tapa encima. Bajo esa tapa imaginaria está Inés, que es, por ejemplo, un pollo. Cuando yo destapo la

fuelle para comer, resulta que este pollo está vivo y sale corriendo. Entonces tengo que perseguir desesperada a esta «Inés - pollo - comida - que - está - viva». No consigo atraparla y al final me quedo sin pollo, desolada y hambrienta.

Este juego nos remite a la experiencia de continuidad que Winnicott describe: «No se produce un intercambio entre la madre y el niño pequeño, psicológicamente el pequeño se alimenta de un pecho que forma parte de sí mismo» (1951, pág. 326). La fantasía del bebé consiste en que tendría que ser suficiente con que él moviera la boca y chupara, para quedar saciado.

A través del juego de Inés podemos entender cómo el juego no sólo se constituye como un lenguaje simbólico, sino que es a través del juego, de la posibilidad de tolerar que las cosas no sólo sean lo que parecen, que se desarrolla la capacidad de simbolizar. La capacidad de simbolización queda mermada cuando una cosa es sólo una cosa en sí, y no puede representar a otra, como ocurre en el caso de la ecuación simbólica que describe Hanna Segal.

En esa primitiva experiencia de continuidad no hay brecha, como vemos, entre una madre suficientemente buena y su bebé. Si esta experiencia se desvanece paulatinamente, las representaciones comida y madre se desanudan, de manera que pueden simbolizarse mutuamente: la madre puede representar a la comida y la comida puede representar a la madre, ambas representaciones juegan y se intercambian entre sí.

Lo que hace una madre suficientemente buena es tenderle la mano a su bebé para que abandone la ilusión del control omnipotente sobre el objeto real, sin temor a comprometer su integridad, permitiéndole confiar en la bondad del objeto exterior a pesar de su autonomía. Este paso necesariamente tiene que ser gradual. Este paso, tan serio, es como un juego: ahora estoy y ahora no estoy. Ahora me voy, pero regreso. Es el juego de la sabanita, precursor del juego del carrete.

Si no está tendida esa mano «suficientemente buena» como una cierta garantía de conservar la integridad del self, de burlar el peligro de desintegración, si la experiencia de continuidad falla precozmente, es decir, antes de que el niño desarrolle la capacidad de simbolización, el niño permanece aterrado, paralizado en el control omnipotente del objeto externo al que no le concede ni un milímetro de autonomía. La madre se convierte, de una forma concreta, en «una comida que está viva» y la comida no representa, sino que es, una madre ausente y peligrosa. Entonces no se puede jugar a que parece «como si la comida estuviera viva», ni representar el ir y venir de la mamá como en el juego del carrete, sino que «la comida está viva» de una forma traumática, concreta y real.

Podemos preguntarnos: ¿quién es la madre de un bebé hambriento sino una «comida que está viva» y que se va? No se puede expresar mejor lo que para un bebé puede suponer ese reconocimiento atropellado de la autonomía del objeto y el peligro

que significan para él estar a expensas de una «comida que está viva»; ser dependiente de un alimento que en cualquier momento puede «alzar el vuelo y abandonar» ha de ser una experiencia aterradora. «La comida viva» es peligrosa, se va, abandona y por lo tanto es venenosa, daña, enferma y no se puede tragar ni digerir. Por eso Inés no come.

En su juego, Inés expresa de una forma repetitiva su experiencia traumática y a la vez me ofrece una explicación de su trastorno alimenticio. Si la comida «viva» es peligrosa, Inés «mata» a la comida limitándola al máximo, anulando lo más «vivo» que hay en los alimentos: sus colores, sus sabores, sus formas, sus aromas, su variedad.

El juego como expresión de la capacidad creativa

Hasta aquí la importancia del contenido del juego que es lo que los psicoanalistas interpretamos desde la convicción de que es un retoño del inconsciente como el sueño, los lapsus o el chiste. Y el juego como vehículo para desarrollar la capacidad de simbolización. Pero El Juego, con mayúsculas, es una actividad vital, una prerrogativa del ser humano, una capacidad que excede al contenido de un juego concreto. Si hasta ahora hemos hablado del juego como fundador y como expresión de la función simbólica, ahora hablaremos del juego como expresión de la capacidad creativa. Winnicott dice que lo natural, lo universal es el juego y lo equipara, codo con codo, a la salud. Para él, el juego es por sí mismo una terapia. Recordemos que el nieto de Freud no necesitó que el abuelo le interpretara el logro cultural que suponían su carrito y su cordel para que ese juego cumpliera su función.

Lugar de encuentro entre principio de placer y principio de realidad

Pero el juego es también ese lugar en donde se encuentran - quedan, para jugar - el principio de placer y el principio de realidad. Ese espacio en el que el niño practica, ensaya, el papel que le tocará representar de «ser mayor», y el «mayor», por su parte, puede descansar de serlo, regresar a la ausencia de responsabilidades y jugar a ser lo que le apetezca.

En El creador literario y el fantaseo (1908), dice Freud que todo niño que juega se comporta como un poeta capaz de crear un mundo propio que le permite apartar la carga demasiado pesada de la cruda realidad y conquistar la ganancia que le procura su propia creación - hecha a medida-. Al adulto, por su parte, no le queda otra alternativa que abandonar los mecanos y las muñecas, dejar de lado los objetos concretos de jugar y, a cambio, se dedica a la actividad de fantasear. Los deseos insatisfechos son las fuerzas pulsionales que dan vida a las fantasías diurnas y cada fantasía es el cumplimiento de un deseo, una manera de rectificar la realidad, de corregirla, porque en la medida en la que la realidad no se ajusta a nuestros deseos, no hay duda, ¡se equivoca! Dice Freud que los niños juegan siempre a ser mayores y los mayores sueñan: ellas con ser amadas y ellos con triunfar.

Veremos el caso de un niño incapaz de jugar a ser mayor y de una mujer adulta que sufre las consecuencias de no saber jugar.

Eduardo

Eduardo tiene ocho años, es un niño listo y despierto que muestra un sorprendente sentido del humor para su corta edad. Todo en Eduardo habla de un niño sano que crece sin tropiezos. Todo, excepto el pulgar de su mano derecha que está hinchado y deforme porque desde que nació no ha dejado de chuparlo con el mismo entusiasmo. Eduardo sabe que viene a verme «por culpa de su dedo», como me dijo él en las primeras entrevistas cuando me habló de las múltiples utilidades de ese dedo. Lo tiene siempre «a mano», y puede utilizarlo cada vez que lo necesita. Lo chupa cuando tiene hambre, cuando tiene sueño y cuando no puede dormir. Cuando tiene miedo, cuando está triste, cuando está preocupado, cuando está cansado, cuando tiene sed... En fin, que aparentemente «quiere dejarlo», pero a la vez es un pulgar «todo terreno y multiusos» al que, evidentemente, no es fácil renunciar. Ningún pulgar, ni siquiera el de Eduardo, cumple los requisitos de ser un objeto transicional al que Winnicott (1951) describe, justamente, como esa primera posesión «no yo», esa «zona intermedia de la experiencia entre el pulgar y el osito de trapo, entre el erotismo oral y la verdadera relación objetal» (pág. 314). «El objeto transicional nunca se halla sometido a un control mágico como le sucede al objeto interior, ni está fuera de control como lo está la madre» (pág. 324).

Mientras que Inés se vio enfrentada sin remedio a la autonomía de un objeto «no yo» completamente fuera de control como la madre real, que tan prematuramente se separó de ella, Eduardo mantiene con su dedo una relación de objeto interno, al que por ahora somete a un control omnipotente, mágico, maniaco.

A la sesión que paso a relatar Eduardo llega unos minutos antes de la hora y tiene que esperar fuera de la consulta. Cuando entra veo que trae consigo un maletín y dice:

-Sabes lo que traigo aquí?

-No.

-Traigo algo que te gustará mirar...

Abre el maletín frente a mí, de manera que yo sólo puedo ver la tapa levantada. Yo me pregunto: ¿Será un maletín de médico? ¿Querrá jugar a «los médicos» conmigo?

Eduardo está encantado. Ahora soy yo quien, muerta de curiosidad, espero detrás de la tapa de su maletín, como esperó él detrás de la puerta de mi consulta. Empieza a armar algo agregando piezas, algo que se hace cada vez más grande, hasta que distingo el extremo de un instrumento musical de viento. Cuando termina de armarlo me lo muestra con orgullo y un cierto aire de suficiencia:

-¡Un clarinete! Hoy empecé mis clases. Primero tendré un clarinete como éste, después tendré otro más grande y luego ¡un saxo! ¿Te imaginas?

-Vaya, ¡realmente impresionante!

Chupetea, lame, y ensaliva la boquilla del clarinete con la destreza que ha adquirido gracias a la práctica prolongada con su dedo. Me explica, disculpándose, que esto no lo hace «porque sí», sino que es una operación necesaria para hacerlo funcionar.

Prueba a sacarle algunos sonidos. Unos, muy pocos, salen. Intenta continuar y, de repente, lo deja. Algo pasa que ya no puede sostener las notas. Baja el clarinete y me enseña desanimado y con expresión de reproche el pulgar de su mano derecha que no le responde. Un poco deforme y débil, ese dedo no tiene fuerzas para sostener y presionar el clarinete donde debe y con la fuerza que precisa. Eduardo me lo enseña abatido, como diciendo: ¿Recuerdas por qué vengo aquí? Y yo le digo:

-Tienes razón, es un problema. Vas a tener que elegir entre el dedo o el clarinete, ¿no?

-Mmh... y eso que ahora es sólo un clarinete, imagínate ¡cómo será cuando sea el saxo!

-¡Sí, me lo imagino...!

En inglés se utiliza la palabra play (jugar) para referirse a la acción de hacer sonar un instrumento musical. Parece que Eduardo sabe que un clarinete, además de un instrumento musical, es también un juguete. Una zona de juego que le sirve para jugar a la vez a ser bebé y a ser mayor. Eduardo empieza a jugar con el clarinete como lo hace con su dedo, chupeteándolo con un disfrute privado, íntimo, masturbatorio. Nadie como él domina ese aspecto del oficio. Pero también quiere impresionarme con su habilidad: quiere «tocar su instrumento para mí» y dejarme cautivada. Parece que todo marcha bien, cuando un inoportuno «gatillazo» de clarinete lo deja en evidencia. Por primer vez el dedo mágico no responde a su control. ¿De qué le sirve a Eduardo ese dedo que ya no le obedece?

En esta sesión quedó de manifiesto la disyuntiva en la que Eduardo se encuentra. Chupar su dedo lo reconforta y lo acompaña, es un placer inmediato que consuela la urgencia de sus necesidades, pero no sólo no le sirve para ser mayor sino que en algunos casos se lo impide. El dedo es completamente pasivo cuando satisface sus deseos de bebé, se deja hacer... pero es un dedo inútil que no sabe hacer nada y que lo deja públicamente en ridículo. Un dedo de bebé no está apto para tocar un clarinete de mayor... y mucho menos ¡un saxo! El dedo de Eduardo resulta que es un dedo desertor, que se toma la autonomía por su cuenta y se comporta como un objeto externo que no obedece cuando Eduardo le ordena que funcione como un dedo de adulto. Todo aquello de lo que Eduardo se quiere defender con su dedo y en su dedo (el principio de realidad, la renuncia pulsional, el sufrimiento psíquico que supone

crecer), es su dedo traidor quien se lo muestra.

1 La dificultad para abandonar el autoerotismo la explica Freud (1911) en Los dos principios de acaecer psíquico:

La eficacia del autoerotismo hace posible que se mantenga por más tiempo la satisfacción momentánea y fantaseada - más fácil - en lugar de la satisfacción real, que exige esfuerzo y aplazamiento (pág. 227).

La realidad obliga a esperar, como yo, al principio de la sesión. Aparentemente, Eduardo no tendría ninguna razón de peso para abandonar ese placer oral, seguro e inmediato que su pulgar le otorga desde el puro principio de placer. El problema es que la vida lo empuja a crecer, a hacerse mayor y a querer conquistar a una chica, primero con su clarinete y más adelante ¡con su saxo! El principio de realidad se impone y Eduardo constata que a las chicas nos gustan los clarinetes con un sonido firme y mantenido y éste sí es un argumento de peso para abandonar el viejo vicio de su dedo, incapaz de acompañarlo en placeres más adultos.

Eduardo tiene que elegir entre el dedo y el clarinete, entre el placer oral y el desarrollo genital. Así, el principio de placer, en el juego, no tiene más recurso que dar paso al principio de realidad para servirse de él y conseguir la satisfacción que sólo la realidad concede.

Lucía

Lucía, una paciente adulta, no tuvo ocasión de jugar a ser grande, porque tuvo que hacerse mayor de una forma radical, sin fisuras por las que pudieran colarse el principio del placer y la capacidad para jugar.

Lucía es la mayor de cuatro hermanos. Hija de una pareja de emigrantes, el padre trabajaba sin descanso y apenas estaba en casa. La madre era una mujer muy perturbada que continuamente amenazaba a sus hijos con marcharse, con regresar a su lugar de origen y abandonarlos. Lucía creció con la certeza de que la estabilidad de su madre dependía en exclusiva de su buen comportamiento, y de su capacidad de hacerlo todo «seria y correctamente», de manera que, desde muy pequeña, puso un gran empeño en ser una hija perfecta y una pequeña madre para sus hermanos menores.

Está acostumbrada a ser «la mayor», ejerce de «la mayor» a tiempo completo y piensa que no puede equivocarse, pues con una mínima distracción, ella y sus hermanos perderían a su madre para siempre. No soporta perder en los juegos y tiene tanto miedo a defraudar, que para evitar el riesgo prefiere no jugar. Obligada a saber siempre qué es lo correcto y qué es lo que se espera de ella, toma decisiones drásticas, definitivas y apresuradas que ella considera «racionales o lógicas». Así, se casó con el primer chico que le gustó en la adolescencia. Estudió una carrera «seria», como ella, que aseguraba su futuro económico, pero muy alejada de su secreto interés por la

pintura, y al año de casada tuvo un hijo perfecto con el que le cuesta relacionarse en el terreno afectivo - en el terreno lúdico, diría yo-. Pasa que jugar, para un adulto, no es sólo soñar, es también poner en juego, probar, dudar, equivocarse y en el mejor de los casos rectificar.

Lucía llegó a mi despacho cuando contaba 30 y pocos años y buscaba ayuda para poner su vida en orden. Se había enamorado inesperadamente de un compañero de trabajo y de inmediato, fiel a un primer impulso, o a lo que ella denominó «honestidad», dejó su casa, a su marido y a su hijo, actuando ella, activamente, la amenaza de abandono de la madre que tanto tiempo sufrió pasivamente. Al cabo de unos meses de tratamiento, Lucía ha recuperado a su hijo y empieza tímidamente a preguntarse si hizo bien o si se equivocó. Acto seguido piensa en volver con su marido. Entonces vimos cómo y cuánto le cuesta a Lucía permanecer en el conflicto, «jugar» con una idea, darle vueltas, dudar, dejarla reposar, retomarla, equivocarse, rectificar, darse un tiempo, mirarla con distancia, darle diversos usos, como si de «un carrito» se tratara. En sus prisas por crecer, se hizo muy pronto esclava del principio de realidad y me la imagino que a los seis años tan responsable, correcta, mustia y ejecutiva como ahora. Lucía no aprendió a jugar y no sabe jugar. No tiene espacio mental para la incertidumbre. La vida adulta no consiste en una sucesión de dogmas sino que se construye resolviendo dilemas (¿esta profesión o esta otra? ¿Esta pareja o aquella? Un hijo, o dos, o tres, o ninguno?, etc.). Así como de niña prefería no participar en los juegos para no perder, Lucía evita participar en el juego de disyuntivas que es la vida para no equivocarse. Las esquivo, tomando decisiones urgentes, prematuras e irrevocables.

Con el correr del tratamiento, Lucía empezó a «jugar» con la idea de tomarse «un año sabático». Un año para volcarse exclusivamente en la pintura, dedicarse a pensar, a preguntarse por lo que quiere o lo que puede hacer.

1 Entendimos que un «año sabático» es como un año de juego. No es un castigo, como supondría estar en el paro, ni supone una pérdida como sería la jubilación. Es un año insertado en la realidad adulta, que toma en cuenta la necesidad de descansar del trabajo cotidiano para dedicarse a otros quehaceres. En vista de que en su profesión el año sabático era una idea descabellada, aquel verano consiguió tomarse lo que ella misma bautizó como unas «vacaciones sabáticas». La decisión de volver con su marido o de seguir con su nueva pareja quedó pospuesta y ese verano se fue sola con su hijo a un pequeño pueblo de la sierra a pintar... a descansar... a pensar... yo diría que, ¡a jugar! Lucía, finalmente le dio un cauce a su vida. Se separó de su marido, reanudó la relación con su nueva pareja aunque sin vivir juntos, mejoró notablemente la relación con su hijo y dedicó gran parte de su tiempo libre a la pintura. Pero el gran logro del tratamiento de Lucía fue aprender a jugar.

En los apuntes de los seminarios que Winnicott (1954-1967) impartía (Human nature, 1988), encontré un comentario que parecía una referencia directa al caso de Lucía.

Dice Winnicott:

Si el desarrollo ocurre como se espera, el individuo entonces será capaz de engañar, de mentir, de hacer concesiones, de aceptar el conflicto como un hecho y de abandonar esas ideas intransigentes de perfección e imperfección que hacen tan intolerable la existencia. La capacidad para hacer concesiones, no es una característica de la enfermedad mental.

(WINNicoTT, 1954. Traducción de la autora)

En estos dos casos se observa claramente lo que supone quedarse en uno de los dos principios sin recorrer el espacio del juego para llegar al otro. En un extremo está Eduardo, atascado en el puro principio del placer, detenido en su dedo, incapaz de esperar, resistido a crecer. Cuando se chupa el dedo no «juega a ser mayor», no quiere ser mayor. En el otro extremo está Lucía, sumida en la aspereza del principio de realidad, obligada a crecer sin jugar... que es otra manera de no saber crecer. Cada uno de ellos parafrasea, a su manera, aquella vieja frase de «tus deseos son órdenes para mí». En el caso de Eduardo es como si él dijera: «Mis deseos son órdenes para mí». Eduardo no es libre de posponerlos, de evaluarlos, de esperar. Es esclavo de sus deseos más infantiles. Lucía, por su parte, pareció decirle a su madre: «Tus órdenes son mis deseos», de manera que no hay deseos genuinos y personales que surjan de Lucía, ella se pliega «al cien por cien» (una frase que le encanta) a los mandatos maternos y por mucho tiempo consiguió, a costa de sí misma, que no hubiera diferencia entre la voluntad de su madre y la suya propia.

Winnicott, como sabemos, no se conformó con observar el juego, como hizo Freud. Ni siquiera le fue suficiente interpretarlo, como Melanie Klein. Winnicott elevó al juego a la categoría de objeto de estudio per se. Ya no es tan sólo un medio, una técnica o un instrumento terapéutico. Para Winnicott el juego es un fin en sí mismo. No es una veleidad, ni un capricho. Es una obligación. Un elemento indispensable para el desarrollo cabal del ser humano. El juego es la lengua materna del verdadero self, es el modo original que tiene el «gesto espontáneo» de expresarse. A lo largo del desarrollo evolutivo del ser humano, el juego deja de ser una actividad concreta para convertirse en un espacio mental, en un refugio, en una «zona de descanso» a la que el individuo puede recurrir y mantener reunidas, sin estorbarse, la realidad interna y la externa. Un espacio en el que se puede descansar tanto de las exigencias de la realidad, como de la insatisfacción que supone la sola búsqueda inmediata de satisfacción.

Pero Winnicott dice más, y explica que una psicoterapia es un proceso que ha de establecerse gracias a la superposición de dos zonas de juego, la del paciente y la del analista. Se trata de dos personas que juegan juntas. Si el analista no sabe jugar, sencillamente no está capacitado para la tarea. Si es el paciente el que tiene restringida su capacidad de juego, será labor del terapeuta llevar al paciente a un estado en el que pueda jugar.

1 Así que ya saben: ¡A jugar que son dos días! Que toda la vida es juego, y los juegos, juegos son...

El complejo de Edipo y la creación de la novela familiar

[DANIEL SCHOFFER*](#)

Introducción

Este capítulo es un tanto ambicioso por la amplitud de los conceptos que abarca, imprescindibles para comprender por un lado lo que definimos desde el psicoanálisis como el complejo de Edipo y por otro lado lo que se escucha desde la clínica como la novela familiar del neurótico.

¿Qué es el complejo de Edipo? ¿En qué consiste este complejo?

En su sentido más simple, lo que Freud definió al principio como el complejo de Edipo es el conflicto que se le plantea a todo ser humano, en torno a los cuatro años porque se enamora del progenitor del otro sexo y ve al del propio sexo como un rival.

Sin embargo, y como veremos, esto no es tan sencillo.

En primer lugar, porque como dice J.D.Nasio no se trata de una historia de amor y de odio entre padres e hijos, sino de una historia sexual, una historia de cuerpos que sienten placer al tocarse, al acariciarse, al besarse, al mirarse, al exhibirse.

Es decir, que no se trata de una cuestión de amor y de ternura como lo demuestra el hecho de que las personas amamos a nuestras mascotas y a diversos objetos, pero ese amor no nos crea ningún problema, salvo que entre en juego lo sexual y nos convirtamos en zoofílicos o en fetichistas.

[Recordemos que para Freud el problema siempre está en lo sexual, no en vano, en un trabajo de 1896, titulado Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa,](#) estableció que lo único que se reprimía era la sexualidad y que el retorno de lo reprimido, que se manifiesta a través de los sueños, los actos fallidos y los síntomas, tiene que ver con retornos sexuales que no han sido domeñados por la cultura.

Estos retornos sexuales siempre están en relación con deseos incestuosos, y por eso han sido reprimidos.

Ya Freud señalaba, que en la etapa oral y anal, lo que se producía era un placer de órgano, que se caracterizaba por la búsqueda de un goce autoerótico que dejaba como secuelas puntos de fijación a las que podía regresar la libido cuando el sujeto debía enfrentarse a una situación sexual difícil de resolver.

Esta sexualidad autoerótica es muy diferente a la sexualidad que irrumpe en la etapa fálica, que coincide o inicia toda la problemática que gira en torno al complejo de Edipo, a las diferencias de sexos, al narcisismo y a la castración, porque al placer del órgano se le agregan fantasías incestuosas.

El complejo de Edipo en Freud

Entonces, para Freud, el complejo de Edipo es un asunto que atañe a los lazos sexuales incestuosos y a la agresividad que éstos generan.

Atravesar el complejo de Edipo, o ser atravesado por él, es acceder a una cierta normativización del deseo sexual.

En el año 1917, Freud escribió un artículo que tituló Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal, en el que constata que en lo inconsciente se produce una equivalencia simbólica entre los conceptos de excremento, dinero, regalo, niño y pene, de modo que pueden ser intercambiados entre sí.

La equivalencia más fácil de observar es la que se produce entre «niño» y «pene» porque tanto uno como otro pueden a su vez ser sustituidos por un significante común: «el pequeño: das Kleine».

Por lo común, dice Freud, es fácil encontrar en la mujer neurótica un deseo reprimido de poseer un pene como el que tiene el varón; es este deseo infantil (que se relaciona con la «envidia del pene») el que puede ser reactivado por alguna situación traumática, convirtiéndose, por la regresión libidinal, en el principal desencadenante de síntomas neuróticos.

Pero el desenlace no siempre es el mismo, porque en algunas mujeres el deseo de pene ha sido sustituido por el deseo de tener un hijo.

En un principio, la relación del niño con la madre está marcada no sólo por la dependencia que tiene de ella para sobrevivir sino que depende también del deseo de su madre, es decir, de esos primeros significantes que la madre desliza sobre su hijo y que lo introducen en las primeras simbolizaciones.

Es por esta razón que en sentido estricto no es correcto decir que el niño se relaciona con la madre en tanto objeto, puesto que el niño que es significado desde el deseo de la madre como el falo que la completa sólo podrá satisfacerse en la medida en que sea capaz de ocupar el lugar del objeto deseado de la madre. Dicho de otra manera, en este primer tiempo el niño no sitúa el objeto de su deseo sino que se sitúa él mismo como objeto de deseo del Otro.

Y es que en el año 1923, en La organización genital infantil Freud señala que en los análisis realizados hasta la fecha se le había escapado la fase fálica del desarrollo psicosexual. Una fase en la que, para ambos sexos, sólo el pene desempeña un papel genital y es por eso, dice que en sentido estricto, que no se debe hablar de un primado

genital sino de la primacía del falo.

Falo, que no es el pene sino la premisa universal del pene, es decir, el empecinamiento del niño en no reconocer la diferencia, y su empeño por afirmar que existe un solo sexo y de que todos los seres poseen un pene.

Y es justamente porque el niño se ubica como falo que completa a la madre, que, al percibir en sus primeras indagaciones la falta de pene en la niña, reacciona desconociendo esa falta: en un primer momento cree ver un miembro donde no lo hay; luego sos tiene que aún es pequeño, que ya crecerá y por último que existía pero que alguien la castigó cortándoselo.

Es así como el niño, al poner en relación la percepción de la falta con la amenaza de la pérdida del genital, queda confrontado a la angustia de castración.

Es interesante hacer resaltar el hecho de que en un principio el niño no generaliza esta observación empírica a todas las mujeres sino que para él sólo las mujeres despreciables y culpables por tener las mismas mociones pulsionales que él perdieron su genital, en cambio las mujeres respetables, como su madre, lo siguen conservando.

[En este período de resignificación teórica y clínica Freud aborda el enigma de la mujer en dos trabajos: Sobre la sexualidad femenina \(Freud, 1931: 227-244\)4 y La feminidad \(Freud, 1933 \[1932\]: 104-125\)5.](#)

Para comprender el modo en que se organiza la sexualidad femenina es necesario puntualizar que por un lado en la niña pequeña hay un desconocimiento de la vagina, y que en la etapa fálica el clítoris es la zona erógena que se privilegia; y por otro lado, que debido al hecho de que la primera relación es con la madre, el primer vínculo libidinal de la niña es de tipo homosexual.

Por eso, en su desarrollo psicosexual la mujer se ve compelida a realizar un doble cambio. Por un lado de zona erógena, lo que implica abandonar la excitabilidad clitorídea por la erogenización de la vagina y, por el otro, debe abandonar el objeto representado por la madre (cosa que nunca logra por completo) por el objeto edípico representado por el padre.

Él motor de todo este complejo movimiento es la decepción fálica porque en pleno idilio con la madre la niña descubre que tampoco ella tiene pene.

La decepción fálica, es el momento en que la niña percibe la castración en la madre, y por lo tanto, su propia castración, y por esa razón se dirige hacia el padre en el que proyecta su fantasía de tener un hijo.

[De este modo, el padre aparece como el que debe proporcionar aquello de lo que previamente se había visto frustrada por la madre.](#)

Ésta es la razón por la que para comenzar a hablar del complejo de Edipo, es

necesario que lo hagamos a partir del deseo de la madre porque si lo que ella desea es el falo, al establecer una ecuación fundamental: niño = falo, convierte al niño en el falo que la completa.

1 Es decir, la satisfacción que la mujer obtiene en la maternidad es por vía sustitutiva y tanto el hijo como el pene, que busca para su satisfacción, son objetos límites con el fetiche, porque funcionan en un primer tiempo como objetos que permiten a la madre renegar de la castración.

Cuando en la vida de la mujer están ausentes las condiciones de las neurosis, el deseo infantil del pene se transforma en deseo del «varón».

Así, y a partir de su artículo sobre «La organización genital infantil» la psicopatología freudiana girará en torno a la problemática del falo y de la castración con sus mecanismos específicos de defensa (represión, renegación y repudio).

Es así como la cuestión del falo y de la castración aparece como articuladora esencial entre el narcisismo y el complejo de Edipo, de modo que no hay conflicto narcisista sin problemática edípica ni conflicto edípico sin problemática narcisista.

La madre fálica

En efecto, todo conflicto edípico se especulariza en una herida narcisista que pone en juego el ser o no ser del sujeto, es decir, ser el falo que completa a la madre o ser en falta desde la falta de ser de la madre.

Ya se trate del niño o de la niña, persiste el deseo de ser el falo que completa a la madre.

1 Por eso, en un primer momento de la relación con la madre, tanto el niño como la niña, se enfrentan a la angustia de castración de la madre; madre masculinizada por la completitud imaginaria que le proporcionan los hijos-falos.

1 Es decir, que este primer tiempo en que el niño se ubica (y es ubicado) como el falo que completa se caracteriza fundamentalmente por tratarse de una situación en la que asume una posición pasiva en relación con una madre masculinizada.

El Uno y lo imposible

Ante la angustia del sujeto de quedar atrapado en la célula narcisista madre-niño se produce una invocación al padre para que él se haga cargo de la demanda de la madre y esto produce lo que denominamos castración imaginaria.

El padre irrumpe en la escena estableciendo que él tiene el pene que satisface a la madre y, por lo tanto, que su presencia da cuenta de la falta de goce de la madre en relación con el niño.

Como lo le expresado en un trabajo anterior, si el deseo de la mujer es deseo del falo y ese deseo se colma con el hijo, el anhelo del hijo en este primer tiempo es el deseo de ser el falo que completa a la madre⁷.

1 De este modo, madre e hijo se completan en una relación narcisista, dual e imaginaria.

Para poder constituirse como sujeto de la historia, el niño debe desgarrarse de esta célula narcisista que lo condena a la «falta de ser», es decir, a quedar atrapado con su libido narcisista hipotecada por la madre y sin poder disponer de ella para invertir a los objetos.

Bajo esta condición «ideal» se impone la presencia de una instancia prohibidora, el padre, para que el niño no muera aplastado por el deseo de la madre.

La entrada del padre en escena va a romper, va a producir, como dice Lacan, un corte en el triángulo constituido por el niño, la madre y el falo.

Este corte, hay que recordarlo, tuvo mucha importancia en el origen mismo de la historia del psicoanálisis porque era lo que aparecía como trauma, como herida, como violencia seductora ejercida por el padre.

En ef onanismo de la etapa fálica, a diferencia del oral y del anal que se caracterizaban por el placer de órgano, es el que tiene que sucumbir a la represión porque el ser contemporáneo de la conflictiva que es propia del complejo de Edipo está impregnado de fantasías incestuosas y de amenazas de castración.

El padre (o alguien que subroga su función) irrumpe en la escena traumáticamente porque su presencia amenazadora lo convierte en agente de una doble interdicción: por un lado prohíbe al niño el incesto, impidiéndole continuar sosteniéndose bajo el fantasma narcisista de ser el falo que completa a la madre y, por otro lado, prohíbe a la madre reintegrar al niño como si fuese un producto de su exclusiva fabricación, bajo la fantasía de haberlo gestado para completarse.

Esta irrupción del padre entre el niño y la madre, esta función de corte, introduce en la teoría el concepto de castración.

Frente a la amenaza de castración, el niño abandona a la madre en tanto objeto libidinal, para evitar el daño narcisista representado por la amenaza de pérdida del genital.

La resignación del objeto y la identificación

Si en un principio, como dice Freud, en la fase oral, es imposible distinguir entre la investidura de objeto y la identificación, en un segundo tiempo, debido a la irrupción del padre, se produce una ruptura de la célula narcisista formada por el hijo y la madre (en la que aún no hay diferenciación entre lo que es el Yo y el Noyo del

niño), haciendo que la investidura de objeto se dirija a la madre mientras que con el padre se produce una identificación primaria.

Es decir, que debido a la irrupción del padre, que provoca en el niño una separación entre investidura e identificación, se refuerza el deseo que éste siente hacia la madre, a consecuencia de lo cual el padre comienza a ser percibido como un obstáculo y, por eso, la identificación-padre se torna hostil y aparece en el niño el deseo de eliminarlo para ocupar su lugar.

Es así como se inicia un período en el desarrollo del sujeto, que se caracteriza por la ambivalencia del complejo paterno en el seno de ese organizador del psiquismo que es el complejo de Edipo.

El niño odia al padre porque posee el objeto deseado pero al mismo tiempo lo ama, debido a la identificación primaria (tierna).

Si frente a la resignación del objeto, investido libidinalmente, opta por el refuerzo de la identificación-padre se coloca en la encrucijada de querer ser como él y eliminarlo para ocupar su lugar y por lo tanto no puede evitar la angustia de castración, por la amenaza representada por el padre hiperpotente. Si, por el contrario, se identifica con la madre, se coloca en posición femenina y se ofrece al padre en tanto objeto de amor, con lo que también surge la angustia de castración, pero esta vez por premisa.

El período de latencia

La única salida posible que plantea Freud es que esta fase fálica no prosiga su desarrollo hacia la organización genital definitiva, sino que se hunda y sea relevada por el período de latencia.

El niño se enfrenta a una situación paradójal porque la angustia de castración es terrorífica tanto en su condición de castigo como en la condición del precio del amor y, para conservar el narcisismo fálico frente a la amenaza de castración - por sus deseos incestuosos y parricidas-, la libido narcisista genital se convierte en la fuerza pulsionante de la represión. El efecto de esto es que el niño puede quedar pasivamente sometido a la autoridad paterna y buscar una escapatoria por el lado de la feminidad, identificándose con la madre y ofreciéndose al padre como objeto de amor. Pero, por lo general, esta operación también se ve imposibilitada por la angustia de castración puesto que el ofrecimiento femenino al padre, también lo confronta a la amenaza de pérdida del genital, que se quería «salvar».

1 En este punto es importante resaltar que esta angustia, que Freud (1926 [1925]: 122)\$ la relaciona exclusivamente con el complejo de castración, tiene, como el dios Jano, una doble faz: una representa la amenaza de castración por el padre y la otra, el temor de no poder desprenderse de la madre.

Es aquí donde la función paterna se muestra en su máxima fecundidad, porque del corte de la castración por él ejercida va a depender que el niño retire la libido de la madre, para disponer de un quantum de energía que le permitirá investir los objetos del mundo y poder así darse una historia.

La madre sigue siendo el objeto de deseo, pero, como dice Freud, frente a la angustia por la amenaza de castración, el yo recoge las investiduras del objeto y se produce una regresión narcisista de la libido que es la condición necesaria para que el sujeto esté en disponibilidad de poder investir un objeto por fuera del grupo familiar.

Podemos por lo tanto decir que la castración es el momento en que el sujeto se inscribe en su propia historia sexuada y cultural, porque, de esta complicada operación que es atribuida al padre, de esta función paterna va a depender que el sujeto sea capaz de metaforizar, es decir, de efectuar sustituciones en la difícil encrucijada en la que se ve compelido a retener algo del objeto (el das Ding) que debe abandonar, al tiempo que debe utilizar la libido, que originalmente se nutrió en él, para poder investir y acceder sin temor a los objetos permitidos.

La castración en la niña

En lo que a la niña se refiere, Freud se pregunta: ¿Cómo llega la niña a resignar a la madre en tanto primer objeto sexual y a sustituirlo por el padre?

Cuando en plena fase fálica, es decir, cuando la niña se encuentra en pleno placer de órgano clitoridiano, percibe el pene de un hermanito o de un compañero de juegos y lo discierne como superior a su propio órgano cae víctima de la envidia de pene.

Es decir, que la percepción del genital del niño le hace saber que no lo tiene y despierta el deseo de tenerlo. En este punto, la niña puede sostener, hasta épocas tardías, la esperanza de recibir un pene o bien producir una desmentida y rehusarse a aceptar el hecho de no tener un pene y comportarse en lo sucesivo como si fuera un varón.

Para Freud, esta envidia del pene puede tener diferentes consecuencias en lo que se refiere a la constitución del aparato psíquico de la mujer:

En primer lugar, y con la posible admisión de su herida narcisista, puede quedar marcada con un sentimiento de inferioridad y pasar a compartir con el varón el menosprecio por su sexualidad disminuida.

En segundo lugar, se puede producir un aflojamiento de los vínculos tiernos con la madre porque la hace responsable de no haberle dado un pene.

Por último, y para Freud la consecuencia más importante de todas es que, al analizar la prehistoria de la etapa fálica en la niña, se comprueba que tras los indicios de la envidia del pene se produce un rechazo de la masturbación clitorídea, considerada como masculina, que es un preanuncio de la oleada represiva que en la

pubertad eliminará una gran parte de la sexualidad masculina, para dejar paso a la feminidad. Esta sublevación de la niña pequeña contra el onanismo fálico se explicaría por la afrenta narcisista que le produce la envidia de pene del varón, con el que no puede competir.

Como dice Freud:

Hasta ese momento no estuvo en juego el complejo de Edipo, ni había desempeñado papel alguno. Pero ahora la libido de la niña se desliza - sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = niño - a una nueva posición. Resigna el deseo de pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer. [...] En esta nueva situación puede llegar a tener sensaciones corporales que han de apreciarse como un prematuro despertar del aparato genital femenino. Y si después esta ligazón-padre tiene que resignarse por malograda, puede atrincherarse en una identificación padre con la cual la niña regresa al complejo de masculinidad y se fija eventualmente a él⁹.

Hasta aquí, y por distintas razones, los planteamientos acerca de las diferencias que encontramos en la forma en el que el niño y la niña advienen como sujetos sexuados y culturales no parecen alcanzar una respuesta plenamente satisfactoria.

Los nuevos planteamientos que se hace Freud en estos años lo conducen a establecer diferencias significativas entre el modo en que se resuelve el complejo de Edipo en el niño y en la niña.

Las teorías sexuales infantiles y la desmentida de la castración

Cuando hablamos del complejo de Edipo nos referimos a una formación representacional que da cuenta del modo universal en que la ley del padre pone límites a la sexualidad infantil, al deseo de la madre y a su propio deseo de lo absoluto.

¿Cómo puede el padre ejercer la castración? ¿Cuáles son las condiciones bajo las cuales esa castración organizadora de la vida sexual y cultural comienza a ser efectiva en el niño y en la niña?

La identificación con la madre y la angustia de castración

¿Cómo hace el niño para librarse de la angustia siempre presente en la relación ambivalente con su padre? ¿Cómo se produce el paso decisivo que le permite al niño librarse tanto de sus fantasías incestuosas como de las parricidas? ¿Qué relación tiene la función paterna con el acceso a la sexuación y a la cultura?

En El sepultamiento del complejo de Edipo, Freud (1924: 184)¹⁰ dice que la

intelección de la castración de la mujer produce en el varón una angustia que pone fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo porque ambas conllevan la pérdida del pene: castración si se identifica con el padre por sus deseos incestuosos y castración si se identifica con la madre.

Así es como surge en el niño un conflicto entre el interés narcisista por la conservación del pene y la investidura libidinal de los objetos parentales. Normalmente triunfa el interés narcisista y el niño se extraña del complejo de Edipo.

La premisa universal del pene

Al principio el niño no presta atención a esta amenaza de castración, pero la percepción de los genitales femeninos quiebra su incredulidad y hace representable la pérdida del propio genital, porque piensa que en ese lugar había un pene pero que el padre lo cortó.

En el momento del complejo de Edipo, la amenaza de castración, negada o desafiada al comienzo, se vuelve psíquicamente efectiva a partir de esta teoría sexual infantil, ya que el niño teme que la sanción le sea aplicada a él. Dado que esta amenaza se inscribe - como acabamos de verlo - en el marco de las relaciones edípicas que incluyen la fratría, la madre y el [padre, se constituye un complejo de castración, estrechamente vinculado con el complejo de Edipo](#)"

Como podemos ver, por un lado tenemos la amenaza de castración y por otro lado tenemos la percepción de la diferencia sexual; frente a ellas, el niño se defiende renegando de la diferencia y se aferra a la premisa universal del falo que establece que hay un solo genital: el masculino.

La castración imaginaria y la castración simbólica

En Dostoievski y el parricidio Freud (1928 [1927]) dice que el odio al padre es resignado por la angustia frente al peligro exterior de ser castrado por él; en cambio, el enamoramiento hacia el padre es tratado como un peligro pulsional interior, que en el fondo se origina en idéntico peligro exterior.

Es decir, que el amor-odio al padre es inadmisible y por lo tanto reprimido, porque la angustia de castración es terrorífica tanto cuando se refiere al castigo por el deseo parricida como cuando se refiere al precio del amor.

En este sentido, no debemos pasar por alto que, para Freud, la angustia directa frente al castigo debe ser considerada como normal; en cambio la otra, la angustia frente a la actitud femenina, es el auténtico factor patógeno y es ésta la razón por la que, según él, debemos discernir la clave de toda neurosis en el complejo de castración.

El destino del deseo incestuoso

El extrañamiento del complejo de Edipo se produce por medio de una operación por la cual las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación:

[...] La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó, que toma prestada del padre su severidad, perpetua la prohibición del [incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto](#)'.

De este modo, las aspiraciones libidinales que pertenecen al complejo de Edipo son parcialmente desexualizadas o sublimadas por medio de la identificación o bien son inhibidas en su meta y convertidas en mociones tiernas.

Este proceso de represión del deseo sexual con los progenitores salva los genitales pero también los paraliza, cancelando su función. Así se inicia el período de latencia.

Cuando este proceso se consuma (idealmente), produce una destrucción y un sepultamiento del complejo. Pero por regla general el yo no logra una cancelación total sino una represión del complejo (que más tarde exteriorizará su efecto patógeno), al tiempo que constituye al superyó que será el encargado de intervenir en todas las represiones posteriores.

La importancia del superyó radica en el hecho de que al ser el heredero del complejo de Edipo acoge tanto los elementos de la identificación que se relacionan con el ideal del yo como los que se relacionan con el yo ideal, es decir, que el superyó es por una parte un residuo de las primeras elecciones de objeto y por otra parte se constituye como una enérgica formación reactiva frente a ellas.

Ser el falo y ocupar el lugar de la ausencia

[Porque si tal como lo formula Freud \(1917: 119\)1'](#) la mujer no busca en el hombre al hombre sino al pene con el que le puede dar el hijo-falo que sustituya al genital que su propia madre no le dio, entonces tanto el niño como la niña son en un primer tiempo instalados con todo su cuerpo en el lugar de la ausencia con el cometido imaginario de colmar la falta en la madre.

Desde esta perspectiva, también la niña se verá enfrentada a la angustia ante la castración de la madre, porque esta castración le habla de la pérdida de su propia posición fálica.

Es decir, que se trata de entender el complejo de castración no como una reacción del sujeto frente a una amenaza a una parte del cuerpo, más o menos explícita, sino como el efecto que produce en la niña la prohibición paterna de gozar con la madre bajo la posición imaginaria de ser el falo que la completa.

Porque la palabra castración no se refiere a ningún corte que lleva a la pérdida de

una parte real del cuerpo, sino al hecho de que el ser humano, sea hombre o mujer, está marcado por la imposibilidad del goce absoluto.

[Y si la niña, tal como lo formula Freud \(1923: 146\)14,](#) afirma que hay un solo órgano genital, que es el masculino, no lo hace para renegar de su propia castración, en el sentido de una falta de pene, sino para renegar de la castración en la madre, porque insistir en la creencia de la primacía del símbolo fálico le permite seguir encarnándose como cuerpo-falo que completa a la madre.

Por lo tanto, en este primer movimiento que se caracteriza porque la hija, tal como lo habíamos visto en el hijo, encarna el falo que completa a la madre, en este momento, totalmente imaginario, no es contemplada la diferencia anatómica entre los sexos porque no están investidos ni el pene ni el clítoris sino el cuerpo de la niña/o, que en tanto falo sustituye al pene que la madre no recibió.

Será en un segundo movimiento, al entrar en juego la diferencia anatómica de los sexos, cuando nos veremos confrontados a la necesidad de comenzar a plantearnos las direcciones divergentes por las que van a acceder a la simbolización tanto el niño como la niña.

[Recordemos que cuando Freud \(1931: 227-229\)15](#) retoma el tema de la sexualidad femenina, resalta la importancia que tiene la prolongada, rica y plurilateral ligazón de la niña con la madre, que puede llegar hasta el cuarto o quinto año de vida, abarcando, por lo tanto, casi todo el desarrollo sexual temprano.

Es decir que la mujer llega al complejo de Edipo positivo luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo. De hecho, la intensa ligazón que la niña puede manifestar hacia su padre no aporta nada nuevo, salvo el cambio de vía del objeto, porque no es más que un subrogado de la relación primaria con la madre. Como dice Pommier:

[La castración es el resultado de la amenaza implícita que resulta de la comparación entre falo y pene, y la constatación de la diferencia anatómica de los sexos es el accidente secundario que le da forma'](#)

La insuficiencia fálica

[Por lo tanto, en un primer tiempo de la castración, no es para la niña la rivalidad con el niño, y la consecuente envidia del pene lo que cuenta, sino su sentimiento de falta en relación con el falo. O como dice Freud \(1933 \[1932\]: 109\)17:](#)

Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal. [...] Con el ingreso en la fase fálica, la diferencia entre los sexos retrocede en todas las líneas ante las concordancias. Ahora tenemos que admitir que la niña pequeña es como un pequeño varón. [...]

Lo que nos conduce a plantear los caminos divergentes que sigue el varón y la

niña es el descubrimiento de que si para el varón la angustia de castración, debido a las fantasías incestuosas que acompañan a la masturbación infantil de la fase fálica, conduce al sepultamiento del complejo de Edipo, en la mujer produce un sepultamiento del complejo negativo porque en ambos, lo que el padre reprime, es el deseo incestuoso con la madre.

[Para Freud \(1931: 231-232\)'\\$](#) la niña tiene tres vías posibles para resolver los problemas planteados por la angustia de castración:

La primera lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. La mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clítoris, renuncia a su que hacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. También este complejo de masculinidad de la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. Sólo un tercer desarrollo que implica sin duda rodeos, desemboca en la final configuración femenina que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo.

Es justamente la comparación del pene con el falo lo que permite entender de otro modo los tres destinos que Freud (1931) propone para la feminidad: en el primero de ellos, se produce una caída de la relación de la niña con el goce fálico porque se queda atrapada en una ecuación que establece que no tener el pene es equivalente a no tener valor fálico.

Esto se produce porque la niña, que está en relación de dependencia con el deseo del Otro, descubre, junto con la diferencia anatómica de los sexos, que este falo imaginario que ella cree encarnar no es suficiente para colmar el deseo de su madre. Frente a este avasallamiento de su deseo sexual concluye que si la madre se dirige hacia el padre para realizar su deseo, es porque el padre tiene el pene, que a ella le falta y, por lo tanto, que debido a que ella no tiene un pene, por el hecho de no ser un varón, es destituida del lugar del goce fálico, en tanto en cuanto la falta de pene es la causa por la que no es amada por la madre. Cuando, posteriormente, la niña se revuelve contra la madre, es porque invierte la ecuación y en lugar de la afirmación «porque no tengo pene no soy el falo», termina afirmando: «es porque no he sido el falo por lo que mi mamá no me dio el pene».

En este primer tiempo, el padre aparece como un rival que, al ocupar el lugar del falo que la niña ostentaba, la destituye produciendo un estado de anonadamiento del ser sexual.

En segundo lugar, puede aferrarse a la masculinidad y terminar haciendo una

elección homosexual de objeto porque, al renegar de la diferencia, sigue sosteniéndose en la posición imaginaria de ser el falo, en cuyo caso construye una ecuación que establece que como es el falo tiene el pene.

Es decir, que en este segundo tiempo la mujer no reacciona frente a la angustia de castración con la característica envidia de pene, sino que desmiente la falta, insiste en que ella es el falo y que por lo tanto tiene el pene.

De este modo, puede desplazar su deseo de una mujer a otra mujer porque no interviene el significante paterno en la medida en que no le atribuye al padre ese significante de la falta que es el falo. Esta posición es muy característica de la mujer que más que envidiar al pene se burla de él, porque el pene queda inferiorizado en relación con el falo que ella sigue encarnando y porque desde la identificación con la madre fálica se vive a sí misma como mujer completa a la que no le falta nada.

La castración simbólica

El tercer destino de la feminidad pasa por un cambio de órgano y de objeto, porque, al aceptar la diferencia sexual, puede diferenciar entre el goce fálico y la falta de pene produciendo una ecuación que establece que el pene no es igual al falo.

Se nos plantea el problema de discernir cómo se produce el cambio de objeto (de la madre al padre) con el consecuente cambio de zona erógena (del clítoris a la vagina), o, lo que es lo mismo, establecer qué es lo que posibilita que la niña pase de la posición masculina a la femenina.

Por lo tanto, para entender los avatares por los que debe atravesar la niña en su devenir-mujer es necesario que nos preguntemos por los modos en que logra desprenderse de la ligazón primera con la madre.

Si la angustia frente a la castración de la madre conduce a la niña a la resignación de objeto y ésta se sustituye por identificación, la pregunta que se nos impone se refiere a la cuestión del objeto con el que se va a identificar.

1 En efecto, la niña puede resignar la investidura de objeto materno por medio de una identificación con la madre fálica, o con la madre castrada, o bien persistir en su identificación con el falo pero ofreciéndose al padre, que ha devenido como objeto en el lugar de la madre fálica, o identificarse con el padre en tanto otro que imaginariamente se ha constituido en falo que completa a la madre.

Si se identifica con la madre fálica-completa, si reniega de la castración, queda atrapada en el complejo de masculinidad y en la fantasía concomitante de hacerle un hijo a la madre para restituirle, de ese modo, el pene-falo que le falta.

Si, en cambio, se identifica con la madre castrada, en falta, entonces, se dirige al padre en tanto objeto con la fantasía de recibir de él, el hijo que sustituya el pene que la madre no le dio y para ofrecerle de este modo a la madre un hijo que le permita

restituir la completud narcisista perdida.

Como dice Freud:

No siempre es fácil pesquisar la formulación de estos tempranos deseos sexuales; el que se expresa con mayor nitidez es el de hacerle un hijo a la madre, así como su correspondiente, el de parirle un hijo, ambos pertenecientes al período fálico⁹.

En cambio, si se identifica con el padre en tanto falo que completa a la madre, sigue instalada en la posición imaginaria de ser, ella misma, el falo que completa a la madre, y entonces, se inicia para ella un largo peregrinaje de rivalidad con el hombre en la persistencia de su deseo de hacer de hombre de la madre.

Sólo si la castración simbólica se torna eficaz, es decir, si la niña es capaz de soportar ser destituida del lugar del falo en el momento en que percibe que el deseo de la madre se dirige hacia otro lugar, sólo entonces podrá resituarse en un lugar de insuficiencia fálica y desde esta aceptación de su no completud convertirse en sujeto de su propio deseo.

Se trata por lo tanto de poder atravesar ese primer momento imaginario de la castración en el que la niña se cree castrada por no tener un pene, porque si en lo real a la mujer nada le falta, entonces, sólo se trata del impacto que produce la percepción de la falta de pene, en la medida en que esta falta está en relación con la primacía del falo y con el empeño en afirmar la no castración de la madre que sumerge a la niña en la cuestión siempre espinosa de asumir su propio deseo.

En este punto es importante recordar que, para que la palabra del padre cobre valor de ley, es necesario que sea reconocida por la madre, porque sólo a través de la palabra materna el niño es referido a esa metáfora constituyente de la subjetividad que es el «nombre» del padre como filiación.

Para que esta operación en la que el niño pasa de ser objeto a ser sujeto sea un logro, es necesario que antes haya una renuncia al objeto y esto sólo es posible en la medida en que haya habido una represión del significante fálico, que es el significante del deseo de la madre. Esta represión, que se produce por la irrupción del padre en la célula narcisista madre-hijo, es la que posibilita la estructuración del psiquismo del niño porque le permite sustraerse de la experiencia de satisfacción en la inmediatez sensorial y lo sumerge en el enriquecedor universo de las sustituciones.

La transferencia como repetición o como creación

Lo que el paciente transfiere se relaciona con un objeto fantasmático con el que sostiene una relación ambivalente: una relación que es incestuosa y a la vez persecutoria por este deseo fantaseado.

Lo que la transferencia, como producción del inconsciente, pone en acto es a un

sujeto que oscila entre dos estructuras: la narcisista y la edípica; y es por eso que el momento transferencial no se presenta sólo como perturbador del análisis, sino también como activador de procesos inconscientes.

Pero en la transferencia hay algo más que una mera repetición, siempre hay algo nuevo que no se explica por lo ocurrido anteriormente, porque la repetición no es la reproducción de escenas vividas sino que gira en torno a un vacío, a la forma en que ha quedado inscrito el desencuentro con «la cosa» (el das Ding) y por lo tanto con lo que nunca pudo ser realizado.

Desde esta perspectiva, podemos decir que en la transferencia no se trata tanto de repetir con el analista la encrucijada edípica que no se puede recordar en relación con lo vivido con los padres, sino de la creación de la encrucijada que nunca fue ni se tuvo.

Porque la transferencia es una producción del inconsciente es por lo que se trata del inconsciente en acto, pero no de un acto de repetición sino de la invención de un nuevo significado.

1 Es la repetición del deseo como motor de la historia, es la insistencia del deseo por producir un encuentro imposible entre «la cosa» y la palabra.

Por lo tanto, si lo que se transfiere se relaciona con un objeto fantasmático, lo que en el análisis se repite es el anhelo de encontrar objetos capaces de obturar el agujero de lo real dejado por «la cosa» en tanto causa de deseo.

Pero como no hay objeto capaz de llenar el vacío en el centro de lo real, ni palabra capaz de nombrar a «la cosa», se inicia para el sujeto la danza del significante sobre la pista del significado, donde cualquier palabra y cualquier objeto pueden aparecer insistentemente como sustitutos insuficientes de lo real imposible.

El momento transferencial permite que el pasado se constituya como tal en el tiempo presente del análisis y por esa razón es un error decir que el presente se enriquece con recuerdos del pasado cuando en realidad habría que decir que el pasado se enriquece con recuerdos contruidos en el presente.

El desgarramiento primero

Es el lenguaje el que produce un momento inaugural del psiquismo, al crear una dialéctica entre lo que se puede decir y lo que de ninguna manera puede ser apalabrado. El lenguaje opera una represión originaria, que afecta a huellas mnémicas que no pueden ser recuperadas porque nunca fueron expulsadas de la consciencia; como dice Freud:

El inconsciente es lo indomeñado y lo indestructible contenido en el alma del hombre.

Por eso, podemos concluir que por un lado se trata del silencio estructural de las pulsiones como lo más inaprensible de nuestro ser, de lo que nos constituye en tanto sujetos; y que también se trata del silencio estructural de las pulsiones que, en tanto núcleo de nuestro ser, es la falta en la palabra, lo que le falta a la palabra para poder totalizar a «la cosa», puesto que lo esencial del ser escapa a la palabra.

1 De esto, y no de otra cosa, se trata en esa nostalgia primera que nos habita: del deseo insatisfecho que nos constituye como sujetos, de lo incompleto del lenguaje que no puede terminar de decir a «la cosa», de la castración originaria que se hace presente como un vacío en la palabra conquistada que se especulariza en «la cosa» inasible, haciendo que se produzca un permanente deslizamiento del significante sobre el oleaje del significado.

De esto se trata, de una interminable errancia del deseo que perdura en el tiempo como realización imposible y que nos obliga a sostenernos y a asumarnos desde la incertidumbre del ser en las palabras y en la falta de ser por lo que ellas no pueden terminar de nombrar.

Esto es lo que está presente en la función paterna como metáfora de la subjetividad: un corte, una castración que es originaria de la palabra, puesto que produce la sustracción de una experiencia de satisfacción en la inmediatez del acto, un desgarramiento primero, al introducir el patronímico que permite operar el tránsito del hecho real al orden de la designación.

Es, por lo tanto, la introducción del nombre del padre entre el niño y la madre (lo que se debe decir como mediación del encuentro entre la pulsión y el deseo) lo que interdicta el incesto y convierte al deseo en imposible de satisfacer, en tanto todo objeto debe ser definido como un sustituto de un real para siempre perdido.

La creación de la novela familiar

Si todo objeto es un sustituto de un real perdido, entonces debemos preguntarnos: ¿qué pasa con ese resto de lo real que no puede ser satisfecho porque queda por fuera de la sustitución?

1 En efecto, ya Freud había señalado que el sepultamiento del complejo de Edipo es un planteamiento ideal y que, por lo general, lo que se produce no es un sepultamiento del complejo, sino una represión de los deseos incestuosos y parricidas con los consecuentes retornos de lo reprimido.

Estos retornos de lo reprimido son formaciones inconscientes que se manifiestan a través de los síntomas, de los sueños y actos fallidos tal como se presentan en los análisis de nuestros pacientes.

Pero también hay otro tipo de formaciones que no dependen de la historia singular de cada sujeto, sino que son construcciones imaginarias universales, como las

fantasías originarias y las teorías sexuales infantiles entre otras.

Una de las cuestiones que se plantea Freud a lo largo de todos sus desarrollos teóricos y clínicos es la que se refiere a los distintos modos por medio de los cuales el niño logra desprenderse de los padres, es decir, el modo en que desinviste a los padres para poder estar en disposición de poder investir objetos por fuera del grupo familiar.

Freud dice que una de las operaciones más necesaria y dolorosa que debe afrontar el individuo que crece es el de desprenderse de la autoridad parental, que ésta es una tarea nada sencilla y que en la mayoría de los casos se realice defectuosamente quedando restos de investidura libidinal que persiste como deseo de realizar lo que no se debe realizar.

¿Qué hacer con ese resto de investidura que mantiene al sujeto sujetado a los padres?

La situación es para el niño paradójal, porque, tal como he señalado, haga lo que haga se enfrenta a la angustia de la castración: castración si se identifica con el padre y quiere ocupar su lugar, castración si se identifica con la madre, castración si ama al padre y castración si ama a la madre.

Freud dice que, cuando ese desasimiento no se puede realizar de una forma total, perdura en el individuo como neurosis y le impide progresar socialmente como sujeto sexuado y cultural.

En el intento de sublimar este resto no asimilable en el psiquismo, el individuo elabora relatos imaginarios, fantasías diurnas con las que intenta encontrar un modo de desprenderse de los padres que en la infancia fueron la fuente de toda autoridad y creencia.

Una de estas fantasías tiene un valor universal, porque se la encuentra no sólo en los sueños de los pacientes en análisis sino también en argumentos de muchas de las sagas y mitos que nos llegan de la antigüedad, así como en el material de muchas novelas contemporáneas y que Freud identificó como «La novela Familiar del neurótico».

Esta novela surge apuntalada en la rivalidad sexual y como una reacción frente al sentimiento de ser relegado por los padres.

El niño comienza a desidealizar a los padres, a criticarlos y a descalificarlos como un modo de distanciarse de ellos y simultáneamente desarrolla la fantasía de que si no es correspondido plenamente en el amor y el deseo que profesa hacia ellos es porque esos padres desvalorizados no son sus auténticos padres.

Sobre la fantasía de ser un hijo adoptado o ilegítimo sustituye, en la fantasía, a esos padres que lo relegaban y no satisfacían sus deseos, por unos padres de posición

social y económica más elevada.

1 Cuando el niño comprende, como dice Freud, que *pater semper incertus est*, mientras que la madre es certísima, entonces comienza a enaltecer al padre imaginario y coloca a la madre en situaciones de infidelidad y de secretos enredos amorosos respecto de su padre.

De este modo, se desprende del padre en tanto rival y se venga de él porque es relegado por otros en el deseo de la madre, pero, al mismo tiempo, esta operación le permite conservar su idealización del padre real desplazada sobre un padre imaginario potente.

De este modo el niño lejos de destituir y eliminar simbólicamente al padre lo conserva enaltecido en la figura del padre imaginario que se ha creado, al tiempo que en su fantasía retiene una parte de su infancia idealizada a la que se resiste a renunciar.

Adolescencia, etapa bisagra en la adquisición de una identidad psicosexual. La creación de sí mismo

[SABIN ADURIZ*](#)

Introducción

Las apariencias engañan. La consideración de la adolescencia como período de aprendizaje de la adultez plantea muchos problemas. Implica no vivir el presente sino el porvenir, y mientras, como se dice popularmente, el adolescente está en la «edad del pavo». Desde una perspectiva más científica, se considera la adolescencia como una recapitulación de las etapas anteriores. Pero en ambas concepciones se deja fuera algo esencial: la adolescencia es el tiempo y el proceso de la creación del sí mismo.

Entiendo la creación del sí mismo como hacerse sujeto, apropiarse del cuerpo sexuado, de la capacidad imaginativa y representativa, tener acceso a un pensamiento propio capaz de autocuestionarse y, en suma, poder utilizar las posibilidades creativas. El adolescente, para llevar a buen puerto su proceso de subjetivación, ha de adquirir una libertad frente al otro y frente a los deseos de los otros. La costosa elaboración de un deseo propio libra al sujeto de una dependencia al deseo supuesto en el otro.

Freud en La novela familiar del neurótico habló de la necesaria y dolorosa tarea para el adolescente de liberarse de la autoridad de los padres (Freud, 1909). Los padres no sólo dejan de ser representantes de la perfección y la verdad sino que se revelan mortales, capturados en un encadenamiento que los trasciende. El adolescente ha de juzgar y elegir inscribirse en la sucesión generacional ocupando el lugar simbólico de su padre o de su madre, o bien rehusar entrar en la diferencia sexual y en la cadena generacional. No debemos olvidar que, como decía Winnicott, crecer, para el inconsciente, es asesinar.

El mencionado proceso de subjetivación se desarrolla a lo largo de toda la vida, en verdad es inacabable, pero la adolescencia constituye su punto álgido.

La adolescencia es un proceso de transformación. Para comprenderlo resulta útil la máxima de Montaigne: «yo no pinto el ser, pinto el pasaje». La crisis del adolescente, en su vertiente creativa tiene este valor de paso obligado, de metamorfosis. La palabra crisis proviene de la etimología griega krisis, que significa momento de la sentencia. En efecto, la adolescencia es el momento de juzgar y decidir sobre la orientación futura. Pero juicio y decisión, para ser tales, requieren de la participación del sí mismo y de la adecuación del pensamiento y del acto. Al

adolescente no le basta con plantearse el sentido como estando ya ahí, sino que ha de descubrirlo o crearlo. Sólo puede hacerlo sintiéndose él mismo, en su actividad psíquica singular, experimentándose como real en un mundo percibido como tal. Sólo así podrá abrirse a campos no conscientes, incluso imprevisibles. Hacerse sujeto pasa por tener acceso a la «otra escena», por ser capaz de representar lo inconsciente, lo otro de uno mismo.

En tanto en la adolescencia se pone en crisis la identidad infantil y, en parte, las identificaciones y los referentes simbólicos del sujeto, éste se ve obligado a llevar a cabo un proceso de reestructuración psíquica para asumir una identidad sexual, para inscribirse en la sociedad y para situarse en un lugar dentro de la cadena generacional. Se le plantea al adolescente, ni más ni menos, que la exigencia de un trabajo elaborativo para dar un nuevo estatuto al cuerpo, a la identidad y al mundo. Trataré de desmenuzar este trabajo psíquico adolescente que implica la creación del sí mismo.

El valor del espacio transicional cultural para la conquista del mundo exterior

Es preciso empezar por ahí para no reducir el proceso psíquico adolescente a algo exclusivo de su mundo interior, como si éste fuera una mónada aislada. Por el contrario, el objeto externo es fundamental para el adolescente, y, en especial, la investidura de las representaciones del objeto externo, que abre al proceso de exteriorización, tal como voy a exponer al final del texto.

Siguiendo a Winnicott podemos afirmar que una parte sustancial de la actividad adolescente se juega en la cancha del espacio transicional, espacio de ilusión entre el mundo interno y el externo, en el que acontecen los fenómenos culturales significativos para el adolescente. Lo cual nos obliga a tomar al adolescente en su contexto actual, a estar atentos a las figuras desplegadas en ese espacio transicional, a las creencias, a las creaciones y a los sentidos. Se trata del espacio de la ilusión del «nosotros» grupal, vivido en la fiesta, en la música, en el compartir experiencias. Compartir grupal puede generar un goce estético, ya que los objetos compartidos (la música por ejemplo) provocan un «sentimiento» y marcan vínculos con los otros.

Espacio que, a falta de ritos de transición en la sociedad actual, cumple una función de terceridad simbólica, pero que puede perderla en las actuaciones grupales adictivas y violentas.

El adolescente no puede considerar como ciertos los cambios que se operan en él en los planos físico y psíquico, si esta consideración no es compartida con un grupo de confianza. No hay creación personal más que si es reconocida, por eso el púber tiene necesidad de situarse como sujeto entre los otros miembros del grupo. Para inventarse, el sujeto necesita de los vínculos, pero también de su puesta en cuestión y de la posibilidad de deshacerlos/rehacerlos. Ha de transformar la mirada sobre sí y sobre sus metas, complicadas en la sociedad de hoy por la confusión de referencias en cuanto a la diferenciación de los sexos y de las generaciones, por la dificultad de las

identificaciones con figuras de autoridad a causa de la puesta en cuestión de la función paterna. Pareciera que el rey está desnudo, como en el famoso cuento, y se agranda la dimensión de una imago materna arcaica, ligada a la omnipotencia, la inmediatez, el dominio y la adicción, que constituyen una faceta de la civilización técnica.

En efecto, la reducción de barreras entre las generaciones se constata en que la juventud ha devenido un ideal para los adultos, se ha producido un movimiento de báscula en la transmisión generacional; ser joven es una fuente de deseos, de envidia, de odio.

Los cambios de roles sociales del hombre y la mujer, las técnicas contraceptivas, conducen a los adolescentes a vivir contradicciones que no son fácilmente armonizables: entre la libertad de costumbres sexuales y la complejidad que supone el vínculo amoroso y sexual con el otro; entre la solicitud a consumir objetos y la dimensión intersubjetiva de las relaciones personales; entre la saturación de las excitaciones y la elaboración de un saber personal que otorgue sentido a la vida.

Considero que no hemos de ver los cambios de la subjetividad en la sociedad actual como una nube negra que acecha y amenaza, pueden ser ocasión para la creación, favorecida por la pérdida de ideales rígidos que se tenían por verdaderos sin poder ser cuestionados, y por el uso creativo de la tecnología. Pero también pueden ser ocasión para la destrucción por el descrédito de la autoridad y por la utilización de los instrumentos tecnológicos como objetos narcisistas que suplen las relaciones personales y creativas.

Si se caracteriza por algunos la sociedad posmoderna como la de la «muerte del sujeto», la de las identidades estalladas, sólo mediante la creación es posible escapar a la alienación de las imágenes de lo cotidiano, mantener una «revuelta íntima», poner distancia a la imitación de las pantallas, conducir las imágenes a su lugar anexo de «trazas», de ocasiones para innovar, como hace el artista ¿Dejará nuestra sociedad esta posibilidad?

Los psicoanalistas no podemos estar al margen de esta realidad social. Terapéuticamente, a veces sentimos la tentación de velar por el futuro del paciente, por ejemplo ante adolescentes que no se levantan de la cama, que desinvisten la realidad. Pensamos que debemos forzarles para que asuman el principio de realidad, pero la experiencia nos dicta, siguiendo especialmente las enseñanzas de Winnicott, que no se entra en la realidad por decreto sino cuando tiene sentido, así podemos vernos sorprendidos de los rendimientos creativos de ciertos pacientes en el plano profesional una vez que se ha producido una elección propia, que justamente tiene que ver con la creación del sí mismo.

Apropiación de cuerpo y del cuerpo sexual

La tesis de Gutton, autor al que debe mucho este trabajo, expuesta en *Le génie adolescent*, es que la adolescencia es un acto de creación y también una experiencia de creación. En la pubertad el sujeto es captado por una necesidad misteriosa, enigmática de creación, y le es preciso crearse a sí mismo y crear nuevos objetos alrededor de él. Crear es una exigencia psíquica, una búsqueda de estilo (Gutton, 2008).

El empuje puberal hace mella. La sexualidad puberal es radicalmente diferente de la sexualidad infantil e irrumpe por la acción de la maduración instintual, que refuerza lo pulsional infantil. El adolescente vive una inquietante extrañeza a causa del choque entre la realidad nueva del surgimiento del cuerpo genital y la repetición de lo idéntico del cuerpo infantil. Ha de apropiarse del cuerpo a partir de este sentimiento de extrañeza corporal. Ha de hacer el duelo por el cuerpo infantil para no tener el sentimiento de que su cuerpo pertenece a otro, por ejemplo, a la madre. Lo real corporal que ha emergido en la pubertad pone al sujeto en apuros, lo confronta a su insuficiencia para comprender su sentido y le obliga a un proceso de elaboración mediante palabras e imágenes. Se trata de construir un saber personal relativo al cuerpo sexual.

El empuje puberal va a producir también una resexualización de la imagen corporal. Imagen corporal que nunca coincide del todo con la esperada antes del estirón del crecimiento y puede ser fuente de muchas decepciones. La excitación sexual pone en juego al cuerpo y a las zonas erógenas, como asientos de intercambio con el otro. Me decía una adolescente que sentía dolores en varias zonas de su cuerpo antes de ir a una fiesta en la que deseaba bailar con un chico que le gustaba: «Me pone nerviosa acercarme: los ojos que miran, los brazos que abrazan, la boca que besa y que habla.» La fragmentación corporal, como he mencionado, plantea una nueva exigencia al pensamiento: pensar ese cuerpo extraño, tan magistralmente expresado por Kafka en el inicio de *La metamorfosis*: «Al despertarse Gregorio Sarasa una mañana, después de un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto.» Me refiero, claro está, a ciertos sentimientos de inquietante extrañeza que en ocasiones acechan al adolescente.

De ahí la necesidad adolescente de poner en forma, de figurar un cuerpo que no ha sido más que percibido. Es bastante común que el adolescente se obsesione por la mirada anónima de los otros: «Tengo la impresión de ser mirado todo el tiempo».

Surgimiento de la genitalidad. Edipo realizable

La sexualidad genital adolescente por el mecanismo del *aprés-coup* interpreta el pasado, pregenital y edípico, a la luz de lo genital. En la adolescencia tiene lugar una exacerbación del conflicto edípico, en el mencionado *après-coup* del surgimiento de la genitalidad, que hace revivir una proximidad con el cuerpo de la madre. Acontece una situación paradójica: justo cuando se trata de despedirse de los objetos edípicos para elegir nuevos objetos exogámicos, la realización incestuosa parece más posible: se inviste con una carga sexual renovada a los objetos de la relación primaria. Como

ocurre con los cometas que, justo antes de chocar con el sol y desaparecer, su cola se ilumina ofreciendo una gama de colores sin igual. Ya Freud en *La metamorfosis de la pubertad* habló de la importancia de la elección incestuosa de objeto y de la tentación del incesto (Freud, 1905).

Por todo ello la genitalidad supone una auténtica transformación de lo infantil que da a luz una nueva organización libidinal y relacional que abre el acceso al placer del orgasmo, a la experiencia de la alteridad y a la posibilidad de la fecundación.

Tampoco el conflicto edípico adolescente es una mera repetición del Edipo infantil, sino más bien una prosecución del movimiento del mismo. Su elaboración va a permitir la formación de las identificaciones estructurantes: ser hombre y ser mujer. Se trata de poder identificarse a la vez con las prohibiciones edípicas y con las promesas que abre al presente; en definitiva, de hacer suya el adolescente esa autoridad, de introyectarla, de convertirla en instancia anónima superyoica para que pueda servirle a uno como bagaje en la vida. Puesto que para ser uno mismo es preciso apropiarse de la historia que le han hecho, para no repetirla y para subjetivarla.

El proceso de subjetivación no puede prescindir de cuál ha sido y cuál es en la actualidad el papel del objeto (me refiero, en especial, a los padres internos, pero también a los padres reales y a las personas significativas para el adolescente), en el sentido de favorecer dicho proceso o de obstaculizarlo. Ya he afirmado antes que la creación de sí necesita ser reconocida. Se trata de si el objeto ha propiciado la existencia de un sí mismo vivo, creativo, de una relación de objeto que permita el despliegue de los conflictos y su elaboración. El complejo de Edipo de los padres sobredetermina al del adolescente. De objeto que era en el deseo inconsciente de sus padres, debe advenir sujeto y para ello ha de recurrir a la función paterna a menudo descalificada.

Reestructuración de las identificaciones y constitución de un Ideal del Yo como proyecto abierto al futuro

Como afirma Teresa Olmos hay que identificarse para ser Yo y hay que realizar una deconstrucción de identificaciones para constituirse en sujeto descante. El adolescente se ve involucrado en un proceso de desidentificación, que no deja de tener sus riesgos.

Gracias a este proceso, que supone decir «no» a las identificaciones que le atan a los otros, va a poder rescatar contenidos propios que enriquecen su pensamiento. Pero este proceso va a requerir de ciertas condiciones para no desembocar en una identidad negativa o en actuaciones destructivas.

Escribe Octave Mannoni en *La crisis de la adolescencia* que los pájaros que cambian su plumaje son desdichados. Dicen los adolescentes: «El sitio que antes tenía ya no me sirve, tengo que encontrar mi lugar.» Las antiguas identificaciones han

de caer y/o transformarse y han de sustituirse por otras nuevas, pero durante un lapso de tiempo el adolescente funciona con identificaciones prestadas, hasta hacerlas suyas o desecharlas (Mannoni, 1986).

El trastabilleo de las identificaciones en el Yo va a producir vergüenza. En cuanto al Yo ideal es preciso hacer un duelo por la imagen narcisista propia, por la imago del niño/a maravilloso que realiza sin saberlo los sueños de los padres (Leclaire, 1975). Es indudable que esta imago, que remite a Su Majestad el Yo, condiciona el pensamiento y la vida:

Un adolescente que estudiaba Arte Dramático había ido a ver una obra de teatro con una chica que no le resultaba indiferente. Era su primera cita con ella. Al finalizar la obra decidieron ir a tomar algo. Ya sentados en la terraza de un café el adolescente se sintió obligado a hacer comentarios brillantes sobre la obra que habían visto. Tal exigencia le hizo enmudecer, pasando de lo sublime a hacer el ridículo.

El proceso de desidentificación concierne a las diferentes instancias psíquicas: se trata de la difícil renuncia a ser objeto del deseo de otro y también a los ideales ligados a los objetos incestuosos. Sabemos, por lo que escribe Freud en Introducción al narcisismo, que la instauración del Ideal a partir de la crítica de los padres va a permitir un desplazamiento del narcisismo primario (reinado de la omnipotencia del deseo) a su heredero, el Ideal. Se trata entonces de satisfacer las exigencias del Ideal (ser obediente, correcto, estudioso, no enfadarse). Pero el adolescente ha de cuestionar los ideales transmitidos para no quedar sometido a los objetos primarios e incestuosos. Ha de efectuar un duelo por los modelos de pensamiento que le habían servido para exponer las ideas y los ideales sobre sí mismo. Estos modelos han de ser cuestionados para poder pensar por uno mismo.

Pero como afirma Jean Guillaumin: en relación con devenir uno mismo no se trata solamente de las identificaciones con rasgos conscientes o inconscientes de los padres que constituirían una personalidad integrada, siendo después relevados por sustitutos maternos y paternos. La separación que hace a una persona se juega alrededor de la apropiación identificante de las identificaciones escondidas o rechazadas del modelo. Por eso devenir uno mismo es una operación que implica una cierta violencia. Se trata de rasgos que han permanecido secretos, como lo no dicho familiar, por ejemplo la identificación con la «locura de amor», con los sueños amorosos prohibidos de los padres.

Hay una violencia narcisista necesaria para el despegue adolescente.

El gran pintor Édouard Manet recibió el mismo nombre que el del hermano de su madre, Edouard Fournier, que era dibujante en sus ratos libres y llevaba a menudo a su sobrino al Louvre. Desde la edad de 16 años Manet ha elegido su vocación, la pintura. Su padre le designa una carrera de jurista, después de navegante. Pero Manet se cansa «de la monotonía del

cielo y del océano, siempre la misma cosa, es estúpido». Su decisión de dedicarse a su profesión artística es inflexible. Contrariado en su inclinación amorosa, Manet sólo pudo casarse con su objeto de amor, Suzanne Leenhoff, cuando murió su padre. Antes de celebrarse el matrimonio ella concibió un hijo y se sospecha con fundamento que su padre fue Auguste Manet, el padre del pintor.

El adolescente a veces buscará un rechazo de los padres, que le dé fuerza para partir y levantar el vuelo, dejando quemadas las naves. Tal vez ha sido su manera de separarse, pero habrá de volver sobre sus pasos para arreglar cuentas con un pasado pendiente. Si no es así, puede encontrarse con el destino que predice el poeta Kavafis en su poema La ciudad: «Iré a otra tierra, hacia otro mar / y una ciudad mejor con certeza hallaré / (...) No hallarás otra tierra ni otro mar / La ciudad irá en ti siempre. Volverás a las mismas calles (.. .) / La vida que aquí perdiste / la has destruido en toda la tierra/..»

Ciertos adolescentes son violentados por el ideal que representan sus padres o al que aspiran para ellos, temen el vacío de la desidealización de los padres, mientras que otros encuentran en los ideales de los padres una ocasión de crear su originalidad, apropiándose de ellos y matando simbólicamente a los padres. La desidealización adolescente puede ser fuente de libertad o de depresión.

El proceso de desidentificación por una parte permite al deseo desligarse y estar disponible para nuevas ligaduras, con el corolario de una liberación de agresividad al servicio de Eros. Por otra parte, se necesita convivir con estados transitorios de padecimiento ominoso y culposos (Kancyper, 1998). La afirmación subjetiva (la Iluminación de Rimbaud) puede estar en riesgo (Nizan: «Yo tengo 20 años. No dejaría a nadie decir que es la edad más bella de la vida»).

La regresión puede conducir al adolescente a vivencias de indiferenciación ligadas a experiencias fusionales, con un soporte representacional más o menos lábil, que traducen en realidad la vacilación de la identidad y la búsqueda de un sentido de sí mismo y del mundo. Cuando el sentimiento de continuidad no está amenazado la regresión es reversible (Cahn, 1991).

Piera Aulagnier afirma que para llevar a cabo el proceso de reestructuración de las identificaciones ha de existir ya ahí un fondo de memoria y un capital fantasmático de los que el Yo pueda disponer libremente (Aulagnier, 1988). Es necesario que en la transformación de las identificaciones el sujeto encuentre puntos de certidumbre, de anclaje simbólico, que le permitan al Yo sentir «Yo soy Yo» en los momentos de cambio.

Las identificaciones alienantes implican que hay un dominio «real» o experimentado como tal que el objeto ejerce sobre el sujeto, dominio que influye sobre las identificaciones y propicia una confusión del sí mismo-otro. En definitiva, falta un espacio dejado a la psique por un mínimo de repliegue, de autoobservación,

de autocuestionamiento, espacio vital para respirar y para crear.

La convicción de que existe un infantil ideal, «que lo mejor ya pasó», es una «roca» que vuelve imposible la adolescencia por una nostalgia tal que hace imposible el presente y el porvenir.

La asunción de un pensamiento propio. La autorrepresentación. La capacidad de reflexión

El repliegue narcisista adolescente como lugar de anclaje configurado por las identificaciones estructurantes (secundarias y primarias), que han decantado sus objetos internos, va a constituir un narcisismo espiritual (Avenburg, 1987). La cohesión estructural de las identificaciones confiere al adolescente la capacidad para un ejercicio activo del pensamiento, la capacidad para estar solo y para hacer de esa soledad una fuente de inspiración imaginativa.

En relación con el pensamiento la adolescencia va a significar una etapa de esplendor, pero junto a ella una etapa de confusión que afecta a las diferencias estructurantes: sujeto-objeto, fantasíarealidad, masculino-femenino. Confusión entre lo deseado y lo encontrado y entre sujeto y objeto.

Considero, junto a otros autores, que se puede hablar de un pensamiento específico del adolescente. Su acceso a la lógica formal le permite abstraer, manipular ideas y teorías, utilizar un pensamiento deductivo. En las ciencias puras los jóvenes han realizado descubrimientos importantes (Gódel). El pasaje del microcosmos familiar a un vínculo social más amplio le abre la puerta a ideologías que trascienden el presente. El repliegue narcisista, al que ya nos hemos referido, permite un recogimiento espiritual del pensamiento, capaz de una aprehensión de intuiciones, de estados de ánimo evanescentes; las creaciones literarias y artísticas dan testimonio de ello.

El problema que se le plantea al adolescente es el de adquirir el derecho legítimo a tener pensamientos propios, siendo capaz de recoger el bagaje de lo pensado por otros. Está presente esta cuestión porque en ella se juega su destino como sujeto capaz de atesorar opiniones propias, sin verse obligado a pensar en función de los demás. En esto radica la importancia de si el adolescente siente si tiene o no tiene elección, al verse arrastrado por mociones pulsionales que lo pasivizan sin remedio (Laufer, 1988). Para apropiarse de un pensamiento singular el adolescente ha de llevar a cabo la operación simbólica de «decir no» a las significaciones parentales y, en particular, a los significados impuestos por el padre. Pero sobre el fondo de su aceptación implícita: el adolescente necesita denegar las imposiciones superyoicas del padre para disponer de un capital libidinal, que si no fuera así le sería arrebatado por el padre, quedando sometido a un padre fálico. Es por ello que los adolescentes denuncian las incoherencias del pensamiento de los padres, la distancia entre lo que dicen y lo que hacen. Ahora bien, si el adolescente no dispone de un bagaje, como decantación de la introyección de la función paterna, corre el riesgo de ser invadido

por el pensamiento de la madre y obligado a estrategias defensivas de dominio y control del objeto para evitar su enjullimiento.

Aquí podemos retomar en toda su fuerza las ideas de Piera Aulagnier: el adolescente ha de poder pensar lo que el otro no piensa o no sabe que piensa, porque ha de quedar preservado el derecho al secreto como condición para el placer de pensar (Aulagnier, 1976). Sabemos lo sensibles que son los adolescentes a ser transparentes, a que el otro pueda ver dentro de ellos, como si poseyera rayos X, sus deseos incestuosos y parricidas, tachados de «locura» por el propio adolescente.

1 La capacidad autorrepresentativa o reflexiva del adolescente requiere el acceso a la categoría de la temporalidad y hace del adolescente un historiador. La fabricación de la leyenda personal permite el pasaje de la novela familiar infantil al «mito individual». Se trata de juntar la sensación a la idea sin perder ni uno ni otra. Cuando el lenguaje no puede designar la esencia de la cosa, lo sensible posibilita, gracias al arte, no quedarse en la falta y animar la creación. Para ello es condición que la elaboración personal y libre escape al dominio de las instituciones morales, a la alienación y a la sumisión.

La característica específica de la sexualidad humana es su constitución en dos fases, la primera es la infantil, que sufre una interrupción. En un segundo tiempo es reemplazada por la fase puberal. Gracias al tiempo diferido de la pubertad se pueden plasmar las capacidades creadoras y sublimatorias del hombre.

La pubertad, en tanto acontecimiento real, rompe, como hemos afirmado antes, la historicidad infantil. Afirma Freud que los recuerdos de infancia de los hombres no se fijan sino a una edad más avanzada (casi siempre en la época de la pubertad). Padecen una reorganización análoga a la formación de las leyendas de un pueblo sobre los orígenes (Freud, 1909). La irrupción de la genitalidad, con su suplemento de excitación sexual, modifica la trama inconsciente y el tejido fantasmático sobre el que se organiza la vida psíquica (Givre, 2007). El adolescente está sobrepasado por las modificaciones que lo afectan. Se entremezclan para él vivencias de aceleración, urgencia y ansiedad con sensaciones de pasividad y eternidad. El adolescente se ve obligado a crear una nueva temporalidad en la que el porvenir tenga sentido.

En relación con la realidad: la inquietante extranjería no sólo se refiere al cuerpo sino también a la intemperie del mundo. El adolescente se confronta con algo que no puede dominar. La realidad tiene una parte decepcionante, en el sentido de que no está a la altura de la promesa «cuando seas mayor...» y opone obstáculos a la satisfacción pulsional. Pero el adolescente, como afirma Winnicott, sólo acepta lo que siente como real, ahí radica la importancia de la capacidad para sentir la realidad haciendo la experiencia de ella (Winnicott, 1982). La atracción por los viajes, por lo desconocido, por la ciencia ficción se complementa con la búsqueda de refugios psíquicos en la propia habitación o entre las paredes de la casa. Cuando la relación con la realidad ofrece satisfacciones del Ideal del Yo y logros que fortalecen al Yo, al irse tejiendo anclajes con la realidad, el mundo imaginario, erigido bajo el primado

del principio de placer, puede irse reduciendo (Hernández, 2004).

El cuestionamiento del propio lugar, expresado por un «estar fuera» en la familia y por una cierta errancia en el mundo, obliga al adolescente a una búsqueda de los orígenes, para la cual puede servirse de la escritura. A través de la escritura el Yo es otro. La escritura es utilizada por el adolescente como medio simbólico para construir una fantasía de autoengendramiento: a la vez confrontado a la realidad de ser el producto de dos sujetos descantes y refutándola para colocarse fantasmáticamente en el origen de su existencia, expulsando a sus padres («Yo no os he pedido nacer»). El peso real del cuerpo, ese cuerpo sujeto a una mutación incontrolable, pierde gravedad material al hacerse inmaterial con la escritura.

Voy a presentar un texto de un adolescente al que conocí en un colegio en el que yo trabajaba. Pienso que expresa este proceso de creación del sí mismo con el despliegue de una curiosidad hacia los orígenes:

/ Dormido estaba, dormido / mas nervioso y empapado / pues un temblor
me anunció / que mi hora había llegado. / La noche llenaba todo, / los ojos
tenía cerrados, / mas con grande decisión / me lancé a lo inesperado. / Salté
sin paracaídas / y sin botas de soldado, / al regimiento enemigo / por batas
blancas guardado. / Pero pronto me cogieron / unas manos me agarraron. /
¡Venderé cara mi vida! / ¡Me defenderé! ¡Santiago! / Me colgaron por los
pies, / mi cuerpo abofetearon, / pero yo no dije nada: / estaba predestinado. /
Ya empezaba yo a creer / que dejarme abandonado / es lo que iban a hacer, /
mas volando me llevaron / con un sin par personaje, / quien cogiéndome en
sus brazos / con su voz dulce me dijo: / «Bienvenido al mundo, hijo» /.

La elección de los objetos: la confluencia de la corriente de ternura y de la corriente sensual

Habíamos dejado al adolescente entrando en sí mismo, armando un espacio psíquico propio, pero eso no es suficiente. Porque crearse a sí mismo no es sólo liberarse de las ataduras del objeto para entrar en sí mismo sino también salir de uno mismo hacia el mundo y hacia los otros, crear objetos. Crear es afirmar una identidad compartible, paradoja presente en todo acto creador. ¿Cómo ser uno mismo con el otro? Pienso que la creación del sí mismo es un proceso de elección de objetos, y que, como afirma Freud, en ese encuentro con los objetos se trata de un reencuentro en el que es deseable que coincidan la corriente de ternura con la corriente de sensualidad.

Freud consideraba que la normalidad de la vida sexual es garantizada por la coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual; la primera de ellas reúne en sí lo que resta del temprano florecimiento infantil de la sexualidad (Freud, 1905). Gutton también se ha preguntado sobre la confluencia de la corriente de ternura y la corriente sensual. Parte de la base de que la sexualidad puberal tiene un carácter invasor, extraño e intrusivo. Si la corriente de ternura y la sensual no se integran y van cada una por su lado, la corriente tierna

sobreinvierte al objeto y la sensual lo rebaja. Esta situación puede conducir a que el adolescente mantenga conductas genitales alejadas o despegadas de todo escenario imaginario y cuya meta sea la descarga, a veces autocalmante. Pero también puede llevar a un rechazo de lo puberal y del cuerpo, lo cual puede ser fuente de grandes patologías. Además conocemos por Freud los estragos que puede producir la escisión del objeto, en objeto de amor y objeto sexual y que conduce a amar a quien no se desea y desear a quien no se ama.

Se trata para Gutton de armonizar ambas corrientes y, en esa vía, la realización amorosa ofrecería la salida del túnel. Se trataría de construir un compromiso entre lo ideal y lo bruto (lo feo, lo loco que capta al púber) en el cual interviene la sublimación. Lo feo es como el mármol no trabajado que envuelve las esculturas de Rodin, es lo que inspira la creación y capta al aún-niño.

En el mencionado compromiso se pondrían en juego para Gutton dos mecanismos fundamentales: la idealización y la sublimación.

La idealización trabaja sobre el objeto de la pulsión, en el sentido de que la pulsión consume el objeto pero no totalmente, queda un resto entre dos sujetos, fuera de la consumación puberal. Se conserva entonces el objeto como digno de admiración y respeto. Este estatuto intermedio hace de la idealización la base de todo compartir, vuelve posible la existencia de un lugar de participación.

Esta idealización continúa la obra de la internalización de un buen objeto interno que, tal como postuló M.Klein, permitió al niño un comienzo de autonomía en relación con el objeto externo. Por eso en la adolescencia será reactualizada la manera como se desarrolló la primera separación y la primera interiorización del objeto.

Puede faltar una idealización interior, y el objeto es entonces consumido, demasiado concreto, con falta de calidad; impide la creación y puede desembocar en la adicción o la fetichización.

Un adolescente, enamorado del rap, tenía inquietantes enganches adictivos, pero fue saliendo de ellos a la par que se producía una evolución en las letras de sus canciones, al principio se limitaban a decir «somos los mejores», después se convirtieron en letras que hablaban de sentimientos.

La sublimación apunta al cuerpo pulsional, a la renuncia a la satisfacción inmediata corporal e interviene sobre la pulsión para derivarla. Gracias a la sublimación se puede establecer la diferencia entre la sensorialidad pensada y el discurso racionalizado, porque la sensorialidad pensada abre a las expresiones personales de la psique, a la vía imaginativa y asociativa, permite decir y pensar los sentimientos genitales sin borrarlos, cincelándolos. Preserva de la nostalgia del mirar hacia atrás, hacia el objeto perdido, favorece mirar hacia delante, hacia el desarrollo, hacia la posibilidad de un objeto enriquecido que la renuncia hace posible.

También la sublimación se juega en la intersubjetividad, en la intimidad

del «entre nosotros». Porque la sublimación incluye lo insólito en relación con la historia anterior, la corriente sensual reencuentra la ternura de la infancia.

La sublimación y las idealizaciones invisten nuevos objetos portadores de valores diferentes de los familiares, fuente de juicios según cánones nuevos.

Recuerdo un adolescente con serios problemas de drogadicción y fracaso en los estudios que tomó la decisión de trabajar con una ONG en un proyecto de integración de niños de la calle, para ello hubo de viajar solo a un país lejano. Esta experiencia supuso para él un acto creativo.

El adolescente necesita de los objetos exteriores, de la exteriorización. En el «nosotros» de los amantes se produce un encuentro entre lo desconocido sentido en el propio cuerpo y el misterio del partenaire.

En relación con la idealización y la sublimación Gutton va a postular una doble identificación: la identificación centrípeta y la identificación centrífuga.

En la identificación centrípeta el objeto es identificado al Yo. Esta identificación es fundamental, aunque puede correr el riesgo de inmovilizar en los ideales rígidos. Pero esto no bastaría para la sublimación, para que ésta tenga lugar es precisa una identificación centrífuga del Yo al objeto investido, por la cual se funda la creación de objetos a descubrir y amar.

Hasta aquí las ideas de Gutton. Me gustaría añadir que la confluencia de la corriente de ternura con la de sensualidad implica además tolerar una cierta dependencia de los objetos, cuya condición es la existencia de un espacio psíquico propio del sujeto y también del objeto, que propicien una libertad de investidura, para que no se produzca una amenaza para el Yo. Pero además es necesaria la integración de los componentes pregenitales en lo genital, en especial de los componentes sadomasoquistas que quedarían integrados en el erotismo genital. No cabe duda de que la inhibición de meta de las pulsiones edípicas contribuye de un modo esencial a dicha confluencia: los aspectos homosexuales sublimados permiten los lazos de amistad, accediendo a la categoría de los otros y del «nosotros»; la elaboración del odio edípico permite la investidura de los aspectos frustrantes de la realidad; la identificación con el rival edípico posibilita apropiarse de ciertas características del rival para ponerse en su lugar. La elaboración del complejo de Edipo en la adolescencia va a posibilitar la interiorización de una escena primaria fecunda y creativa. La ternura que da fondo a la psique (Racamier) procede de los objetos infantiles edípicos pero también de la experiencia de amistad y de amor del adolescente.

Considero que en la creación del sí mismo entran en juego el autoerotismo, el narcisismo y la libido objetal. La pulsión sexual genital se enriquece con las posibilidades imaginativas del autoerotismo, pero para ello la sublimación ha debido

actuar sobre el autoerotismo, exigiendo una renuncia a la satisfacción corporal inmediata y apartándolo hacia un escenario imaginario. Va a ser facilitada entonces la dialéctica entre la libido narcisista y la libido objetal en relación con la creación. El repliegue narcisista, como afirmaba Avenburg, configura un narcisismo espiritual. Pienso que este nuevo destino de la libido hacia los objetos, después de haberse reabastecido en el Yo es esencial para que las cualidades diferenciales del objeto estimulen el deseo propio. Para crearse uno mismo necesita poder recibir del otro. Conectando con las ideas de Philippe Givre pienso que el adolescente a través de la feminidad puede abrirse a lo imaginario, siendo este acceso diferente en los dos sexos.

Se favorece así un intercambio fecundo entre lo pensado y lo vivido y una sublimación no sólo de lo sexual incestuoso sino también de la violencia como forma de conjurar el desamparo y la muerte (Rosolato, 1989).

La creación de objetos. Formas de la creación de sí mismo

Como he afirmado antes, la creación adolescente necesita de un proceso de exteriorización, tiene necesidad de los objetos exteriores. Freud en *El creador literario y el fantaseo* muestra que el niño a través del juego y el novelista a través de los personajes de ficción apuntalan sus fantasías inconscientes en objetos palpables que permiten figurarlas. El adolescente también experimenta una exigencia interior de realización de sí en los objetos sensibles, necesita crear objetos para proyectar los fantasmas que pueblan su mundo interno y para sublimarlo. Para ello ha de transferir el vínculo que tiene con los objetos internos fantasmáticos a los objetos de la realidad exterior. En esta tarea esencial está en primer plano el devenir de la sexualidad infantil en sexualidad genital.

Este proceso de exteriorización ha de diferenciarse del proceso de externalización, que implica aferrarse a la realidad externa actuando sobre ella para defenderse de un mundo interno peligroso y problemático, tal como afirma Jeammet.

Gutton en *Le génie adolescent* va a ilustrar de un modo muy sugerente este proceso de creación de objetos: los juegos sexuales «inocentes» tienen la misión de contener la genitalidad sin perderla, de velarla. Los piercings son prácticas de penetración del cuerpo, para marcar el pasaje puberal a nivel del cuerpo. Para poder elaborar su metamorfosis los adolescentes usan comparaciones monstruosas; más que sufrir arcaicamente al monstruo, más que ser monstruo, es preciso crearlo. La extranjería del cuerpo y del mundo, tan irreductible, es calmada por el reencuentro con personajes culturales definidos como fuera de la norma.

También en la adolescencia se juega una dialéctica entre la apariencia exterior y las cualidades psíquicas internas, se puede llegar a evitar la intimidad en beneficio de la apariencia: «yo sólo quiero enrollarme, no quiero nada más, ninguna intimidad».

El adolescente busca su autorretrato: ser actor consiste en ser uno mismo,

mediante un juego de máscaras. Al adolescente le es preciso creer y hacerse creer. No se trata de una conducta superficial, el adolescente muestra y vela. Las apariencias marcan las pertenencias: «cómo podría ser yo mismo sin un piercing». El actor debe creer el rol que juega. La función de la máscara en la adolescencia es para proteger su creación en curso, aún frágil. Surge desde ahí la recomendación de no desenmascararlo con una interpretación salvaje. Asimismo, los diversos dobles aseguran al adolescente apoyos exteriores temporales pero necesarios, en razón de sus capacidades de identificación amenazadas.

Crearse es primero parecer, presentarse a las miradas, hay un fantasma de autoengendramiento: no deber nada a nadie, ser su propio padre. Mostrar es el índice del expresionismo adolescente. La adolescencia es una estética de la expresión: lo bello es acción o palabra compartida, escuchada, interpretada. Para que una adolescencia se haga es precisa la investidura de otro, o de muchos otros.

La construcción identitaria toma prestadas formas de escenarios fantasmáticos dichos o actuados, la sublimación debe modelarlos. Hay una distancia entre lo que siente el adolescente y lo que dice, la palabra no dice suficientemente, por eso es preciso mostrar. Entre carne y palabra lo importante es el juego, el espacio transicional. El argot permite la expresión de los afectos. Nos indica que para el adolescente no se trata de encadenamientos discursivos, lo constatamos en los numerosos artificios creados por ellos para gestar una lengua de intimidad entre pares (SMS).

Conocemos la importancia que otorga el adolescente al espaciotiempo cotidiano (habitación, vestidos, diario íntimo, colegio): los ha elegido, a veces fabricado. Un objeto deviene significativo cuando, perdiendo su neutralidad, es investido como participando en la creación de sí, utilizando sensaciones, representaciones y significaciones.

Esta objetalización es esencial, aunque ciertas objetalizaciones pueden ser inhibitorias: por ejemplo: «no puedo ir al colegio sin esta chupa». La creación es un momento de llamada a otro.

El vigor puberal impone diferencias que aguijonean el narcisismo hacia la creación: «no soy guapo, pero tengo una cara interesante» (Gutton, 2008). El riesgo es inmovilizarse: «soy para los otros una imagen quieta y bella», me decía una adolescente.

Bajo la estimulación de las trazas actuales de lo puberal, las reminiscencias infantiles construyen el sueño, mediante la asociación de secuencias pasadas, infantiles y adolescentes, condensadas y desplazadas. El adolescente mediante los sueños es capaz de representar, Green ha postulado el sueño como ejemplo de proceso de objetalización. Voy a exponer cómo un sueño permite a un adolescente representar el goce ilimitado, que puede anular el borde imaginario entre sí mismo y el otro:

Un adolescente consulta angustiado por un sentimiento de despersonalización, experimentado durante una experiencia masturbatoria. Meses después de iniciado el tratamiento sueña lo siguiente: «Voy en un avión que sobrevuela a una serpiente; la serpiente es muy grande; el avión la sobrevuela, parece que no se acabe nunca, se repite, se repite, siempre lo mismo, de pronto pasa rápidamente. El sueño parecía muy real». No asocia nada el paciente sobre el sueño, ni el avión ni la serpiente le sugieren nada. Le digo que al escuchar el ritmo de su relato (pasa-pasa-pasa-de pronto me voy) me ha hecho pensar en la masturbación. Responde el paciente que tiene mucho miedo de caer en el vicio infinito de la masturbación, de no dejar nunca de hacerlo, sobre todo tiene miedo de no poder pensar en otra cosa.

En este sueño nos encontramos ante una figuración del temor a caer en un goce infinito que aspira al pensamiento como un agujero negro.

El analista que trabaja con adolescentes ha de ser un intérprete motivado, que cree, tiene confianza y reconoce el proceso creativo en curso. La motivación, capacidad de *réverie*, de asociación libre, de decir con otro estilo lo que siente y piensa y el trabajo de contratransferencia son solicitados del analista. Como afirma Gutton la adolescencia no es simplemente reescritura del pasado sino dramatización en la que se renueva el destino de los actores de forma inesperada.

Bibliografía

AuLAGNIER, P., El derecho al secreto: condición para poder pensar. El sentido perdido, Buenos Aires, Trieb, 1976.

-(1988), «Construir(se) un pasado», Rev. Apdeba, vol. XIII, 1991.

AVENSURG, R., El aparato psíquico y la realidad, Buenos Aires, Nueva Visión, 1987.

Psicoanálisis: perspectivas teóricas y clínicas, Buenos Aires, Publicar, 1998.

BACHERICH, M., La pasión d'etre soi, París, Gallimard, 2008.

BARANGER y cols., Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

CAHN, R., Adolescente et folie, París, PUF, 1991.

L'adolescent dans la psychanalyse, París, PUF, 1998.

FREUD, S., Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu.

(1905), Tres ensayos de teoría sexual, vol. VII Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu.

- (1909), La novela familiar del neurótico, vol. X Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1909), A propósito de un caso de neurosis obsesiva, vol. X Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gii, PH. y TnsSEL, A., Le tourment adolescent, París, PUF, 2007.
- GUILLAUMIN, J., Adolescencey Désenchantement, París, L'esprit du temps, 2001.
- GUTTON (1991), Lo puberal, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- Le genie adolescent, París, Odile Jacob, 2008.
- HERNÁNDEZ, M., Trabajo para miembro titular de la APM, 2002.
- JEAMMET, Ph., «Réalité externe et réalité interne. Importance et spécificité de leur articulation á l'adolescence», Revue Francaise de Psychanalyse, núm. 3-4, 1980, págs. 481-523.
- JOYCE,✓ J., Retrato de un artista adolescente, Madrid, Alianza Editorial, 1916.
- KAFKA, F. (1966), La metamorfosis, Madrid, Alianza Editorial, 1971.
- KANCYPER, L. (comp.), Clínica psicoanalítica de niños y adolescentes, Buenos Aires, Lumen, 1998.
- KAVAFIS, K., Poesías completas, Madrid, Hiperión, 1976.
- LAUFER, M., Adolescencia y crisis de desarrollo, Barcelona, Espaxs. 1988.
- LECLAIRE, S., Matan a un niño, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- MANNONI, O. y cols., La crisis de la adolescencia, Barcelona, Gedisa. 1986.
- OLMOS, T., «Adolescencia: en los límites de lo analizable», Rey. APM, núm. 24, 1996.
- «La construcción y la interpretación en psicoanálisis con adolescentes», Rev. APM, núm. 34, 2001.
- RosoLATO, G. y cols. (1989), Lo negativo, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- WINNICOTT, D., Realidad y juego, Barcelona, Gedisa, 1982.

Crisis de la edad media de la vida y creatividad

[PEPA LLINARES LLORCA*](#)

Introducción. Concepto

La crisis vital es un momento dentro del proceso de subjetivación, de construcción de la identidad, en el devenir de la historia personal. Es inevitable. Se percibe como un peligro que hay que superar y es una oportunidad para realizar un cambio, búsqueda de aquello que ha faltado o búsqueda de autenticidad respecto: a sí mismo, a las relaciones afectivas y sexuales y a la sociedad. La ausencia de crisis, en lugar de algo positivo, lo entendemos como la tendencia a evitar el conflicto psíquico y como una dificultad para reorganizarse psíquicamente. De la crisis, ya sea evolutiva o accidental, se sale transformado, sobreadaptado o desorganizado. En psicoanálisis la noción de crisis abarca fundamentalmente la de duelo y de un proceso de desidentificación - de adquisición de nuevas identificaciones-. La crisis puede vivirse y resolverse bien mediante la regresión y resignificación a posteriori, de la fantasmática infantil y adolescente, a través del mecanismo de la represión y los síntomas neuróticos; bien en un momento de despersonalización, debido a que la introyección yoica de grandes cantidades pulsionales [produce una estasis libidinal, la vivencia de pérdida de límites, de goce sexual y con ello la despersonalización que comporta una nueva reorganización'](#).

A lo largo de la vida, hay experiencias fundamentales que cumplen una función psíquica estructurante en la construcción de la identidad y suponen el paso a estructuras mentales más complejas y el abandono de modos de funcionamiento más primitivo, y las podemos considerar como crisis vitales evolutivas. Son la experiencia originaria en que se inaugura el psiquismo humano; el descubrimiento de la diferencia de sexos y el complejo de Edipo y su disolución; la adolescencia; y la edad media de la vida.

En los comienzos de la era industrial se hizo necesario definir el espacio psicosocial de la adolescencia (anteriormente sólo era un rito para marcar el paso de la infancia a la edad adulta), actualmente se hace necesario un nuevo espacio psicosocial, muy relacionado con la adolescencia, que es la llamada crisis de la edad media de la vida, período que se extiende desde los 35 hasta los 45-50 años, según la personalidad de cada sujeto y su ámbito sociocultural.

Esta crisis entraña un autodescubrimiento en cuanto a lo verdadero y auténtico de uno mismo y al sentimiento de realidad. La perspectiva fundamental es la búsqueda de la autenticidad como único modo de sentirse real y de redescubrirse, lo cual permite darle sentido a esta etapa de la vida que es, en gran medida, totalmente

nueva.

A modo de introducción y siguiendo el modelo del autodescubrimiento ilustraré mi tesis, con tres ejemplos extraídos del mundo de la cultura y del arte.

En primer lugar, la película *Otra mujer* de Woody Allen, ejemplo de resolución exitosa de la crisis de la edad media de la vida. Nos muestra a una mujer que a los 50 años y poco después de morir su madre, siente que ha perdido el equilibrio y entra en crisis, e inicia un proceso de reestructuración y reelaboración psíquica y vital. Busca la tranquilidad necesaria para escribir un libro y en ese ambiente silencioso y de repliegue, mientras trabaja, oye las voces que le llegan de un apartamento vecino que es la consulta de un psicoanalista, y escucha a una mujer, cuyas palabras y el estado de angustia en que se encuentra la dejan sobrecogida y la llevan a reflexionar. La mujer en sesión habla de sus autoengaños y de cómo éstos se han hecho tan habituales y cotidianos, que ya no sabe quién es ella misma. La protagonista de la película se reconoce en esa reflexión, reconoce sus propios autoengaños y la falsedad y ceguera en la que se ha ido instalando es el punto de partida de la crisis que la llevará a replantearse toda su vida, a recordar, revivir, visitar sus diferentes etapas y replantearse desde la verdad y la autenticidad. Proceso de resignificación a posteriori que le permite iniciar una nueva etapa desde una mejor conexión consigo misma, tanto pulsional como narcisista, efectuar los duelos de las pérdidas, de los errores, etc., y vivir desde la autenticidad. Así se acerca a la figura de Minerva, que, como Atenea en Grecia, es la diosa de la inteligencia, de la sabiduría, de las artes y protectora de la paz.

El segundo ejemplo ilustrativo es Camille Claudel (1864- 1943). La escultora representa la imposibilidad de vivir la crisis y elaborar la conflictiva inherente. La repetición y acumulación traumática, con la imposibilidad de elaborar los duelos, hacen que la crisis se convierta en desorganización, desestructuración psíquica y aniquilación de sí misma. Los abandonos, el desvalimiento, la falta de amor materno son traumáticos, y su sustitución por una pasión amorosa no resuelve el trauma. La calidad artística de Camille, de gran originalidad y enorme grandeza, permite, a través de sus obras, vislumbrar los traumas y su estado más íntimo, ya que con sus esculturas da vida a sus sentimientos: expresa, muestra y petrifica las emociones más íntimas y los estados anímicos más profundos.

1 Con una belleza y sensibilidad extraordinaria, transforma el dolor de la pérdida, del abandono, y de la soledad, en sublimes imágenes esculpidas. Su obra, autobiografía esculpida, es la historia de su vida que habla de amor, de muerte, de la infancia, de la vejez, etc.

Su nacimiento - diciembre de 1864 - estuvo precedido por una pérdida. Sus padres perdieron a su primer hijo varón que murió a los quince días de nacer; duelo no superado por su madre, que a su vez había sido huérfana de madre desde sus 3 años. En 1866 se suicidó el único hermano de la madre². Ambos episodios condicionaron, evidentemente, la llegada al mundo de Camille. Modelar la tierra fue su pasión desde

muy niña. Mathias Morhardt, su primer biógrafo, en un artículo de 1898 del *Mercur de France*, [escribe: «la escultura es una pasión vehemente que la posee enteramente y que ella impone despóticamente a su entorno»](#) 3. Esto fue motivo de enfrentamiento y de desencuentro con la madre, quien no pudo ver en esta pasión artística, más que un componente anal ligado a lo indomesticable de su hija y a la suciedad. Camille sería reñida y amonestada constantemente por la madre. El padre, sin embargo, sí supo vislumbrar la vocación artística en su hija, así como en sus otros dos hijos, Louise y Paul, dos y cuatro años menores que Camille, ambos con vocación, musical la primera y literaria el segundo. Si la creación artística convierte lo más primario en sublime, la madre de Camille no supo ver esto en su hija y vertió su amor y afecto en su hija Louise.

El rechazo de la madre por no haber sido varón pudo condicionar la elección artística de Camille; ser escultor en aquellos años era un trabajo más propio de hombres. Ella supo tener la fuerza, el empuje y la potencia física para modelar y esculpir sus obras, no permitiendo que nadie hiciese el trabajo duro; cada pieza la hacía ella misma del principio al fin.

Esta carencia materna, que el padre intentaba compensar con su afecto (siempre apoyó a Camille, hasta el final de sus días), se vio reflejada en una segunda carencia en su adolescencia y edad adulta, al perder la relación con el que fue motivo de una tremenda pasión amorosa, reuniendo amor y entrega artística, Auguste Rodin. Con él se adentra en el arte de la escultura y con él intenta llenar el vacío, la carencia materna, y sufre, de nuevo, un profundo desengaño. A. Rodin no abandonará a su amante, con la que convive, sino que dejará a Camille, la cual quedará en un tremendo estado de desvalimiento. Junto a esta pérdida, la imposibilidad de elaborar los duelos de los hijos no tenidos, los embarazos no llevados a término, sumen a Camille en un profundo estado de desolación, de destrucción y poco a poco en una transformación delirante de la realidad: para ella es «la banda de Rodin quien está gestando su infortunio». El delirio transforma el desvalimiento y abandono en persecución.

Feminidad frustrada, fue una hija no nacida como mujer para la madre, considerada por ella como un ser indomable, falta de humanidad; la madre parecía verla como algo informe, desmesurado, rebelde, abominable, y no como una persona, un ser humano. Feminidad frustrada en su niñez, y también en su adolescencia, al no encontrar su reflejo en el espejo materno y frustrada de nuevo en su edad adulta, abandonada por quien había sido y era su gran pasión.

Además se produce el alejamiento paulatino de su hermano, quien termina su licenciatura en Derecho y Ciencias Políticas en 1888, y en 1893 viaja a Nueva York para ocupar el puesto de vicecónsul. Desde entonces los viajes constantes de Paul harán que Camille se sienta cada vez más sola; no puede confiar en nadie, se aísla y repliega cada vez más, sobre todo a partir de 1892 cuando se aleja definitivamente de Rodin. La pérdida de su pasión amorosa, Rodin, y el alejamiento de su hermano, con quien sostenía una relación muy afectiva e íntima, y de total confianza, le suponen un

trauma que la lleva poco a poco a un gran desvalimiento y al derrumbe psíquico.

Sus esculturas expresan su destino. Algunas, que comentaré a continuación, petrifican el estado anímico, el trauma, el desvalimiento y el derrumbe psíquico de Camille.

El busto La Petited Íslette, también llamada La Petite Châteline,⁴ es un rostro anhelante, la cabeza de una niña un poco levantada, como mirando a un adulto, la madre, expectante y anhelante, la mirada fijada en el rostro, esperando recibir amor y reconocimiento. Camille quedó fijada a la relación materna de modo traumático, fue una espera nunca satisfecha, ya que su madre nunca le demostró afecto, ni reconocimiento, siempre la rechazó, y, tras la muerte del padre (1913), acordó, con sus hijos Paul y, Louise, ingresar a Camille en una casa de salud en la que vivió los treinta años restantes de su vida, desde 1913 hasta 1943 en que falleció. Su madre nunca la visitó, y prohibió terminantemente que saliera; e incluso cuando el médico dijo que había una gran mejoría, en 1919, y aconsejó que Camille volviera con su familia o al menos estuviera cerca del entorno familiar, la madre se negó: «Es imposible creer que se haya curado y que pueda conducir razonablemente su vida... No puedo recibir a la que' está en su hospital, ni autorizar esa prueba de salir que aconsejáis» 6. Camille murió sola, nadie fue a su entierro y fue depositada en una tumba anónima como Mozart.

¿Será por ello que Camille siguió trabajando en La Petite Châteline hasta 1896 en que, la cuarta versión, recuerda, en un elemento, la trenza, a otra de sus obras, Clotho, la parca romana, hilandera que teje los hilos de la vida y preside el destino? Con esta remodelación el busto de La Petite Châteline incluye en el cabello, la cabeza, un rasgo de la muerte, de la destrucción, como un estigma desde su infancia.

En el mismo período que esculpe el busto de La Petite Châteline (imagen dotada de una presencia entrañable, cautivante, de gran intensidad, que atrae irremediabilmente, cautiva y emociona; tiene algo tierno, íntimo y, al mismo tiempo, algo inquietante; esa espera concentrada, atenta, fijada en la búsqueda de la mirada del adulto al que está intentando retener y cautivar), esculpe Clotho - iniciada en 1890 y terminada y expuesta en el Salón de París en 1893, junto a La Valse - una de las parcas, las tres divinidades romanas, hilanderas que tejen la vida. Son tres ancianas que hilan en silencio el destino humano. Clotho, en la mitología, es la más joven y tiene en su mano una rueca que lleva prendidos hilos de todos los colores y calidades: de oro y seda para los hombres cuya existencia será feliz y de lana y cáñamo para aquellos destinados a ser pobres y desgraciados. Personifica el nacimiento. Sin embargo, Camille Claudel le hace representar el envejecimiento y la degradación de la belleza, de la juventud y de la fuerza. Nos hace pensar en alguien que envejece casi sin haber nacido, atrapada por los hilos de la lana y el cáñamo que salen de su cabeza, los hilos de la desgracia. La violencia de la escultura está a la altura del dolor de la artista.

Junto a estas obras, Liège mur (1895-1898) narra la pérdida de su amor, el

abandono de A.Rodin, y el estado de desvalimiento en que queda Camille. Es una obra narrativa, un grupo escultórico: un hombre - Rodin - entre dos mujeres, una vieja y mayor (aquí la vejez es la copia de la Clotho calva) que arrastra y acoge a aquel que deja, a su pesar, a la mujer joven, la cual arrodillada - La Implorante - es ella misma implorando amor. Rodin no puede dejar la vieja piel. La joven implorante, arrodillada, es una reedición de la La Petite Châtelaine en una mujer adulta. Esta obra es una alegoría, pero con ella se adivina que el mal en el interior de la artista es terrible. Paul Claudel, su hermano, acusa a A.Rodin, pero sabe que en el fondo la responsabilidad de tanto desequilibrio corresponde a su madre.

La Niobide blessée (1906), es su última obra. La escultura está tomada de una obra anterior, Sacountala. Es la misma mujer, sin el rey. La leyenda de Nióbide cuenta que fue una princesa que había insultado a Apolo y Artemis, y los dioses ofendidos atravesaron, horadaron a sus 12 hijos, los Nióbides. El paralelismo entre la muerte lenta de Nióbide y el derrumbe psíquico, doloroso, de Camille es evidente. Esta última creación completa el ciclo de Sacountala: de la tierna sensualidad de la primera obra (tuvo una mención de honor en el Salón de París, en 1888), modelada bajo la influencia de un amor compartido, a la desesperación de Nióbide, figura atormentada por los dioses, que muere totalmente sola. La primera obra, Sacountala, está inspirada en la obra homónima de Kalidasa, dramaturgo indio del siglo v. La heroína, Shakuntala, que representa el amor verdadero, absoluto, triunfa ante los obstáculos, y se enamora de un desconocido, que en verdad es un príncipe, que está bajo el efecto de un sortilegio. Ella pierde el anillo que él le da en prueba de amor, y él la olvida; sólo la recuerda cuando desaparece el sortilegio. En esta obra Camille modela el reencuentro de los esposos tras una separación provocada por un encantamiento. Eterniza el intercambio de súplica y de perdón que es una reconciliación. El hombre, de rodillas, implora y enlaza a la mujer, y ésta se abandona sobre él. Obra de una gran ternura y sensualidad, que expresa un equilibrio riguroso de lo masculino y femenino, fusión armoniosa de lo sensual y emocional. La Niobide es la mujer de la obra de Sacountala, sin el hombre, y sin su apoyo, en su lugar hay una rama.

En 1906, en marzo, su hermano se casa inesperadamente, y tres días después de su boda parte, de nuevo, para China, y no vuelve hasta 1909. Camille se siente tremendamente sola y desamparada'. Tiene 42 años. En septiembre de 1906 la Niobide bles sée está terminada y desde entonces todos los veranos destruirá a golpe de martillo lo que modela o esculpe durante el invierno. La persecución se apodera de la artista y para evitar que sus perseguidores se apropien de sus obras las destruye. Previamente a la Niobide, en 1902, Camille, que tiene 38 años, lucha por obtener el mármol para realizar una versión de su Persée et la Gorgone, cuya versión en yeso había presentado en el Salón de París en 1899. Este Perseo, inspirado en el de Benvenuto Cellini, florentino del Renacimiento, no está armado de un sable sino de un espejo. Esta escultura prefigura el final de Camille. Su hermano al verla se preguntará: «¿Qué es esta cabeza con la cabellera ensangrentada... sino la de la locura? ¿Por qué no veré más bien una imagen de los remordimientos?»\$ Perseo decapitó a Medusa, una de las tres Gorrondas, cuya cabeza, aun después de cortada

conservaba el poder de petrificar a los que la miraban. Las Gorgonas eran monstruos infernales con figura de mujer, cuyas cabezas tenían serpientes en lugar de cabellos. La obra representa la lucha titánica en el interior de Camille contra esa figura femenina monstruosa y tiránica, con la que desgraciadamente está identificada y de la que no se puede liberar, porque cortar la cabeza de Medusa equivale a aniquilarse.

El tercer ejemplo es Joan Alcover (1854-1926), poeta mallorquín, cuya crisis de la edad media de la vida, humana y artística, le lleva a recuperar la lengua materna en su escritura al buscar la autenticidad en su vida y en su arte. Hasta entonces había escrito en castellano y desde ese momento lo hace siempre en catalán, su lengua materna, la lengua de su infancia y de su gente, en la que mejor expresaba los sentimientos más profundos y con la que se sentía comprometido en un nosotros. En 1909, cuando tenía 55 años, dio a conocer una selección de poemas titulada Cap al tard (Al atardecer), con la que se revela como uno de los grandes poetas de la literatura catalana contemporánea.

El autor, en la introducción a este poemario, dice:

Este libro no responde a la unidad de sentimiento que se pretendió en sus inicios.

En la edad madura, no sé cómo ni por qué, me entró bruscamente un brote de añoranza del escenario rústico, impregnado de mis recuerdos personales, que mira, hacia fuera, por encima del espacio cerrado de la vida ciudadana. El imperio de azules escarpados despertó en mi espíritu un deseo concupiscente de libertad y comunicación directa con la naturaleza. De esta sed nacieron las «Canciones de la Sierra»; y muchas otras apuntaban, como brotes, esperando el momento de abrirse. Mas un viento de infortunio me secó el corazón, helando la nueva primavera florida. Sobrevivieron las imágenes y conceptos, no el calor y la savia para animarlos. Sólo quedó un poso para aquello de lo que son muestra parcial las «Elegías».

Si en nombre del patriciado estético a lo Leconte de Lisle, me acusaran de dar en espectáculo mis heridas, me permitiría oponer al orgullo relativo de los impasibles, que fundamentan la dignidad del arte en la anestesia moral, un orgullo más absoluto, que consiste en desentenderse de toda relación externa, para consagrar la mirra del dolor al culto de imágenes estimadas.

[Los dioses que se pasan la vida componiéndose los pliegues de la túnica para dar la impresión de serenidad, no son auténticos. El Olimpo que se preocupa de los espectadores, deja de ser Olimpo. Yo me contento con ser hombre, y no me parece bien marmorizarme para decorar el templo de un mito sin entrañas.](#)

Siendo estudiante de Derecho en la ciudad condal empezó a escribir sus primeros

versos, tanto en castellano como en catalán, aunque el poeta expresaba sus sentimientos más profundos y puros en la lengua materna, con las palabras con que lo habían cuidado y acunado su madre y su abuela. Terminados los estudios regresa a Palma de Mallorca donde se establece y pronto es magistrado. Se casa en noviembre de 1880 y tiene tres hijos. A los siete años muere su mujer. En esos años de juventud participa de la vida política y es diputado en las Cortes, cargo al que renunció muy pronto y abandonó la vida política, decepcionado por ese mundo. En esa época escribe versos llenos de tópicos literarios, y entiende el ejercicio de la poesía como un juego que le dé prestigio social. A partir de 1889, seducido por el aura mundana, y por el afán de convertirse en el poeta oficial de la isla y así ser reconocido en los círculos literarios de Madrid, escribe cuatro volúmenes de poesía sólo en castellano. A pesar de la buena acogida, Juan Valera le dijo [al joven e inexperto poeta, que escuchara su voz interior y que buscara la sinceridad en el fondo de su alma](#)¹⁰

Cuatro años después de la muerte de su mujer, contrae segundas nupcias con una joven mallorquina (1891). De ese matrimonio tendrá dos hijos. En esa época instaura en su casa una tertulia literaria, muy frecuentada por todos los hombres de letras del momento, incluidos aquellos que podían estar de paso, como Josep Pla, que quedó profundamente impresionado con Joan Alcover. Así transcurren diez años.

[En su poema La balanguera \(la hilandera\), la parca que hila la vida del hombre, nos describe, con imágenes líricas, cómo, la balanguera misteriosa, con arte sutil, vació sus versos de la frivolidad inicial que los impregnaba de modo incoloro y como una parca caviló y empezó a hilar la vida del poeta de Cap al tard, que se tejería de horas trágicas"](#)

En 1901, antes de la publicación de Meteoros, la tragedia enraíza en la vida de Joan Alcover y muere su segunda hija. En 1905 el tifus se lleva a su hijo primogénito. La muerte de su hija coincidía con la crisis del hombre y del artista, agudizándola. Su espíritu se fue llenando de un cambio de voz, de la voz materna que le abría la puerta al uso de la lengua materna. El aspirante a poeta, que primero prefirió la musa del ingenio, se convirtió, en la plenitud de sus días, en el gran poeta de Cap al tard (1909), inclinándose por la musa del sentimiento, ya que sólo entonces había comprendido que «El sonido del arpa, la Poesía, es el eco de un ritmo interior». Este cambio de voz vino determinado por un proceso de sinceridad, que lo acercó a lo más íntimo y le descubrió el amor a la tierra y a su gente. En esa época de madurez dará sus mejores frutos, recogidos en dos libros: Cap al tard (1909) y Poemes bíblics (1918). Este último es una obra más serena y escultórica que la primera. El poeta, a través de la poesía, ha amortiguado el dolor de la tragedia familiar.

En 1919 muere su cuarta hija, en Mallorca, y su tercer hijo, en Barcelona. Únicamente el hijo pequeño de su segundo matrimonio le sobrevivirá. La tragedia y el dolor invade y atraviesa la vida de Joan Alcover desde 1887 hasta 1919. El dolor fue la cantera de la cual surgieron sus obras más preciosas.

Cuando escribe Cap al tard, en 1909, tiene 55 años, la crisis como artista y como

hombre le lleva a una búsqueda de autenticidad, de contacto con la naturaleza, de libertad, de amor al ser humano y amor a los suyos, a la sociedad a la que pertenece.

La balanguera es la parca de Joan Alcover, lque el poeta objetiva como una vieja campesina mallorquina, convertida en parca popular, un ser atemporal que hila la vida y el destino del hombre. A diferencia de la parca de Camille Claudel, la destrucción y el deterioro no es lo característico de La balanguera, quien, sin ahorrar la tragedia, hilando, ilumina y teje la vida del poeta encaminándolo a lo más auténtico de sí, a elaborar los duelos y no a la destrucción. Su obra está tejida sobre la elaboración de las pérdidas, porque es lo que le hace sentir en comunicación con los seres queridos perdidos y tan añorados. Al mismo tiempo, con La balanguera, reflexiona sobre la fugacidad de la vida personal y terrenal, frente a la perennidad de la vida colectiva.

Crisis y conflictiva psíquica: pulsión, sexualidad, temporalidad

Me centraré ahora en mostrar la conflictiva pulsional propia de la edad media de la vida, marcada por la menopausia.

La crisis de la edad media de la vida, que para la mujer corresponde a la menopausia, es un momento crucial en la reorganización de la economía libidinal. Por ello, J. Schaeffer¹² se pregunta si esta crisis marcaría un inicio del final o un final del inicio. La crisis remueve los cimientos de la identidad, es decir, las identificaciones primarias.

En el hombre, la angustia de castración es másl difusa y es a través de la mujer menopáusica que se enfrenta a las angustias de envejecimiento, pérdida del deseo, de la potencia sexual y fin de la capacidad procreativa.

1 Freud decía que hay un aumento fisiológico de la libido, tanto en la pubertad como en la menopausia¹³, y la clínica nos lo tra, aunque hoy en día se considera que hay una disminución de la libido en el curso del envejecimiento. En el hombre el aumento de libido y la disminución de la potencia sexual ocasiona, en este momento de la vida, un desarrollo de angustia. Las crisis existenciales de la pubertad y la edad media de la vida movilizan grandes cantidades de libido y son testimonio del retorno de conflictos esenciales referentes a la sexualidad y a la muerte, lo que supone la reelaboración del complejo de castración y el trabajo del duelo. Se trata de elaborar, en la mujer menopáusica, lo que la realidad biológica muestra: el fin de la capacidad procreativa, que obliga a la reorganización de la maternidad y de la feminidad.

La reorganización es necesaria no sólo a causa de una confrontación inevitable con la realidad objetiva del paso del tiempo y de la finitud de la existencia, sino también por otro elemento bastante más inaudible. Sí, según Freud, la niña ante el descubrimiento de la castración cambia de objeto de amor y de ser el falo para la madre se desliza hacia la búsqueda del bebé como sustituto fálico y busca a aquel que se lo pueda dar, es decir, al padre, entrando así en el complejo de Edipo. En la

[menopausia, la promesa del bebé ya no es realizable, entonces se plantea la cuestión de la salida del Edipo y en qué consistirá. Pensamos, como H. Deutsch¹⁴ y M. C. Laznik¹⁵, que la crisis de la edad media de la vida corresponde a un tercer tiempo del Edipo. Freud concibe el desarrollo de la sexualidad humana en dos tiempos, un primer tiempo, el de la infancia hasta la latencia, con el sepultamiento del complejo de Edipo, y un segundo tiempo, el de la pubertad y la crisis adolescente, con la necesaria resignificación del mismo. La crisis de la edad media de la vida, que acompaña a la menopausia, es un tercer tiempo en el desarrollo de la psicosexualidad humana, en donde de nuevo hay una resignificación ineludible del complejo de Edipo y del complejo de castración, que fundamenta, rubrica, y da su cuño a la nueva etapa, dándole una coloración singular y creativa.](#)

[H. Deutsch¹⁶ recuerda los trabajos de Freud sobre las fantasías incestuosas en la pubertad. El incremento de las pulsiones sexuales que se producen en este período tomarán como objeto sexual al padre edípico, segundo momento edípico y, según H. Deutsch \(1945\), la menopausia es un tercer momento; plantea la hipótesis de que en la menopausia, al igual que en la pubertad, hay un aumento de fantasías incestuosas, pero en este momento se dirigen hacia el hijo y no hacia el padre. Freud decía que el vínculo tierno de la madre hacia el hijo está impregnado de deseos sexuales inconscientes y además el hijo fue investido por ella con las mismas cualidades del ideal con que investía a su propio padre.](#)

[Para la autora, si las mujeres menopáusicas rehúyen su vida sexual, sería debido a que huyen de este tipo de fantasía incestuosa. Para ella se trataría de un nuevo mito de Edipo. Como esta fantasía es intolerable, surge en muchas mujeres una lucha contra toda fantasía sexual y el desarrollo de angustia u otro tipo de síntomas neuróticos. El conjunto constituye lo que M.C.Laznik denomina complejo de Yocastal'.](#)

La clínica indica que un cierto número de mujeres muestran una desafección. Habitualmente se dice que, contrariamente a lo que decía Freud, se debería a una disminución de la libido. Esta hipótesis descarta toda comparación entre pubertad y menopausia, y desestima la idea de Freud y H. Deutsch de una angustia suscitada por este nuevo empuje libidinal. M.C.Laznik piensa que es posible concebir esta desafección como un efecto del complejo de Yocasta, y que el precio que hay que pagar por conservar el amor del hijo sería el abandono del interés por la sexualidad.

Otra alternativa a este tercer momento edípico, que conserva la problemática a nivel fantasmático, sin actuarla, es la sobreinvestidura narcisista de la imagen corporal. Ahora bien, el ser objeto de deseo no está sólo en la investidura narcisista de la imagen corporal, sino también en otros modos de investirse creativamente como objeto de deseo o como ideal fálico.

La crisis en la mujer: su complejidad

Freud consideró la angustia de separación, de pérdida del objeto y del amor del

objeto, como el equivalente en la mujer de la angustia de castración en el hombre. Por tanto, el narcisismo femenino es más dependiente del objeto, de mirarse en el otro, desde el mismo estadio del espejo y de la mirada estructurante en los ojos de la madre según Winnicott, hasta el momento de crisis vital y más aún en la menopausia. Cuando el espejo falla y la mujer no se sustenta interiormente sobre un narcisismo estructurante, con pilares identificatorios sólidos, se puede agravar la crisis.

Si, por otro lado, la mujer ha hecho suya lo que J.Riviere¹⁸ teorizó como máscara: resaltar la feminidad, lo visible, para ocultar o negar la castración, cuando esto ya no es posible se deprime. La feminidad como máscara concuerda con la lógica fálica masculina sustentada también en lo visible, virilidad que necesita ser reasegurada desde la admiración femenina. Sería una respuesta a la debilidad fálica porque el deseo masculino supone una cierta dimensión fetichista que remite a la angustia de castración.

La sublimación en el momento de elaboración de la crisis es fundamental, porque permite tramitar lo fálico que entra en contradicción con la feminidad y la maternidad. Para H. Deutsch¹⁹ una sublimación intelectual en una profesión protege a la mujer contra el traumatismo biológico. La virilidad juega a menudo el rol de un salvavidas.

p Como dice J. Schaeffer²⁰, la crisis de la mujer supone la elaboración del final de la capacidad procreadora y la reelaboración de la feminidad y de lo femenino erótico mediante su resignificación. Si la maternidad es temporal, y ocupa una etapa de la vida, lo femenino erótico está marcado por la atemporalidad de la pulsión sexual y su empuje constante.

La pérdida de la capacidad de procrear puede, en algunas mujeres, contaminar su feminidad y vivirse como vacías, castradas, con lo cual la pérdida de la fertilidad arrastra consigo la feminidad y el deseo. Eso puede suceder en mujeres que han vivido la maternidad como el centro de su identidad, y han proyectado su narcisismo fálico sobre sus hijos. Se da la pérdida de la completud narcisista desde las dos formas, la maternal y la femenina. La pérdida de la seducción reactiva, también la angustia de castración.

Los cambios visibles en el espejo en la menopausia, como los de la pubertad, se viven con un sentimiento de extrañeza. La imagen de sí misma en el espejo se enturbia y la mujer puede, al mirarse, ver aparecer el rostro de su madre, desencadenando una enorme angustia porque la identificación fantasmática odiada y rechazada se vuelve real. La resolución defensiva puede ser:

Regresión sádico-anal, la mujer se vuelve querulante, mezquina, exhibe rasgos de carácter sádico-anal que antes no tenía.

Aumento de la rivalidad fálica con los hombres y hostilidad y envidia respecto a la mujer joven o a su misma hija, que sí es deseada por el padre. Esta modalidad

se da en aquellas mujeres cuyo Edipo ha estado marcado por una falta en el reconocimiento de su feminidad por su padre. La única manera de ser alguien vuelve a ser fálica.

Ladepresión es lo más frecuente, con somatizaciones.

Ladescompensación psicótica, al caer en una real despersonalización de la imagen en el espejo.

Negación de la depresión mediante la actuación: superactividad, exacerbación histérica, recurso a la cirugía estética y otras.

Sobreinvestiduramasiva de lo maternal, sobreinvistiendo a los nietos.

Lasalternativas libidinales, como resolver el conflicto a lo Yocasta, enamorándose de un hombre más joven; o bien desarrollar una homosexualidad con mujeres más jóvenes, a través de cuya relación se reencuentra a sí misma, la mujer joven que ha sido y así conserva su feminidad, en una relación en la que, más que desear y apropiarse de la pareja mujer, se recrea a sí misma.

[Siguiendo el punto de vista de M. Gueydan21:](#) «el duelo completo de la infancia no puede hacerse más que cuando ya no se puede tener más hijos y ya no se es hijo de nadie». Podemos pensar que la menopausia puede ser el momento en el que la mujer puede desprender su cuerpo del cuerpo de su madre. Es la posibilidad de hacer el duelo de lo que la madre no ha podido darle y que sigue inconscientemente esperándolo de ella. Una gran parte de la patología femenina, como anorexia-bulimia, frigidez o esterilidad denotan un sacrificio en aras de la madre pregenital. Esta remodelación edípica permitiría a la mujer renunciar a su madre, a excepción del caso inverso en que entraría en la melancolía. En ese momento la mujer podría acceder a un goce puramente femenino, al liberarse tanto del útero materno como de la envidia fálica que le impedía recibir el goce del amante. Algunas mujeres en ese momento logran liberar el goce vaginal, porque la negación del placer vaginal era una forma de seguir fiel a la madre. Todo lo cual no se hace sin culpabilidad, como si se traicionara a la madre, al igual que en la adolescencia.

Crisis de la pareja

Abordar la crisis de la edad media de la vida pasa inevitablemente por abordar la crisis de la pareja. Cuando en la menopausia la imagen corporal cambia, sólo la mirada de la pareja puede disminuir la despiadada condena que aporta el espejo. Dependerá de la fragilidad de la mujer que pueda encontrar recursos para tolerar la situación y elaborarla, o no, y hacer una regresión. Pero la fragilidad narcisista de la mujer no puede por sí sola dar cuenta de la crisis; está también lo real del cuerpo del hombre, en quien puede darse una disminución de la potencia sexual y si en este momento el falo imaginario (símbolo de fecundidad y omnipotencia) falla, entonces el hombre ha de afrontar la angustia de castración.

Si la mujer puede tomar la disminución de la potencia en el hombre como debida a la pérdida de su encanto, el hombre, con una mujer con un falo imaginario potente, se ve enfrentado a la reactivación en él de los fantasmas de la infancia, un retorno de lo reprimido y sentirse a merced o bajo el dominio de una imagen femenina materna fálica y feminizante, tambaleándose su narcisismo, al cuestionarse, de nuevo, las identificaciones primarias y secundarias. Freud²² también habla de un climaterio masculino, con una disminución de la potencia sexual, pero sin alteración del deseo, que se vería incrementado porque habría un aumento de la pulsión libidinal. Pero en el hombre la angustia de castración se reactiva fundamentalmente por el sentimiento de que la muerte ya no es una abstracción. La menopausia de la mujer, que significa el final de la capacidad de procrear, desvela la realidad de la muerte; también contribuye a ello la muerte del propio padre, o tener nietos. De ahí, la búsqueda, del hombre en la cincuentena, de mujeres jóvenes, cuya fertilidad es usada como una tentativa de curación de la angustia suscitada por la vejez y la muerte. Como la angustia es angustia de castración, todo nuevo amor induce un sentimiento de renacimiento, ante la posibilidad de una nueva paternidad y el sentimiento que proporciona el niño de confirmación de su virilidad, de su potencia y asegura la prolongación de su vida más allá de la muerte. Así se evita la crisis, y no hay necesidad de abordar la castración.

El hombre necesita verse reflejado en la mirada de su pareja como poseedor del falo, lo cual se logra mediante una cierta admiración en la relación, y también que la mujer, a pesar de ser exitosa en la vida y poseer los falos imaginarios, acceda a ser objeto para el marido, sin que ello sea alienante para ella, pero sí poder jugar a ser su objeto. Juego que permite a la mujer reencontrar su seducción y el hombre no se ve obligado a demostrar su potencia sólo con el pene real y su capacidad eréctil. Juego que articula a la pareja desde la complementariedad de los sexos.

Crisis e integración psíquica: trabajo del duelo

La edad adulta propiamente dicha abarca de los 40 a los 65 años, y en ella surge la necesidad, para que la vida no se vuelva trivial y empobrecida, de integrar varias polaridades:

1. Joven-viejo. Integrar esta polaridad es fundamental, ya que se es viejo respecto a los jóvenes, porque se ha recorrido un ciclo completo, y se es joven ante la tarea de abordar la madurez, que surge como algo nuevo, desconocido.
2. Destrucción-creación. En este momento se puede ser más consciente de la propia capacidad destructiva, del daño efectuado y de la necesidad de reparar, aceptando la propia destructividad.
3. Masculino-femenino. Es un momento en que estos roles se pueden flexibilizar, y de esta integración puede resultar una mayor capacidad creativa.
4. Vinculación-separación. Respecto al mundo externo. Ahora el sujeto se puede

vincular más relativamente con el grupo, no necesita tanto de éste para afirmar su identidad. El adulto es ahora más reflexivo, menos tiranizado por los conflictos internos y demandas exteriores, más sincero en el afecto hacia sí mismo y los demás. Se abandonan los sueños de juventud y cesa la tiranía del sueño, pudiendo éste formularse a partir de la relación con los hijos o los jóvenes del entorno. Erikson²³ sugiere que la principal función del Yo en esta etapa es desarrollar la generatividad evitando el estancamiento, mediante el desarrollo de una mayor capacidad de amar y ampliando el círculo de personas con los que se está comprometido, sintiéndose responsable de los valores y tradiciones de la cultura.

Para E. Jaques²⁴, la creatividad en esta etapa es una creatividad escultórica, en la que el trabajo inconsciente propio de la etapa anterior no es menor, pero hay un trecho entre la primera externalización de lo creado y su forma definitiva. El contenido de la creatividad pasa a ser más reflexivo, humano, más trágico y filosófico.

La crisis de la edad media de la vida, entre los 35 y los 45-50 años, ha adquirido vigencia actualmente. O.Fernández Mouján²⁵ se pregunta si el creciente interés por la crisis no será una respuesta a la situación social en que actualmente nos encontramos, que puede generar una confusión alienante del sentimiento de identidad, debido a diversos factores; entre ellos: la incertidumbre derivada de la falta de un futuro generador de proyectos de vida; la sociedad basada en el consumismo, que ofrece objetos ilusorios, que mediante la satisfacción sensorial inmediata ocultan el sentimiento de vacío por la falta de respuestas a las necesidades básicas, y tiende a convertir los símbolos en signos, que sólo sirven para ser usados, pero que no hacen pensar ni dejan elegir; el desarrollo tecnológico incesante, el sistema de comunicación masiva que invade la vida privada y ha convertido la propaganda en el factor más importante para dirigir la opinión pública, etc.

Todo esto comporta una visión robótica del ser humano y un desarraigo afectivo importante, que influye en el sentimiento de identidad y en la crisis de la edad media de la vida. Lo que está en juego es la experiencia emocional de la identidad: la capacidad de seguir sintiéndose uno mismo a lo largo de la sucesión de cambios necesarios para la vida psíquica y el crecimiento mental.

L. Grinberg²⁶ concibe el sentimiento de identidad como la resultante de un proceso de interrelación continua entre tres vínculos: el espacial o integración entre las distintas partes del Self, incluyendo el Self Corporal, vínculo que tiende a la discriminación Self-No Self, es decir, a la individuación; el temporal o integración entre las distintas representaciones del Self a lo largo del tiempo, estableciendo el sentimiento de continuidad y de mismidad; y el social o integración social de la identidad determinando por la relación entre aspectos del Selfy los objetos externos.

El trabajo del duelo será el elemento central de esta crisis, con las siguientes etapas: la percepción de la pérdida del objeto, la consiguiente retirada de la libido del

objeto perdido y la vuelta sobre sí mismo, identificándose al objeto perdido como modo de compensar y evitar la pérdida y mostrar el amor al mismo. Finalmente el Yo desplazará de nuevo la libido hacia otros objetos de la vida, y quedará libre de inhibiciones, produciéndose nuevas estructuras psíquicas y relacionales, evitando el efecto alienante que la fijación al objeto perdido tiene.

Lo que desencadena la crisis es la percepción de los diversos cambios del Self. • corporales, sexuales, familiares - los hijos han crecido y ya son jóvenes adultos-, laborales - ya no se busca la inserción social puesto que ya se tiene, sino la realización personal-, cambios en el pensar - hay un trecho entre el pensar y el actuar, y el pensar se disfruta enseñando, avalado por la experiencia-, cambios en el ritmo de vida - ésta ya no es algo a ganar, sino algo a vivir con.

El sujeto se siente ante una situación nueva, que, como todo lo nuevo, es vivida como peligrosa por desconocida y genera angustia. Por otro lado, surgen sentimientos depresivos, ante todo aquello que se vive como perdido, como la niñez, la juventud, las ambiciones o ideales no logrados, el tiempo perdido, las posibilidades frustradas, etc.

Todo lo cual lleva al sujeto a pensar que ha recorrido un ciclo vital y ha de afrontar una de las verdades más angustiosas: el envejecimiento y la ineludibilidad de la muerte. En el inconsciente la muerte no existe, el inconsciente es atemporal, pero hay vivencias equivalentes a la idea de la muerte consciente, como son: la indefensión, el desamparo o la inmovilización. La situación caótica, interna, actual, en la que el sujeto se siente, es el equivalente infantil de la noción de la muerte. Este es el rasgo central y crucial de esta crisis. El logro de la adultez madura e independiente se presenta como la principal tarea psicológica. La paradoja consiste en que se entra en la etapa de la plenitud, pero la muerte acecha.

Ante este alud de cambios se moviliza el Yo con mecanismos defensivos y transformadores. Con los primeros intenta evitar la crisis y aferrarse melancólicamente a lo que cree que ha perdido, o puede aferrarse al pasado y negar de forma maníaca la realidad. Cualquiera de estas dos formas fija el proceso y evita la crisis. Si lo que se moviliza son los mecanismos transformadores, el Yo se desidentifica de su tendencia a aferrarse a lo conocido melancólicamente o maníacamente.

El sujeto en crisis pasa por momentos: de desorganización - lo anterior ha de cambiar y en el presente sólo hay dudas, incertidumbre; de dolor - duelos por lo perdido; y de frustración - ante el hecho de no saber.

Para E.Jaques la tarea fundamental de este momento es la reelaboración de la posición depresiva. Ante el conflicto, el sujeto reacciona. Por un lado, tiende a dejarse llevar por la compulsión a la repetición; repetir para evitar lo nuevo, aferrándose a lo familiar y conocido. Si esta tendencia es dominante se convierte en una resistencia al cambio. Pero en todo proceso de cambio hay elementos que permanecen estables para evitar la desintegración de la personalidad, actuando como

[organizadores de la misma. Según Freud²⁷](#), se repite para no recordar, pero repetir es una manera de recordar, y en la crisis se repite como un modo de recordarse a sí mismo en medio del caos. Por otro, empieza el trabajo del duelo, tal como lo he descrito antes, respecto a los distintos aspectos de la personalidad.

Si la angustia y los sentimientos depresivos no son tolerados, la repetición se convierte en resistencia y aparece la actividad maníaca como defensa frente a la depresión. Muchas personas reaccionan así, y en ese momento buscan nuevas actividades, realizan viajes, mudanzas, tienen hijos en edad avanzada, o emerge la necesidad de la promiscuidad sexual - amantes, divorcios, como búsqueda de la juventud perdida-. Sin embargo, no todas las personas que reaccionan así están negando el conflicto, puede corresponder también a una búsqueda de autenticidad cuando sienten que ya no van a tener muchas más oportunidades.

Otro elemento de esta crisis es que no se cuenta, como en la adolescencia, con un «adulto acompañante» que funciona como «Yo auxiliar», la regresión se producirá sin sostén, y tendrá que buscarlo en los objetos internos, volver a sus fuentes, como en toda crisis, pero habiendo recorrido un ciclo completo. La identidad no se busca en la especularidad de la mirada de los otros (como la mirada en el espejo de la madre en el bebé, o los espejos adolescentes), sino que es vivida directamente de la participación, pertenencia y función en el grupo como comunidad cultural. Sin embargo, nuestra sociedad tiene una problemática narcisista importante, y lo que impera es la lucha por el mantenimiento de una imagen narcisista y el incesante juego especular. La crisis será más o menos creativa en la medida en que el sujeto sea capaz de hacer un trabajo de desapego o desidentificación respecto a conocimientos previos, objetos del pasado, ideas, ideologías, que pueden estar actuando como elementos que impiden el crecimiento mental.

Si logra que predominen los mecanismos transformadores, el adulto saldrá de la crisis teniendo una imagen corporal menos omnipotente, una sexualidad reinvestida en cuanto a la capacidad de dar y amar; ante la pérdida de los hijos responderá con más hijos de la vida - nietos, alumnos, jóvenes cercanos, trabajos creativos, etcétera-, y la creatividad será menos impulsiva y más escultórica, más contextualizada. Esta crisis vital provoca una importante transformación, la de afianzar y recuperar el nosotros comunitario, la condición de grupo, que posibilita la interpretación de la crisis desde el lugar en la cultura. En resumen, acerca al adulto a la sabiduría, fruto de la experiencia de vida y de las diversas crisis vitales.

Con la sabiduría, la madurez alcanzada se libera de las presiones alienantes, robóticas, de la civilización actual y de la proyección narcisista del grupo sobre el líder, ya que la mujer y el hombre maduro no se ofrecen como imagen ideal sino como escena, formando parte de un contexto. Es una superación del lugar como rol social, que permite al adulto sentirse grupo y vivir desde esa identidad grupal y hablar desde allí con sabiduría y autoridad. También supera o trasciende el tiempo, con la exogamia de los hijos, su vida en pareja y el nacimiento de los nietos, la familia se hace extensa. Con la madurez se descubre que la vida está más allá de la muerte. El

cuerpo frágil empieza a hablar de otra manera: muestra la diferencia entre lo permanente y lo caduco, muestra el sentido del dolor, la fecundidad de la comunicación ante el desapego, la vida como conflicto, el inconsciente cultural como transformador y vital, la unión intrínseca entre el amor y la sexualidad. Se han sentado las bases para enfrentar el último capítulo de la vida: el envejecimiento.

Crisis e identidad en la actualidad. La dificultad para sentirse real

A lo largo del siglo xx, hemos visto que la psicopatología ha evolucionado de las neurosis clásicas y trastornos del carácter a los estados narcisistas y borderline, que hay una problemática cada vez mayor relacionada con la identidad, de ahí que las crisis de la vida y en particular la de la edad media afecten a ésta.

En 1967 D.Winnicott ubicaba como aportes fundamentales de Fairbairn la búsqueda del objeto y la temática de sentirse real, opuesta a sentirse irreal, y añadía que lo que necesitan nuestros pacientes es sentirse reales y si no lo logran la comprensión del conflicto psíquico es totalmente irrelevante. Vemos que lo que planteó Winnicott en 1967 es de extraordinaria actualidad.

[En esta reflexión seguiré el pensamiento de J. Ahumada²⁸](#), cuya esclarecedora aportación sobre la sociedad actual nos servirá para la comprensión de la crisis de la edad media de la vida.

[La sociedad actual es denominada sociedad del espectáculo ante la primacía del entretenimiento. R. Collingwood²⁹](#) considera que la diversión no es útil, sólo es placentera, porque hay una barrera entre el mundo de la diversión y el mundo de la vida diaria, y las emociones que se generan se descargan allí, en una situación de «hacer-creer», lo cual divide la experiencia en dos partes, la diversión y la vida práctica, es decir, una parte de «hacer-creer» y otra real. Esta bifurcación puede llevar, en su punto álgido, a la bancarrota de la vida práctica o cotidiana, dándose una constante avidez de diversión y la incapacidad de interesarse por los asuntos corrientes, en el trabajo de ganarse la vida y las rutinas sociales. Collingwood consideró que estamos ante una enfermedad que lleva a la muerte de las sociedades, por eso murió la civilización grecorromana. Piensa que esa enfermedad es hoy endémica, como lo muestra el desarrollo sin precedentes de la industria de la diversión; otro síntoma sería la convicción de que el trabajo del que depende la civilización es hoy un engorro insoportable, y por ello la avidez por aportes crecientes de diversión y el uso de drogas para aplacar los nervios y distraer la mente del tedio de la vida cotidiana. El aburrimiento pasa a ser un estado psíquico recurrente, y conduce a intentos febriles de expulsarlo mediante la diversión o actividades peligrosas o criminales, porque para remediarlo se necesitan cada vez mayores dosis de diversión.

[Cuarenta años después de Collingwood, Christopher Lasch³⁰](#) trató de entender de qué modo las fuerzas históricas han vuelto el concepto de «sí mismo» más y más

problemático. En *La cultura del narcisismo* (1979) sostiene que la cultura de la competitividad llevó la lógica del individualismo al extremo de la guerra de todos contra todos, mientras que la búsqueda sin límites de la felicidad condujo a la preocupación narcisista de sí mismo. Las estrategias de supervivencia narcisista se plantearon como emancipación de las condiciones represivas del pasado, emancipación de la cultura que llevó a la neurosis, es decir, de la represión, dando lugar a una «revolución cultural» que reprodujo las peores características de la civilización en colapso que se intentaba cuestionar. Así surge el «nuevo narcisista», cuyas características serían:

Esen lo superficial tolerante y relajado, pero muy competitivo en sus demandas de ser aprobado y aclamado, requiere gratificaciones inmediatas, vive en la agitación de perpetuos deseos insatisfechos.

Haperdido el sentido del tiempo histórico, lo cual erosiona toda preocupación y responsabilidad por la posteridad, tanto en lo social como en lo personal.

Sumundo es un espejo, sus ilusiones de omnipotencia han de ser constantemente validadas por otros y no puede vivir sin una audiencia que lo admire. La «sociedad del espectáculo» crea un remolino de imágenes y ecos, dando a gran parte de la vida el carácter de una sala de espejos.

Loque en tales ambientes se entiende por salud psíquica implica tirar por la borda las inhibiciones y obtener la gratificación inmediata de cualquier impulso.

Para Ch. Lasch nuestra sociedad, lejos de alentar la vida privada a expensas de la pública, lleva a que las amistades, amores, matrimonios profundos y duraderos sean cada vez más difíciles de lograr. La erosión de las intimidades duraderas deriva de una fuga de los afectos: las relaciones personales son cada vez más arriesgadas por la falta de seguridad, de continuidad y esto lleva a un distanciamiento emocional; en esa situación la relación sexual se dará siempre que haya un límite al compromiso emocional («yo folio, yo no amo»).

La personalidad liberada de nuestro tiempo corresponde, según Lasch, a un modelo operativo, que es la mejor manera de manejar las condiciones y ansiedades de la vida moderna, que han transformado la familia, porque una sociedad que siente no tener futuro no presta mayor atención a las necesidades de la próxima generación y el omnipresente sentido de discontinuidad histórica ejerce efectos devastadores sobre la familia. Los padres modernos intentan que los hijos se sientan queridos, pero al mismo tiempo hay en ellos una frialdad que resulta de la distancia producida al sentir que se prioriza el propio derecho a disfrutar y que no se tiene nada que transmitir a la nueva generación. Los niños de estas familias viven en esa distancia emocional y al mismo tiempo se les convence de que tienen una posición privilegiada en la familia, lo cual es fuente de conflicto y el sustrato sobre el cual surge la personalidad narcisista, debido a la paradoja emocional en la que viven.

Lo que es visible tiene una gran relevancia en nuestra sociedad, que se ha configurado como un juego de espejos. La omnipotencia de las imágenes mediáticas y la sobreexposición a ilusiones manufacturadas conduce a una notoria indiferencia hacia la realidad, cuando no al colapso de la idea misma de realidad. Aparece un nuevo analfabetismo y una retracción general respecto de cualquier tipo de disciplina intelectual por parte de los adolescentes.

Hoy asistimos a una crisis del pensamiento reflexivo, a una aculturación en realidades más virtuales, que facilitan la evitación de los duelos tempranos y el consiguiente déficit de identificación, llevan a adolescencias interminables, cuyo uso masivo de defensas miméticas y autísticas vividas como esenciales para la supervivencia psíquica torna indispensable el desconocimiento, al tiempo que el insight se torna en amenaza. La mimesis hace a todos iguales y la identidad se convierte en identicidad. La alta exposición a los medios visuales en los niños produce un impacto que lleva al despliegue de mimesis, de defensas autistas y de turbulencia emocional, en los procesos de separación-individuación. El impacto de los medios a largo plazo transforma el objeto transicional en fetiche, cuando la esperanza está ausente y el objeto se usa para abolir la separación. La caja tonta pasa a ser un chupete electrónico, útil para conciliar el sueño, y podemos observar cómo la persona se despierta cuando el televisor se apaga.

Concluyendo, lo relevante en el momento actual no es tanto el conflicto psíquico, como la dificultad para sentirse real y afianzar la identidad, el proceso de subjetivación desde el sentimiento de realidad.

Crisis y creatividad

¿Dónde está la sabiduría que perdí con el conocimiento, dónde está el conocimiento que perdí con la información?

THOMAS S.ELIOT

Si retomamos la pregunta de J.Schaefer sobre la crisis, acerca de si se trata de un final del inicio o de un inicio del final, podemos decir que la edad media de la vida se convierte en crisis porque es una experiencia que entraña una vivencia paradójica, ya que ambos procesos están en juego. Es tanto un final del inicio como un inicio del final, y ni lo uno ni lo otro, porque el inicio se resignifica, remodela y persiste, y es un final que se convierte en un inicio de un período que supone abordar el final desde el soporte de la reconstrucción fantasmática de un inicio en su final. Esta paradoja es la que dará el sustrato creativo a este momento vital.

Crisis y sublimación

Para que la crisis vital sea creativa y permita la sublimación es necesario que se dé un proceso de desidentificación de aquellos objetos que, hasta ese momento, le daban sentido a la vida de modo alienante, proceso que requiere un trabajo de desidealiza

ción. Para una personalidad narcisista, que ha de estar permanentemente fascinada ante su imagen, en una especularidad alienante, esta desidentificación versus desidealización es imposible, porque es entrar en una posición de no ser y no saber. Si no podemos tolerar la desilusión permanente a que nos someten los objetos de la vida, nuestra cultura científica o humana se separará de la cultura viva. La relación con los objetos es necesaria, pero quedar fascinados por su posesión y dominio es alienante y disminuye la calidad de la vida, porque fija la creencia de que con más cantidad de información dominamos los objetos externos, e impide o dificulta que el sujeto pueda desprenderse de los objetos para descubrirse como otro', y proyectarse en los valores culturales. Si la idealización queda fijada en objetos, entonces se descarga en ellos y depende de ellos, deteniendo el trabajo sublimatorio que se realiza mediante la investidura de ideales personales y sociales, que inhiben la descarga pulsional, y permiten la sublimación en el arte, el trabajo, etc.

La meta de la regresión en la crisis es alcanzar de nuevo la investidura de los valores y de los ideales, entraña el paso de un yo a un nosotros, a la cultura, a la comunidad. Es el paso de un yo poemático, narcisista, a un nosotros narrativo, social.

Crisis y creatividad. Desidentificación y nuevas identificaciones:
Reestructuración narcisista

Como he indicado anteriormente, para que la crisis sea estructurante, es necesario que se produzca un proceso de desidentificación de aquellas identificaciones que han tenido un efecto alienante e impiden el surgimiento de un sí mismo auténtico.

El ser humano tiende a vivir ciego ante el paso del tiempo, y han de ser hechos sociales o biológicos los que denuncian esta miopía y obligan al sujeto a afrontar lo que no deja de ser vivido como una constatación real de la castración: la percepción de que la eternidad o atemporalidad que reina en el inconsciente es una ilusión. Lo cual obliga al aparato psíquico a afrontar lo que la evidencia convierte en crisis dada la ceguera previa. Los recursos básicos que se revelan como los más sólidos y eficaces para afrontar la crisis son la solidez de las identificaciones. La vivencia de castración que la vicisitud de la vida inflige queda amortiguada, tanto por una imagen maternal que favorece el acceso a placeres regresivos bien temperados, como por el afecto protector de la imago paterna. La solidez protectora deriva de la adecuada estructuración de la bisexualidad psíquica.

La crisis de la edad media de la vida reactiva la problemática de la pérdida, que seguirá estando muy presente el resto de la vida y se impone como una experiencia real que activa la fantasmática de la castración. El adolescente pierde a los padres ideales, omnipotentes de la infancia, y el adulto en crisis ha de hacer el duelo del ideal del yo, ideal de sí mismo. Es decir, se trata de una pérdida fundamentalmente narcisista, que pone a prueba la solidez de las identificaciones, porque obliga a un trabajo psíquico para restablecer el equilibrio de una bisexualidad psíquica desestabilizada por el ataque al cuerpo erógeno. Como he dicho, el sujeto puede hacer un movimiento de resexualización o puede aferrarse a la vertiente del déficit erótico y

la tendencia es la desexualización. El trabajo de duelo por la pérdida del ser brillante que se ha deseado ser y que ya no será se inicia en este momento y ha de seguir haciéndose hasta el final de los días.

[Siguiendo a Gérard Le Goués³²](#), opinamos que en la crisis de la edad media de la vida el yo, frágil narcisistamente, descubre que lo es porque tiene sus raíces sobre un «sí mismo» que ha quedado prisionero de un vínculo primario que no ha podido deshacerse, y ésta es una de las mayores dificultades para hacer los duelos y elaborar la crisis. Entendiendo aquí el «sí mismo» como la naturaleza subjetiva de todo lo vivido por el yo, y su apropiación subjetiva en un proceso de subjetivación desde su inicio. Y este narcisismo es patológico porque el sujeto parece estar imantado por una identificación narcisista potente, de modo que todo sucede como si la madre hubiera desplazado sobre el hijo sus propias ambiciones narcisistas no cumplidas, las ambiciones de su yo grandioso, que el hijo ha de cumplir. El yo del niño está pegado al de la madre sin poder desprenderse y queda adherido a las identificaciones narcisistas de ella, no pudiendo hacer el necesario trabajo de desidentificación que le liberaría de la alienación. De ahí la gran dificultad de algunas personas, que en la edad media de la vida lo único que pueden hacer es actuar, y actuar quirúrgicamente, como único modo de intentar hacer desaparecer del espejo «la bruja» de la infancia, cirugía para no verse horrible como «la bruja» de la infancia, figura caricatural de la mala madre. Hacer desaparecer esta imagen del espejo es lo que le piden al cirujano.

Crisis y creatividad: el autodescubrimiento

[Entiendo la creatividad como la concibe D.W.Winnicott, no como el hecho de crear una obra de arte, sino como la capacidad para colorear de modo singular, creativo, la realidad exterior. Para Winnicott: «Lo que hace que el individuo sienta que la vida vale la pena vivirse es, más que ninguna otra cosa, la apercepción creadora. Lo opuesto es la relación con la realidad en forma de acatamiento, sometimiento, que implica un sentimiento de inutilidad en el individuo y la idea de que nada importa y que la vida no vale la pena vivirla. Muchas personas que en algún momento han conocido lo que es la apercepción creadora, reconocen que viven la mayor parte del tiempo atrapadas en la creatividad de otro o de una máquina.» ³³](#)

La creación puede ser cualquier cosa: una casa, una comida, un peinado, una sinfonía, etc. Por tanto, la creatividad es un universal, que corresponde a la condición de estar vivo. Hay una estrecha relación entre el vivir creador y el vivir mismo y si se pierde el primero desaparece en el individuo el sentimiento de que la vida es real o significativa.

Winnicott considera que el ser humano, en sus inicios y desde sus inicios, es dependiente; necesita de un entorno que se adapte a él para desarrollarse en términos de salud psíquica. Entonces, la historia de un bebé no se puede escribir sólo desde él, sino que hay que tener en cuenta el entorno que satisface o no sus necesidades. En un inicio satisfacer estas necesidades significa para el bebé que pueda hacer frente de modo no traumático al inmenso golpe de la pérdida de la omnipotencia. Esto tendrá

como consecuencia que el ser humano pueda vivir la vida en forma creadora y piense que vale la pena vivirla o que no pueda y dude del valor de vivir.

1 Winnicott considera que, en la bisexualidad psíquica, el elemento masculino establece relaciones de forma activa o pasiva, pero basadas en el empuje pulsional, mientras que lo que él llama elemento femenino puro, se relaciona con el pecho (o con la madre), en el sentido de que el bebé se convierte en el pecho (o en la madre), dado que el objeto es el sujeto y no habría impulso instintivo alguno, sino que se trata de la identificación primaria que es la que establece el primario sentimiento de identidad, es decir, el sentimiento de SER, que es anterior a la idea de ser - uno - con, porque aquí el bebé y el objeto son uno. Esta primera experiencia tiene una importancia vital para la iniciación de todas las posteriores experiencias de identificación.

Esta primaria relación de objeto del elemento femenino puro establece la más simple de las experiencias, la de ser, que se transmite de generación en generación a través del elemento femenino puro, que está tanto en la mujer como en el hombre. Esta primera experiencia proporciona un sentimiento de realidad que nace de la sensación de poseer una identidad, y allana el camino para llegar al sujeto objetivo. La instauración del elemento femenino puro presupone la existencia de una madre suficientemente buena, que sostiene al bebé y que a través de los sutilísimos detalles del manejo del bebé (sostén, manejo y proyección subjetivante), le proporciona las condiciones para el desarrollo de este elemento femenino puro.

La relación del elemento masculino con el objeto presupone la separación y el reconocimiento por parte del yo de un no yo, objeto, respecto al cual el ello experimenta satisfacción o frustración y genera ira. El elemento masculino «hace», mientras que el femenino, en hombres y mujeres, «es». La frustración corresponde a la búsqueda de satisfacción. A la experiencia de ser corresponde algo distinto, no la frustración sino la mutilación.

"En lo que hace a la creatividad, es fundamental el estudio de la identificación primaria, del elemento femenino puro, que genera el ser, porque es la única base para el autodescubrimiento. Y el ser humano sólo se puede sentir real y creativo si puede concebirse a sí mismo y a la vida desde el autodescubrimiento y no desde la perspectiva del acatamiento o sometimiento, que entraña la aniquilación de sí mismo.

Volviendo a nuestro tema, la crisis de la edad media de la vida, podemos pensar, siguiendo a Winnicott, que, vivir ese momento de modo creador, presupone la perspectiva del autodescubrimiento, para lo cual es fundamental la solidez de las identificaciones primarias, que permitan una regresión temperada, desde la cual poder desarrollar y elaborar la nueva etapa de la vida como un nuevo acontecimiento, que supone: la remodelación del empuje pulsional, la resignificación del retorno de lo reprimido, el trabajo de duelo y la reelaboración de los ideales, desde la perspectiva del surgimiento, en sí mismo, de algo nuevo. Autodescubrimiento que permite seguir teniendo el sentimiento de ser, de ser persona y de seguir sintiéndose real, sintiendo

que la vida sigue siendo real y significativa y vale la pena vivirla. La solidez del elemento femenino puro, de la identificación primaria, es fundamental para, en este tercer tiempo, evitar el trauma de la pérdida de la omnipotencia de los ideales. De lo contrario se puede producir el derrumbe psíquico y el sentimiento de despersonalización o vacío y una depresión profunda, melancólica, porque lo único que existe para el sujeto, lo único real, es aquello que no se tiene, aquello que se ha perdido. En el climaterio, el hombre y la mujer tienen un enorme riesgo de despersonalización, pero que no necesariamente ha de tener un desenlace negativo, sino que puede ser la ocasión para visitar las investiduras narcisistas y reescribir, resignificar su identidad, apoderándose de su propia vida y empezando una nueva etapa basada en la generatividad, como nos dice E. Erikson³⁴.

Conclusión

Desearía concluir con unos comentarios sobre los ejemplos del principio.

La protagonista de Otra mujer, al escuchar a la mujer en la sesión analítica, se conmueve y se deshace el hielo que en su interior tenía congeladas determinadas experiencias vitales y sobre todo había congelado la posibilidad de conectar con ellas y hacerlas suyas, impidiendo el ir y venir asociativo, reflexivo u onírico, propio y necesario en nuestra vida para dar sentido a cada experiencia. Vivía para lo aparente y desde lo aparente, en la línea de lo que he expuesto sobre la sociedad del espectáculo, de la imagen. Había construido un falso Self. Lo que escucha en la habitación contigua la lleva a asociar, a conectar, a ir hacia atrás y abrir los ojos a lo actual, entrando en crisis y, desde ella, ya no puede volver a velar, ocultar, sus experiencias, sus emociones, y el contacto con ellas. El efecto que esto tiene es el de un autodescubrimiento: el descubrimiento de otra mujer en sí misma, que desencadena la búsqueda de autenticidad en la vida y en la realización de sí misma, ser fiel a sus ideales y disponer de sus recuerdos. La protagonista, al final, se pregunta si los recuerdos es algo que se tiene o algo que se ha perdido. Si la crisis recupera lo auténtico, el recuerdo se tiene, porque es la fuente de la vida actual y su resignificación e integración es el modo de evitar el engaño, la falsedad, la irrealidad y el vacío.

Si la Petite Châteldine de la escultora Camille Claudel la representa fijada a la figura materna, anhelando recibir el amor de la madre y también representa el dolor por la frustración traumática de no haber podido ser madre, Clotho, la escultura de la hilandera, a la cual remite el busto final de la pequeña por la realización de la trenza que semeja a los cabellos de la parca, representa el hilo de la vida a punto de quebrarse. La artista siguió queriendo a su madre el resto de sus días, a pesar del internamiento al que la redujo; y desplazó el odio que le profesaba, la desconfianza y hostilidad hacia A. Rodin³⁵. El estado de desvalimiento en que quedó Camille tras la pérdida amorosa de A. Rodin nos habla de la falla en la identificación primaria, y remite a la relación con el objeto de amor originario, la madre, que no pudo ser el sustrato de una identificación estructurante, porque la propia problemática de la madre, duelos no resueltos, impregnó esta primera relación y tuvo un efecto

alienante, como esas imantaciones descritas por G. le Goués. Camille, internada en la casa de salud y bajo la prohibición impuesta por la madre de recibir visitas, de escribir o recibir cartas sin ser censuradas, se preguntaba: «¿de donde viene semejante crueldad?». La fijación expresada en la *Petite Châtelaine* y el intento de dar a luz a la mujer que ella era y vivir el amor apasionado, como lo logra en un principio, se convierte en una lucha titánica en su interior que finalmente la desgarró y la lleva al derrumbe. Lucha titánica porque es imposible la integración de la bisexualidad, al no poder salir de la fijación materna y vivir la relación con un hombre sin transferirle a éste el vínculo materno, la intensidad de la ambivalencia y la desbordante hostilidad que esa relación entraña; y finalmente el ideal materno, proyectado en ella, que ella fuera varón o su desaparición por haber usurpado el lugar del varón, adquiere cada vez una mayor relevancia interna, hasta plasmarse en este Perseo, héroe que decapita al monstruo femenino Medusa, con el que Camille se ha identificado. La medusa petrifica a aquel que la mira, y en la *Petite Châtelaine* Camille petrificó el deseo, la mirada anhelante, la búsqueda de amor, de la niña ante el rostro materno. Por un lado Perseo, héroe mítico, y por otro Nióbide, herida de muerte por los dioses y abandonada a su suerte y a morir sola. Disociación irremediable de la bisexualidad, construcción de una imagen monstruosa de lo femenino y sólo la maternidad, infructuosa, tiene matices tiernos, entrañables y capaces de amor. Como dice A.Creen, el paranoico queda atrapado en la pregunta «¿quién soy yo, hombre o mujer?» 36. El acto de esculpir era lo que podía integrar la bisexualidad, ya que, por un lado, era un trabajo, en aquella época, propio de los hombres y, al mismo tiempo, modelar representaba una relación tierna, amorosa, con sus propias esculturas, como una relación materno-filial. Camille daba a sus obras lo que hubiera deseado recibir de la madre, trasladó a la pasión escultórica el amor que no pudo vivir con ella. Ser escultora era un intento, sublimado, de integrar la escena primaria y elaborar la soledad, pero, como señala Freud³⁷, en la primera relación con la madre estaban los gérmenes de la posterior paranoia de la mujer, de Camille.

La crisis del poeta Joan Alcover consiste en liberarse de lo aparente, de la fachada, de la búsqueda de prestigio social, que le aleja cada vez más de sí mismo y le hace ser irreal, y vivir en un mundo de falsedades. Entiende que el reconocimiento no es algo externo, ligado al éxito, a lo social, sino sobre todo es reconocimiento interno. Según lo que he mostrado anteriormente, el poeta sí tiene identificaciones narcisistas sólidas en las que apoyarse, la primera la de la figura paterna, representada por Juan Valera, que como literato experto le habla desde la sabiduría. Esta figura es el soporte y representante en la actualidad del pilar identificador de antaño, de su infancia, que lo invita a ser él mismo. La otra figura identificatoria sólida, narcisista, es la figura de La balanguera, parca que, a diferencia de la de Camille Claudel, es una mujer, fantaseada y representada como la hilandera que acompaña y ayuda en la vida, sin ahorrarle nada al ser humano, pero vista desde la perspectiva de lo entrañable, de lo amable, sólido y perenne. Además, el poemario de Joan Alcover muestra el paso que se desarrolla en él de un yo poemático a un nosotros comunitario. En su obra cada vez lo personal se enraíza más en lo colectivo y tiene sentido en la medida en que forma parte de la colectividad. Podemos pensar que el eje de esta crisis de la edad media de la vida es la regresión, que permite el contacto con los objetos internos y,

desde un superyó protector, reelabora los vínculos y va hilando la vida e integrando la pérdida como una constante vital que posibilita la instauración de una depresividad interna. La voz materna, desde la lengua materna ayuda a hilar la afectividad transgeneracional, sustrato de la generatividad.

En síntesis, la crisis de la edad media de la vida, que transcurre de modo estructurante, supone la articulación de tres ejes: el pulsional, correspondiente a lo que hemos descrito como tercer tiempo del Edipo, tercer tiempo en el desarrollo de la psicosexualidad humana en una resignificación aposteriori, - el eje de la integración de las pérdidas y elaboración de los duelos, eje narcisista de reelaboración del ideal del yo, sin que suponga una pérdida narcisista traumática y la consiguiente instauración en la dinámica psíquica, de una depresividad interna, porque la pérdida ya es una constante en la vida; y el eje del sentimiento de realidad, sentirse real. Trama articulada entre sí como un autodescubrimiento, una nueva persona se vislumbra en el interior, como hemos visto en Joan Alcover y en la protagonista de Otra mujer.

Envejecimiento y creatividad

[CARLOS PADRÓN*](#)

La sublimación

En su origen, el término «sublimación» designa una purificación material. Sus comienzos lo encontramos en la alquimia: se trataba de purificar un cuerpo de sus impurezas, calentándolo. En química designa el paso directo de un cuerpo del estado sólido al gaseoso sin paso intermedio por el estado líquido, y viceversa. Por derivación metafórica, el término ya se empleaba anteriormente al psicoanálisis para designar la purificación moral. Como curiosidad diré que, históricamente, su empleo aparece por primera vez en un texto inglés de derecho de principios del siglo xvii.

La utilización del término «sublimación» es muy anterior a Freud. En contextos diferentes, lo utilizan profusamente autores como Victor Hugo, Novalis, Schopenhauer o Nietzsche, siempre con un contenido conceptual que se refiere a la purificación.

[En psicoanálisis, se da el nombre de sublimación a un proceso que concierne la libido de objeto y que conlleva una modificación de la pulsión. La pulsión' se dirige hacia una meta distinta y se aleja de la búsqueda de la satisfacción sexual' directa. En la sublimación el acento está puesto, pues, en la desviación, en el alejamiento del objeto sexual primitivo.](#)

[En su sentido moral, el término aparece en el siglo xvii en la novela de Stilling: Teobaldo o el fanático: un historia verdadera³, cuya primera parte contiene el relato de una cura de alma de inspiración protestante. A lo largo de las entrevistas con una joven afectada de una «depresión histérica», ésta confiesa a su «director» su amor contrariado por Teobaldo y el desliz que ha cometido con él. El pastor le explica entonces que «la pasión amorosa reposa sobre el instinto sexual, que es el instinto animal de reproducción de la especie, purificado y sublimado». Y obtiene posteriormente que Teobaldo la pida en matrimonio y que los padres consientan en la unión.](#)

[Cuando Freud, dejando el terreno de la teoría da ejemplos concretos de sublimación, se limita a dos campos: el de la producción artística y el de la investigación intelectual, de la que la ciencia es la forma final \(la religión y la filosofía son «ilusiones» ⁵ y no «sublimaciones»\) y sólo cita a grandes creadores: Leonardo, Miguel Angel, Goethe y... \(¡qué contradicción!\) Moisés.](#)

[Las tesis de los historiadores de la cultura coinciden con las tesis de los psicoanalistas, para los que la cultura es el resultado de procesos de desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas primeras y de su posterior reorientación](#)

hacia metas nuevas. Historiadores y psicoanalistas, pues, compartimos una idea semejante: que se trata de un movimiento procesual que tiene lugar a lo largo de un desarrollo, individual o grupal. Los psicoanalistas situamos el comienzo en el período de latencia sexual' y decimos que las construcciones mentales que resultan de los procesos sublimatorios, esenciales para la cultura personal y la normalidad posteriores del individuo, se ejecutan a expensas de las mociones sexuales infantiles, cuyo aflujo no ha cesado, pero cuya energía, en su totalidad o en su mayor parte, es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines.

Citaré solamente un párrafo de Freud⁷:

Durante el período de latencia es cuando se constituyen las fuerzas psíquicas que, más tarde, constituirán un obstáculo a las pulsiones sexuales y, como unos diques, limitarán y encauzarán su curso. Ante el niño nacido en una sociedad civilizada, tenemos el sentimiento de que esos diques son obra de la educación... ¿De qué forma se edifican, pues, esas construcciones capaces de contener las pulsiones sexuales, y que deciden la dirección que tomará el desarrollo del individuo?... Los sociólogos parecen estar de acuerdo en decir que los procesos que desvían las fuerzas sexuales de su objetivo y las emplean en nuevos objetivos, procesos a los que han dado el nombre de sublimación, constituyen uno de los factores más importantes para las adquisiciones de la cultura.

La agresión

Desde el punto de vista coloquial, el término «agresión» está connotado por la idea de daño físico o de acción contraria a derecho. Desde un punto de vista puramente conceptual, la agresión consiste en una acción o un conjunto de acciones con una finalidad modificadora. Lo que ambas acepciones tienen en común es que persiguen un cambio.

1 Si nos referimos ahora a la agresión desde el punto de vista exclusivamente psicoanalítico, la agresión connota el campo de la destructividad. Pero no hay que perder de vista que destruir no implica una intencionalidad dañina sino que los procesos de destrucción son necesarios, en muchas circunstancias, como pasos previos a construcciones más elaboradas. Sin pretender hacer un repaso teórico exhaustivo, voy a tomar como referencia el hecho de que se acepte o no se acepte la existencia de la pulsión de muerte. Un primer grupo, entre los que me cuento, admite el concepto metapsicológico de «pulsión de muerte» como necesidad especulativa para explicar ciertos fenómenos clínicos y, fundamentalmente, la compulsión a la repetición. Otro grupo admite la dualidad pulsional arriba enunciada, aunque sin considerarla necesaria para comprender las tendencias agresivas. Para ellos, el concepto de pulsión de muerte está demasiado cerca al de entropía. Otros, siguiendo a M.Klein, consideran que la deflexión de la pulsión de muerte hacia el objeto es el primer proceso defensivo, que viene a ser testigo del efecto de las pulsiones libidinales.

En mi opinión, los dos últimos grupos corren el riesgo de caer en explicaciones contradictorias cuando hablan de la agresión, que son:

- 1.La agresión sería necesaria para controlar al objeto de la satisfacción pulsional y en consecuencia para asegurar la posibilidad del placer.
- 2.La agresión podría tender a destruir al objeto, por ejemplo, a causa de las frustraciones que impone.

En mi opinión, ninguna de estas dos tendencias es justa con la teoría freudiana de la pulsión de muerte con la que, como he dicho, estoy de acuerdo. Esquemáticamente: en 1920 Freud constata que el principio de placer, cuyo corolario es el principio de realidad, no es universal. Necesita entonces postular la existencia de la pulsión de muerte. Esta necesidad proviene de la asimetría existente entre lo que describe en 1911\$ y la existencia de los dos tipos de pulsiones que hasta entonces ha defendido: libidinales y destructivas.

De un modo general, podemos decir que las pulsiones libidinales someten al aparato psíquico a una tensión permanente. Freud abandona su adhesión al principio de Fechner al constatar que estas pulsiones encuentran un cierto modo de satisfacción, según el principio del funcionamiento primario (el del placer) o según el otro, secundario, que es el de la realidad.

Las excepciones a estos principios, es decir, la constatación de la existencia de situaciones en las que se ve al aparato psíquico repetir experiencias desagradables (la compulsión a la repetición), tal y como parecen hacerlo ciertos organismos elementales, inducen a Freud a postular la existencia de otro principio de funcionamiento mental, opuesto a Eros, que recibe desde entonces el nombre de Tánatos. A partir de 1920 no se puede leer la metapsicología en términos de libidinal y destructivo sino en términos de Eros y Tanatos.

La pulsión de muerte sólo se satisface con la desunión', y sólo proporciona placer cuando vehicula energía libidinal. Es el origen de todo lo que puede oponerse, en el interior del aparato psíquico, a la satisfacción que, hasta ese momento, se ponía en relación con la meta buscada por las pulsiones libidinales.

Estas consideraciones permiten distinguir la agresión en sus acepciones «daño y contrario a derecho» de la agresión en su acepción de «cambio». Precisamente por eso es por lo que un cambio puede ser vivido como una agresión.

El envejecimiento

En 1986, el Premio Nobel de Medicina fue otorgado a Rita Levi-Montalcini por sus trabajos que muestran la existencia y el funcionamiento de una proteína que estimula el crecimiento de las fibras nerviosas en el cerebro con el consiguiente aumento de las conexiones entre las neuronas y, como consecuencia, de las relaciones

entre ellas. Unos años más tarde, publica un libro que lleva por título *El as en la manga*. Dice Rita Levi-Montalcini que el cerebro es «el as en la manga» que tiene toda persona, y que ese as es la carta que debe aprender a jugar con acierto en la vejez, la fase más temida del recorrido vital.

El libro fue publicado cuando la autora tenía 93 años. En él aparecen las biografías de personajes que mantuvieron una gran actividad en sus años postreros, como Galileo, Miguel Ángel, Ben Gurion y Picasso. Existen, por supuesto, muchos otros casos, que todos conocemos: Verdi, por ejemplo, compuso *Otelo* con 74 años, y *Falstaff* con 80. Y S.Freud, nacido en 1856, escribió el *Moisés* entre 1934 y 1938. Además de, entre sus 78 y sus 82 años, nada menos que *Análisis terminable e interminable*, *Construcciones en psicoanálisis* y *Compendio de psicoanálisis*. Ninguno de nosotros somos ni Galileo, ni Miguel Ángel ni Freud, pero, por lo visto, aún nos queda tiempo para hacer algo que valga la pena. Si no necesariamente para la posteridad, al menos para nosotros mismos.

He consultado textos muy diversos que hablan del envejecimiento. Entre otros, libros de los llamados de «autoayuda», y he encontrado en todos ellos una serie de ideas que son magníficas en su formulación, pero sólo pueden ser eficaces a partir del momento en el que el sujeto alcanza lo que formulan. Son tautologías que me recuerdan aquella historia del anciano al que preguntaban por el secreto de su longevidad y que respondió que era muy simple; bastaba con beber un vaso de leche todas las mañanas durante 90 años.

Los libros de autoayuda, haciendo un resumen rápido, proponen soluciones como no imaginar la vejez como una cosa espantosa, no dejarse gobernar, tratar de ser independiente, no lamentarse de lo que se hacía antes y ya no se puede hacer, dejar de tener en cuenta las limitaciones, conocer los límites propios, disfrutar hoy de lo hecho ayer, gozar con el recuerdo de lo que se disfrutó, cultivar los intereses, colaborar, evitar la soledad o buscar el desarrollo. Sin duda que todo eso está muy bien, pero ¿cómo llegar hasta ahí? Siendo yo aún alumno de Medicina, asistí a las últimas instrucciones que un médico daba a un paciente postinfartado que salía de alta del hospital. Tras las instrucciones de rigor sobre la toma de medicamentos, el médico le dijo: «y no se lleve usted disgustos». A lo que el paciente le respondió: «¿y eso cómo se hace, doctor?»

Dice Rita Levi-Montalcini: «En el juego de la vida la carta más alta es la capacidad de valerse en todas las fases vitales, pero especialmente en la senil, valerse de las actividades mentales y psíquicas propias... si bien es cierto que se pierden algunas capacidades, se pueden sustituir con otras que compensan, e incluso superan, a las pérdidas.» Y propone la estimulación de los procesos creativos como la mejor manera de compensar esa disminución numérica, precisamente porque la actividad creativa produce un aumento de las ramificaciones neuronales.

Así pues, la idea de que con el transcurso del tiempo se «va a menos» es falsa en lo absoluto. Repito esta idea esencial: desde el punto de vista puramente neurológico,

a lo largo de la vida se van creando circuitos neuronales nuevos, y el aumento de la potencialidad neurológica está relacionado con la utilización de esos circuitos neuronales, que son, de hecho, circuitos alternativos de funcionamiento.

Por supuesto que este funcionamiento puede ser alterado por trastornos intercurrentes infecciosos o degenerativos que, ciertamente, son más frecuentes en las edades avanzadas, pero que no son específicos de ella.

Fenómenos sociales

Es habitual el miedo a considerar la vejez como la «aparición de una fecha de caducidad», lo cual no es cierto porque nunca se sabe la fecha de la muerte. Lo que sucede es que, como se sabe que la vida no es eterna, al ir acumulando años se van perdiendo «papeletas de supervivencia».

Socialmente, asistimos a una cultura que podemos calificar de «cultura de la juventud», y la «juventud», a su vez, es considerada como un bien en sí misma. Este enfoque está basado, al menos, en dos miedos conscientes: el miedo a morir y el miedo a perder el atractivo sexual. El primero se pone más fácilmente en palabras. El segundo, en cambio, no tanto. No es verbalizado directamente, pero se expresa a través de comportamientos evidentes, como el del hombre maduro que se empareja con una mujer mucho más joven que él, por ejemplo. No sé si conocen lo que dicen los franceses sobre eso: los hombres gustan a las mujeres a los 40 años por el choc, a los 50 por el chic y a los 60 por el chèque. O bien las mujeres que pasan por el quirófano de los cirujanos plásticos. Digo «las mujeres» porque, al principio, eran casi exclusivamente mujeres, pero, desde hace ya un cierto tiempo, los varones piden cada vez más frecuentemente la intervención de cirujanos plásticos. Si no se es, hay que «parecer» joven.

Hace bastantes años, el sociólogo francés Edgar Morin publicó un libro llamado *Les stars*, en el que consideraba diversos aspectos de la cultura de la aparente eterna juventud que, por otro lado, ha sido objeto de abundante literatura. Les recomiendo la lectura de *Cuatro corazones con freno y marcha atrás* de Jardiel Poncela, en donde el autor describe con su humor habitual los inconvenientes de la eterna juventud.

¿Por qué la juventud es un bien en sí? Ciertamente, el referente no es la «juventud» sino la «lejanía de la muerte». El término «juventud», en este caso, pasa a ser el significante del significado «vida». Sucede algo parecido a lo que experimentan muchas personas en los lugares públicos cuando buscan los lavabos de su sexo: que también buscan, de una forma automática, los del otro sexo. Dicho de una forma más completa, no sólo buscan el lugar que les está destinado sino el que no les está destinado. En estos casos, el «Caballeros» y el «Señoras» adquieren con frecuencia el valor de significantes de sus propios significados relativos a la diferencia sexual.

Ante la idea de la muerte, ciertas personas intentan eliminar la angustia aferrándose a la creencia en un más allá que, aunque aparentemente esté basado en el

premio a la bondad, más profundamente lo está con la idea de eternidad en el sentido de «no muerte». La idea de la muerte nos hace movernos entre dos conceptos: pasado y futuro. Pero lo verdaderamente difícil de comprender es el presente. Ese «verdadero problema» no lo es sólo desde el punto de vista psicológico, sino también desde otras perspectivas. Precisamente, hablando de las dificultades que plantea la comprensión del universo, Einstein decía que el problema fundamental no es el pasado, ni siquiera el futuro, sino el presente.

No es posible seguir aportando lo mismo que anteriormente y en los mismos terrenos a lo largo de la vida, como tampoco es posible ocultar las modificaciones que vienen con el tiempo. Por ello, los signos exteriores no deben ocultarse: eso puede «dar el pego» al que mira desde fuera, pero el sujeto no puede «darse el pego» a sí mismo. No se puede «auto-mentir». La mentira requiere un espectador.

Y es cierto: a medida que avanzamos se nota el paso del tiempo. Sobre todo, físicamente. Sería un error negarlo porque cada vez se hace más difícil. De nuevo una historia. La del que pregunta a un amigo: «y tu mujer, ¿siempre tan guapa?»; y el otro responde, «sí, pero cada vez le cuesta más tiempo». Se trata, pues, de detectar lo que impide mantenerse en la dinámica del crecimiento; porque lo actual contiene siempre una dinámica interna de crecimiento, de expansión. «Cada brizna de pasto tiene su Ángel que se inclina sobre él y le susurra crece, crece», dice el Talmud.

Dos puntos adicionales

Voy a tocar dos puntos, aparentemente muy alejados de los fenómenos que acompañan el envejecimiento para intentar explicar mi idea. Por un lado, unas consideraciones sobre el estado amoroso y sobre la experiencia mística. Por otro, unas palabras sobre el lenguaje.

Volvamos a la sublimación. El objeto de la sublimación es un objeto que parece poder completar las características del objeto de la satisfacción alucinatoria del deseo. En el estado amoroso y en el éxtasis místico hay como un flash-back de lo que fue en su día la satisfacción alucinatoria del deseo, pero esta vez vivido en el plano de la realidad.

[Sobre el estado amoroso. «Te amo porque tú eres la mejor parte de mí mismo. Te amo porque tú eres lo que yo no soy, lo que yo jamás podría ser.»¹⁰](#) La relación con el duelo es evidente.

Sobre la experiencia mística. El puente entre la experiencia mística y el cuerpo del sujeto es el conjunto de los órganos de los sentidos (el conjunto de lo sensorial y lo motor), además de ser el único eslabón que permite transmitir la experiencia a los demás. Las experiencias de lo sagrado han estado siempre unidas con ciertas funciones y con sus opuestos: decir-no decir, ver-no ver, estar solo-estar acompañado, tocar-no tocar y hablar-no hablar. Dicho de otra manera, los temas se han desarrollado en las zonas de: el silencio, lo invisible, el aislamiento sensorial y lo

intocable. Por supuesto que algunas de ellas se solapan, pero pienso que al estudiarlas hay que tratarlas por separado.

Si contemplamos estos fenómenos en el amplio campo que se extiende desde la normalidad hasta la patología, nos encontramos con que la secuencia estaría dada, y en este orden, por el fenómeno angustioso, el psicosomático, el fenómeno histérico y, por fin, por el desarrollo del fenómeno místico. La bisagra clínica es la histeria, a la que me gusta calificar como «el agujero negro de la pulsión», y en la que se encuentra un primer intento de organización. Digo esto para establecer una de sus diferencias esenciales con el síntoma psicosomático. Uno de los más bellos ejemplos de lo que intento demostrar es la «relación» que santa Teresa de Ávila establece con su propio cuerpo. Con demasiada frecuencia se ha dicho y se ha escrito sobre la supuesta neurosis histérica del personaje. Y no es que yo pretenda negar la existencia de una neurosis histérica en la santa, sino que pienso que a dos fenómenos que están unidos en la misma persona no se les puede adjudicar de entrada una relación de causa a efecto ni se les puede confundir como si fueran dos expresiones de una misma procedencia. Al estudiar detenidamente a Teresa de Ávila nos encontramos ante un personaje extraordinariamente lúcido cuando la contemplamos desde el ángulo de su propia experiencia de lo sagrado, por la especial clarividencia que muestra al establecer la separación entre lo normal y lo patológico en todo aquello que se refiere a lo corporal y a lo psíquico. En ella, esta actividad de definición está al servicio de dos fines: por un lado, su propia experiencia espiritual y la predicación a sus seguidoras, y por el otro al dictado de normas de convivencia y disciplina en los conventos que va fundando a lo largo de su vida y que se encuentran claramente recogidas en sus escritos. Por ejemplo, sus consideraciones sobre la «melancolía»"

Sobre el lenguaje. Dice Benveniste: «... nunca alcanzaremos al hombre separado del lenguaje y jamás le veremos inventándolo. El hombre que encontramos en el mundo es alguien que habla, un hombre que habla a otro hombre, y el lenguaje muestra la definición misma del hombre... el discurso es la lengua asumida por el hombre que habla dentro de la condición de intersubjetividad que sólo hace posible la comunicación lingüística...» 12. Dice Bril: «El lenguaje, es decir, el conjunto de las modalidades por medio de las cuales se expresan las pulsiones de comunicación, funda y manifiesta una verdadera creación; comprendido así, el lenguaje es tal vez la finalidad última de la actividad humana.»

En nuestra civilización ha sido fundamental el hecho de utilizar el lenguaje para «nombrar» el mundo que nos rodea. En el libro del Génesis, la primera función que Dios atribuye al hombre es nombrar lo que le rodea; «nombrar» equivale a «dar identidad». Esa es la teoría de la función creadora del hombre que encontramos en el Génesis y por esa vía se le atribuye un papel en la terminación del Universo que Dios acaba de hacer. Crear es o bien un atributo de Dios, o bien una función delegada jerárquicamente. El lenguaje del hombre adquiere en ese momento sus cartas de ciudadanía en lo que se refiere a la función creadora. Pero el lenguaje del hombre no puede «nombrar» a Dios, puesto que «nombrar» equivale a «dar identidad», que es un aspecto esencial del acto de crear. De ahí las dificultades que el judío creyente

encuentra para dirigirse al Dios de Israel.

Por supuesto que no quiero defender que la solución es refugiarse en la creencia religiosa ni en la exégesis de los textos religiosos. Si he hablado del caso de santa Teresa es, precisamente, para distinguir en ella la separación entre las dos actividades.

¿Por qué es una mala solución refugiarse en la creencia religiosa? Precisamente, porque el referencial último de la creencia es inmóvil y, por lo tanto, impide la creatividad. Todo progreso se basa en el saber, no en el creer. La «convicción» detiene la exploración del camino hacia el conocimiento. La convicción consiste en admitir que «eso es así y no de otra forma». A partir de ese momento, se detiene el movimiento, y el objeto de convicción se convierte en un dato fijo, un dato que no sirve de punto de apoyo para un discurrir ulterior.

La creatividad

¿Qué hacer, pues, con lo que se tiene en cada momento? Es bastante conocida la anécdota de Isaac Perlman, excelente violinista, que tiene serias dificultades para andar a causa de una poliomielitis infantil. En pleno concierto, se le rompió una cuerda del violín. En lugar de desplazarse para poner una cuerda nueva, siguió tocando. Al final del concierto, la ovación fue inmensa. Cuando le preguntaron después, Perlman respondió algo así como que «a veces, la tarea del artista consiste en saber lo que puede hacer con lo que le queda».

Todo dato con vigencia de actualidad está en movimiento. Sobre lo que podemos incidir es sobre lo que podemos hacer con ese dato. ¿Se admite, sin más? ¿Se integra en el universo del sujeto sin modificarlo? ¿Se intenta modificar?

La creatividad consiste en incidir sobre el movimiento de los datos a nuestro alcance, imprimiéndoles una determinada dirección tras haber imaginado previamente una finalidad específica. Así es como se introducen cambios, y el resultado es el futuro. Para hacerlo hay que empezar por el deseo de modificar algo, por el deseo de imprimir una cierta dirección a los datos a nuestro alcance. Luego, podemos intentar comprender las raíces de ese deseo.

No toda creatividad es fruto de una sublimación. La pregunta esencial hay que formularla sobre el deseo: se trata de una corriente narcisística o de una corriente objetual? De ello depende que podamos aplicar a ese movimiento modificador las calidades propias a la sublimación, que requiere otras características además de las de la creatividad. Tenemos, pues, que hacernos la pregunta en los términos de los que hablaba al principio: en términos de agresión y de sublimación.

La creatividad consiste en imaginar algo que establece, entre elementos presentes, una relación que antes no existía. La creatividad es ver algo que todavía no existe y hacerlo aparecer. La edad no conlleva por sí misma una disminución de la creatividad. Lo que disminuye la creatividad es una convicción. La convicción de que

no se puede aportar nada nuevo.

Lo cierto es que las capacidades, tanto creativas como sublimatorias, deben ser mantenidas y desarrolladas sin cesar. Son como una gimnasia psicológica. Por supuesto que no es posible luchar contra la biología cuando ella se impone, pero se pueden detener ciertos procesos que resultan de la combinación de biología y psicología: no se puede luchar pensando que se tiene como arma la omnipotencia.

Las dificultades residen en los duelos necesarios. Los duelos acompañan siempre a lo largo de la vida. La dificultad la plantean los nuevos duelos que aparecen en el proceso de elaboración de lo anterior ausente.

Por otro lado, para ser creativos es necesario abandonar la relación directa con el objeto creado anteriormente, pero utilizarlo como punto de partida para una nueva actividad creativa. Los momentos creativos anteriores son los puntos de apoyo para mantener la continuidad de las sublimaciones.

Lo más irritante son las frases del estilo «qué bien te conservas». La conserva es un estado de mantenimiento de la situación en el estado actual, guiado por la idea de que «existe una amenaza de degradación». La degradación y la muerte son dos cosas distintas: la degradación es un proceso mientras que la muerte es una detención de los procesos.

[Quiero terminar con una frase de Jacques Brel: «Envejecer es no soñar.» 13](#)

Reflexiones psicoanalíticas sobre la cultura, la creación y la creatividad

[ELOÍSA CASTELLANO-MAURY*](#)

Terrorismo cultural

Francois Rastier, investigador del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de París (CNRS), escribe: «En este momento existe en el mundo una estrategia de la ignorancia.»

F.Rastier es uno de los pioneros de un movimiento que está adquiriendo en el siglo xxi una discreta pero imparable difusión desde varios horizontes que ni siquiera se han concertado pero que está «en el aire» y que pretende emancipar las disciplinas relativas a los fenómenos culturales humanos de la tiranía del obligado marchamo de «cientificidad».

Introducción a las ciencias de la cultura es el título de su último libro en colaboración con estudiosos provenientes de sectores tan dispares como la antropología, la filosofía, la biología, la psicología, la estética o de la lingüística.

Toma como referente la antropología de Humboldt fundada en la singularidad de los objetos que proceden y distinguen la especificidad de las distintas culturas humanas y que culmina en las obras de arte. El arte tendría así unos orígenes antropológicos, históricos y cosmopolitas, es decir, que cada obra de arte concentra la esencia de culturas procedentes de distintos horizontes: la obra de arte se inscribe en una continuidad filogenética, pero cada una de ellas constituye una realización original e irrepetible procedente a la vez del inconsciente colectivo y del inconsciente individual del artista.

También Ferenczi señalaba que las producciones psíquicas procedentes de los mitos, los cuentos o el folclore confirman el origen filogenético de los símbolos, como un precipitado de las experiencias vividas por las generaciones precedentes y que emergen en la vida psíquica de los individuos. La coincidencia de la herencia y de lo adquirido en la formación de las tendencias individuales es la génesis de los contenidos psíquicos. El etnocentrismo y la pretensión científica aplicados al arte aparecen así como una aberración. Se les podría aplicar la fórmula de Freud cuando aludía al «narcisismo de las pequeñas nacionalidades».

La clínica, las artes y la cultura en general han sufrido durante demasiado tiempo la intrusión de un «cientismo» abusivo. Desde el punto de vista de la investigación más puntera, este tipo de ingerencia resulta obsoleto. Levi-Strauss expresaba bien claro en sus escritos su deseo de escapar de las ilusiones de la subjetividad,

encerrándose así deliberadamente en una rigidez sistemática.

Existen nuevos interrogantes y aspiraciones que exigen un nuevo abordaje de la cultura del hombre.

Las concepciones del cognitivismo ortodoxo y del estructuralismo, así como de ciertos movimientos extremos de la psicología y de la medicina, obvian al ser humano en su globalidad psicosomática. Actualmente, un sector importante de la psicología niega la existencia de la pulsión y reprocha al psicoanalista su referencia a la sexualidad, que confunden con la psicosexualidad. No es la sexualidad fisiológica de la que se glosa ampliamente en las revistas del corazón, la que molesta, sino la sexualidad psíquica, ligada al Eros que el concepto de libido recoge y una parte de la ciencia reniega.

El psicoanalista o el psicólogo apulsional no sería sino un tecnócrata desafectado que se limita a considerar las conductas manifiestas. Los afectos pulsionales son elementos molestos y difíciles de circunscribir: lo más fácil es hacer como si no existieran.

Esto podría explicar la ignorancia cuando no el repudio de la histeria en la clínica moderna y las gravísimas consecuencias que esto implica.

Las teorías de los autores más intolerantes y arbitrarios del «cientismo» han ido cayendo paulatinamente en descrédito, pero es indudable que la cultura tarda mucho en evolucionar - cuando lo hace - y ese reduccionismo seguirá ejerciendo su influencia: una influencia que ha denigrado de forma subliminal a las humanidades de cara a la ciencia denominada «pura» - calificativo que ya lo dice todo.

¿Las ciencias humanas serían pues «impuras»?

Ésto me evoca las trabas internas y externas injustificadas que Freud tuvo que superar a lo largo de su trayectoria para que su obra, el psicoanálisis - totalmente original y revolucionario y por lo tanto incalificable-, fuera reconocido como una ciencia.

Quizás para colmar erróneamente el deseo del padre fundador, algunos psicoanalistas han ido demasiado lejos en su afán de ser considerados como científicos. En un momento dado no había conferencia ni escrito que no mencionara «los objetos fractales» o el «teorema de Gbdel». El esnobismo posmoderno ha aplicado sin ton ni son la terminología de las ciencias físicas y matemáticas al psicoanálisis.

Esta moda, como todas las modas, ha atraído con su resplandor a «falsos selC» de distintas esferas, como el pájaro mecánico refulgente de joyas del emperador de la China eclipsaba el canto sutil del ruiseñor gris y discreto.

Los ámbitos del saber han sufrido un verdadero terrorismo. Esta perversión se ha

manifestado por el uso y abuso injustificado de metáforas científicas como la mecánica cuántica, la relatividad y la teoría del caos aplicadas en enrevesadas contorsiones a las disciplinas clínicas y humanistas.

Señalo de paso que «clínica» viene del griego klinos que quiere decir «inclinado». Se trata de que el clínico se incline hacia la persona que sufre. Inclinar es acercarse, interesarse, intercambiar miradas y palabras, escuchar, cuidar.

En un ensayo demoledor que sigue estando de actualidad, Alain Sokal y Jacques Bricmont, un físico y un matemático que sabían de lo que hablaban, denunciaron en su tiempo la utilización abusiva y la falsa erudición de personajes altamente sacralizados (Guattari, Deleuze, Althusser, Foucault y también Lacan, cuando se dedicaba a analogías arbitrarias entre superficies matemáticas y estructuras de enfermedades mentales).

«¿Pourquoi faire simple si on peut faire compliqué?», parece haber sido el lema de un cierto sector de la intelectualidad parisiña, imitada servilmente en otros ámbitos. Paradójicamente esto ha producido un rechazo global de todo lo intelectual y especialmente del psicoanálisis por parte de numerosos estudiosos.

Entre otros ejemplos Sokal y Bricmont citan un texto de Julia Kristeva, psicoanalista antes lacaniana y actualmente «arrepentida», que, dicen, «intenta impresionar al lector con palabras oscuras que visiblemente ni ella misma entiende».

Extraigo un fragmento de ese texto:

En las operaciones sintácticas que suceden al estadio del espejo, el sujeto está ya seguro de su unicidad: su fuga hacia el punto X en su significancia se ve detenido. Pensemos en un conjunto Co, en un espacio usual R^3 , en donde para toda función, F sigue en R^3 y todo entero en $n > 0$, el conjunto de los puntos X en donde R (X) sobrepasan n, o sea, se detiene, las funciones de Co tendiendo hacia O cuando la variable X retrocede hacia «la otra escena». En este topos el sujeto colocado en Co no alcanza el centro exterior del lenguaje del que habla Lacan y en donde se pierde como sujeto, situación que traduciría el grupo relacional que la topología designa como anillo.

Del mismo modo, aunque sin tanta desfachatez, los escritos de corte fenomenológico sobre el arte dejan a menudo una impresión de aridez. Los historiadores y los críticos de arte y otros especialistas del universo de las formas ignoran desde siempre la dimensión libidinal de las distintas formas de la creación. La historia del arte se limita casi siempre a un enfoque reductor: contexto histórico, político y sociológico, historia de las técnicas, de la iconografía... pero no se ocupa de los orígenes pulsionales que han dado vida a la obra del creador.

¿Cómo interpretar la ausencia de consideración del papel inconsciente que la pulsión juega en toda producción artística digna de ese nombre?

Otra de las formas «científicas» de distraer la atención y evitar hablar de la fuerza pulsional del genio es el interés maniaco de los especialistas por el boceto, el borrador, los esbozos, los arrepentimientos y el non finito de los grandes artistas. En numerosas exposiciones se muestra una obra y cinco paneles de explicaciones. Una forma como otra de atajar la *réverie* del espectador. Es como si se tratara de explotar el detalle, la minucia, de disimular detrás de una fingida reverencia la verdadera fuerza del creador, al que se castra exhibiendo sus dudas. También existe un deporte vacuo e inútil que consiste en descomponer la obra de Mondrian o buscar la fórmula del verde de Veronese por medio del ordenador.

Se puede jugar, por supuesto, pero son juegos estériles que más bien ocultan una solapada intención de banalizar la obra maestra por los que no serán nunca capaces de producir una.

M. de M'Uzan emite una hipótesis interesante: la capacidad representativa del hombre estaría en la base del impulso creador.

La capacidad representativa, es decir, el disfraz, la invención, la dramatización, el embellecimiento, la transformación, el juego, la teatralidad... y aquí volvemos a la histeria.

Una prueba al contrario de la necesidad de una capacidad representativa nos la darían los pacientes operatorios, víctimas de una afánisis masiva, fijados en lo actual y lo factual, cuyo discurso carece de imaginación, de simbolización o de desplazamiento; cuyos sueños sin elaboración sólo reflejan la más banal de las realidades o los terrores más crudos.

En la clínica contemporánea no podemos decir que falten ejemplos de esta pobreza representativa.

Prometeo encadenado

Ni la pulsión ni el psiquismo ni los afectos se pueden observar al microscopio, algo que es difícil de admitir para el siglo resueltamente voyeur y tecnológico en el que estamos.

El discurso psicoanalítico se fundamenta en la ausencia, en el «más allá del principio de placer», en «el más allá» de lo manifiesto, en la ficción, el símbolo, en evocar lo que no está presente, en devolver la riqueza y la complejidad a la palabra y a los comportamientos.

Trabajamos con lo invisible, podríamos decir que trabajamos con el alma.

¿Es nuestro siglo un siglo desalmado?

La fobia y la evitación de los afectos y las representaciones no dejan de recordar los terrores del hombre primitivo ante los fenómenos invisibles de un entorno hostil

que no podían controlar.

En cambio, parecían estar más acordes con sus sentimientos internos.

En la Antigüedad los hombres lloraban con frecuencia y con naturalidad: véase la *Iliada* y la *Odisea*; actualmente, en ciertos ámbitos clínicos, artísticos o intelectuales, las manifestaciones afectivas o pulsionales se toleran mal o se repudian, sencillamente.

La tecnología, nueva religión que todo lo explica, todo lo resuelve y todo lo contamina, refleja la eterna aspiración a la omnipotencia del ser humano. En el campo del arte, si es que puede llamarse así, las proezas tecnológicas de la Bienal de Venecia, de París o de Arco estarían dirigidas a los reflejos fisiológicos sensoriales del cerebro más que al pensamiento o a la emoción.

No se trata de volver a la Edad de Piedra ni de rechazar en bloque los beneficios de los avances tecnológicos, ni de adoptar una «aversión hermenéutica» hacia la ciencia (según la expresión de Rastier), pero ¿por qué tendría que invadir todo el espacio cultural?

Los mecanismos de la creación y de la creatividad auténticas se alejan cada vez más de unos fenómenos pseudoartísticos que ignoran, envilecen o vampirizan al ser humano.

-Se observa, por una parte, unas manifestaciones plásticas «pregenitales», que privilegian lo arcaico, lo repugnante, la descomposición, lo sucio, lo excremental, lo sombrío, los colores viscerales o discordantes... la crueldad... la violencia...

Por la otra, unas producciones narcisistas sin sentido que buscan, y a menudo encuentran, el espejo complaciente de los filisteos.

Esto es lo que ocupa el proscenio.

Entre bambalinas, los artistas o creativos auténticos trabajan y se mueven en otros ambientes, mucho más privados, en relativo silencio, con muchas más dificultades y desde luego sin tanta celebridad.

En la actualidad el artista auténtico se va arrastrando por imperativos ideológicos y/o financieros que valorizan la teratología y lo arcaico más regresivo.

¿Cómo desenmascarar a los pseudos, al Yo Ideal omnipotente de los imitadores, a todos esos personajes desdibujados que hacen política por los ambientes presuntamente artísticos, navegando en aguas turbias?

¿Como distinguir al arte verdadero de un disfraz más del marketing?

¿Y cómo distinguir al marketing del mecenazgo? A 1

Algunos ejemplos:

Merdad'artista: los excrementos de Manzoni en un lata de conservas. Vendida a precio de oro.

Escaladasin anestesia, de Pane: un escalera inmensa con cascotes de cemento y cristales rotos incrustados en los peldaños.

Granpolicía vegetal, de Dado: vientres abiertos con intestinos sanguinolentos, carnes putrefactas, ligamentos atrofiados, vaginas desgarradas...

Y más recientemente, en la prensa:

Arte Extremo: El «performer» Marco Evaristti convence a un reo en el corredor de la muerte para que acepte ser alimento de peces. Espera así realizar una crítica constructiva y tiene pensado que los propios visitantes a la exposición alimenten a los peces con los despojos del reo.

Fuentes pulsionales y mecanismos psíquicos de la creación y de la creatividad

La pulsión se origina en una excitación corporal - un estado de tensión equivalente a una carga energética interna-; su empuje constante obliga al organismo a una exigencia de trabajo que, simplificando, supone la búsqueda de un objetivo satisfactorio para canalizar y ligar esa fuerza.

La exigencia de trabajo a la que alude Freud se sobreentiende como exigencia de trabajo psíquico. Pero no en todos los casos esta exigencia, que procede del inconsciente, se resuelve por medios sublimatorios.

El sujeto experimenta la presencia de ese empuje y se ve obligado a librarse de él utilizando una extensa gama de comportamientos. El apremio interno le incita a ejecutar ciertos actos que escapan a su control.

De todos los medios más o menos provechosos para conseguir la descarga o la canalización de la pulsión - desde la simple actividad motora o sensorial, pasando por la más radical y peligrosa de las adicciones, hasta la actividad sexual operatoria (que no hay que confundir con la sexualidad erótica)-, la sublimación ocupa un lugar preponderante.

De la búsqueda del placer a la compulsión de crear...

De distintas formasde aturdirse ala producción de una obra en la que el Otro se reconoce y con la que establece una relación libidinal trascendente.

La vía corta de los procesos autocalmantes mecánicos o adictivos descarga la excitacion por puro agotamiento y obtiene una calma precaria, una frágil tregua que exige una repetición idéntica, vacía de contenidos.

La vía larga del trabajo de sublimación alcanza resultados satisfactorios y duraderos que contribuyen al equilibrio de la economía psíquica del individuo y que propician su autoestima.

En esta última categoría se inscriben la creatividad y la creación verdaderas.

La sublimación es el proceso más evolucionado de la vida psíquica. Se refiere a las actividades humanas desligadas de la pulsión sexual y derivadas hacia objetivos culturales valorados por la sociedad.

Aunque comparten muchos puntos comunes, entre ellos el originarse en las fuentes pulsionales del individuo y en manifestarse como contenidos sublimados de la vida psíquica, la creación y la creatividad auténticas no son sinónimos.

La creatividad, ligada a las pulsiones parciales y próxima al preconscious, depende en gran parte de los mecanismos de identificación y de introyección derivados de los Ideales del Yo. Se refiere a la libido objetal y evita en cierta medida los mecanismos de represión masiva propia de las caracteropatías o de las organizaciones patológicas como la neurosis obsesiva grave, los funcionamientos operatorios o la conversión.

Estaría constituida por la traducción y la materialización desexualizada de representaciones, fantasías, sueños, impresiones sensoriales precoces y afectos experimentados por el sujeto y favorecidas por una estructura imaginativa, libre, sensible, incluso histriónica próxima a la riqueza de una histeria de vida con capacidad de desplazar y condensar los conflictos internos. Se trataría de una forma de funcionar habitual, bajo la égida de las defensas del Yo y los procesos secundarios.

La creación comparte las raíces sublimatorias de la creatividad, pero se manifiesta más a menudo por brotes irracionales que saltan directamente del inconsciente al gesto creador. El artista evoca a menudo la sensación de estar «poseído» o «fuera de sí» en los momentos de inspiración. La compulsión a crear utiliza unas fuerzas que provienen del inconsciente, que ignoran el preconscious en un corto circuito de los procesos secundarios del Yo. Se trata de una manifestación masiva que colapsa la tópica y que evoca el orgasmo. La producción así realizada da lugar a una obra original y única.

La constitución de una obra necesita, además de la predisposición congénita, experiencias individuales que sirven de material propiamente dicho a la formación del creador.

Se origina no sólo en fragmentos dispersos de la experiencia individual acumulada durante el propio desarrollo, sino también y principalmente en la experiencia filogenética descrita anteriormente.

La creación obedece pues a _una filiación humana con la que cada uno de nosotros puede identificarse y emocionarse.

Como dice Janine Chasseguet-Smirgel, no se trata de una obra «fabricada» como un excremento, sino «engendrada» como un hijo.

El creador pertenece a una categoría de personalidad que puede ser patológica, pero que obra con autenticidad propia y posee una calidad profunda de visión interior y de genialidad imposible de explicar.

IM. de M'Uzan sostiene que la investigación psicoanalítica no puede captar la esencia de la sublimación artística. Según este autor somos capaces de entender los argumentos teóricos de este proceso - en el que el mismo Freud no acabó de profundizar-, pero no alcanzamos a resolver el misterio que supone tener talento, poseer un don y sobre todo ser un genio creador. Estos tres matices sugieren ya un grado de intensidad y de calidad diferentes.

La obra establecerá un diálogo emocional exclusivo con cada mirada sensible que la contemple, en especial y según la expresión de M.Gagnebin, con una «mirada histérica».

¿Qué sería esa mirada histérica? Una mirada apasionada y no técnica, alejada de la intelectualidad, una mirada identificada, curiosa, de una gama infinita de sentimientos y de matices, cargada de sexualidad psíquica, erótica o agresiva, de todo lo que constituye la esencia de la emoción que el autor, sin saberlo, nos ha transmitido.

¿Cuál sería el papel del psicoanálisis en esta confusión contemporánea?

Sin ser objeto de subversiones tan llamativas, existen movimientos ocultos que esconden la misma brutalidad hacia nuestra disciplina.

Nuestra profesión, tan delicada, favorece la impostura, la violencia del narcisismo que desea enterrar a Freud, el genio creador de una terapéutica inigualada hasta ahora, la única que puede sanar el espíritu y a veces, no exagero, la vida.

Como dije al principio existen escuelas psicoanalíticas que intentan privar a la teoría de Freud de la primacía de la pulsión. Es decir, privar al paciente de su corporeidad erótica, de sus duelos, de sus satisfacciones y de sus deseos.

Se desprecia el valor de la sensibilidad, de la intuición.

La complejidad del diván en donde se vive el drama edípico, la intensidad de la transferencia, la vivacidad de las representaciones y de los sueños, sería el lugar en el que se refugia, como a escondidas, la esencia de lo humano.

Como decía un psicoanalista especialista en criminología: «Lo importante es sentarse con (o inclinarse hacia) ese desconocido, ese otro ser humano que tenemos enfrente, sin prejuicios, sin miedo y escuchar, y esperar.»

yo añadiría «Y sentir».

Como ante un cuadro, una escultura, un edificio, una obra de teatro, un concierto, como al abrir un libro...

Bibliografía

AMEISEN, Jean Claude, La sculpture du vivant: Le suicide cellulaire ou la mort créatrice, París, Points-sciences, 2003.

CASTELLANO-MAURY, Eloísa, «De la violencia a la cultura: experiencia terapéutica y creación artística», Revista de Psicoanálisis APM, 2006.

«Création de vie, création de mort: la compulsion de répétition dans l'oeuvre d'Alberto Burri», Revue Francaise de Psychanalyse, 2, 1994, París, PUF.

CHASSEGUET-SMIRGEL, J., «El ruiseñor del Emperador de la China», Revista de Psicoanálisis APM, 2007.

-L'Idéal du Moi, Nueva York, Norton, 1985.

DE M'UZAN, Michel, De l'art á la mort, París, Gallimard, 1977.

DENIS, Anne, Intuition et sensibilité (document inédit).

FLEUD, S., El artista y la fantasía, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

El Yo y el Ello, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

-Malestar en la cultura, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

El porvenir de una ilusión, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

-Leonardo, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

Miguel Ángel, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

La Gradiva de Jensen, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

GAGNEBIN, Murielle (1994), La fascination de la laideur, París, Champ. Vallon.

(1994), Pour une esthétique psychanalytique, París, PUF.

(2004), Authenticité du faux, París, PUF.

RASTIER, François, Une introduction aux sciences de la culture, París, PUF, 2002.

REVISTA ARTE DOSSIER, «Anti grazioso! L'estetica del brutto nell'arte Occidentale», Firenze, Giunti Editori, septiembre 2008.

SOKAL, Alain y BRICMONT, jean, *Impostures intellectuelles*, París, Odile Jacob, 1997.

Escenario perverso y neosexualidad

[JOSÉ Luis GALLEGO*](#)

*Enfermo estaba; y ése fue
de la creación el motivo:
creando convalecí,
y en ese esfuerzo sané.*

El término neorrealidad es un término que se emplea en psicopatología para describir el mundo delirante que el esquizofrénico construye a su medida. Un mundo en el que, pese a llamarse neorrealidad, tiene poco espacio la realidad objetiva, ya que se trata de una realidad cuyo objetivo prioritario es precisamente eludir la realidad.

Joyce McDougall hace una equivalencia entre esta neorrealidad psicótica y la neorrealidad del perverso, a la que denominará neosexualidad, ya que es en el terreno de la sexualidad, y más concretamente en el terreno de la sexualidad actuada, donde, a diferencia del neurótico, que la manifiesta en la fantasía, se concreta una gran parte de toda la conflictividad del perverso. Del mismo modo, postula que es una sexualidad con muchos elementos creativos y hace un gran esfuerzo para no juzgarla moralmente, pues dirá que, como con el resto de los síntomas, uno no los escoge. Es más, en su última obra, *Las mil y una caras de Eros* (1995), llega a proponer que circunscribamos la denominación de perverso sólo a aquel acto sexual impuesto por un individuo a otro no consintiente, y que se definan las relaciones perversas como aquellas en las que uno de los partenaires es completamente indiferente a la responsabilidad, las necesidades o los deseos del otro.

A partir de estas propuestas de Joyce McDougall, reflexionaré sobre la perversión y sus relaciones con la creatividad.

Para orientarnos un poco, quisiera hacer un pequeño recorrido por los conceptos de perversión y creatividad para después hablar de la neosexualidad perversa, en tanto que forma parte de las mencionadas neorrealidades, y articularlos en su conjunto.

Perversión

Tal como Freud lo desarrolla en *La organización genital infantil* (1923), sabemos que, en un principio, el niño cree que sólo hay un órgano sexual, el pene, un órgano universal que tiene todo el mundo. Tarde o temprano, a raíz de haber visto los genitales de alguna niña, observa que las niñas no tienen pene y, en un primer momento, se produce una renegación: el niño ha visto la ausencia de pene, pero no le da ninguna credibilidad. Poco a poco, la realidad se va imponiendo y el niño va aceptando que hay niños que tienen pene y otros que no. El niño imagina causas que

dan cuenta de esto y entreteje toda una serie de fantasías y teorías consoladoras acerca de semejante diferencia: «ya le crecerá», «es circunstancial», «es una simple enfermedad pero se curará», etc. Poco a poco, la realidad de la diferencia de los sexos se irá imponiendo: el sexo materno, castrado, se convierte en asqueroso y deja de ser objeto de fascinación.

Finalmente, el niño admite que el deseo sexual de la madre se encuentra en el pene faltante que únicamente colma el pene del padre.

Freud sitúa el núcleo estructurante de la perversión en la renegación de la castración materna y, por tanto, en la atribución fálica a la madre. Esta atribución fálica tiene que ver con la concepción de algo que tendría que haber estado allí y no está, es decir, es vivido como faltante. Tal es el origen del objeto-fálico, un objeto estrictamente imaginario según lo revelan las teorías sexuales infantiles. Ahora bien, el niño sólo va a renunciar a la representación de la madre fálica a cambio de, en un primer momento, creerse él mismo como aquello capaz de colmar la falta de la madre.

A través de esta identificación fálica, aceptará la existencia de una castración que le conducirá inevitablemente a aprehender la diferencia de los sexos a la manera de una alternativa, castrado o no castrado, con la consecuente angustia inherente a esta aceptación, puesto que le lleva a dar crédito a la amenaza de castración. Esta angustia de castración resultante puede favorecer la movilización de reacciones defensivas para neutralizarla y son estos procesos defensivos los que van a determinar y orientar el curso de la economía psíquica.

Así, Freud identifica dos posibilidades de salida ante la angustia de castración. Una salida consiste en que el niño acepte, de buen o mal grado, la imposición de la castración y la ley de la prohibición del incesto que ella emplaza simbólicamente, con el riesgo de que más tarde despliegue una inextinguible nostalgia sintomática por la pérdida soportada. Ésta es la suerte común de los neuróticos. Otros sujetos, cuya manera de renegar la incidencia de la castración será transgredirla continuamente, encontrarán otros dos tipos de salida dentro de la propia estructura perversa: la homosexualidad y el fetichismo. En la primera, la salida homosexual, a la desmentida de la castración se le añade la fijación y la regresión, tal como lo describió Freud en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910), mientras que en el fetichismo serán la renegación y la escisión del yo los mecanismos defensivos preponderantes.

Lo determinante en todo este proceso no es tanto si hay pene o no en la realidad, sino lo que significa que lo haya o no lo haya. Si la castración es desmentida será desmentida su significación, esto es, el castigo por sus deseos incestuosos, y así el niño encontrará la manera de poder continuar con su actividad masturbatoria y los deseos incestuosos hacia la madre.

La no castración de la madre remitirá de modo ineludible a la negación de la función del pene paterno y en consecuencia a su exclusión absoluta del placer sexual

de la madre: la madre es sólo del niño.

Si el neurótico goza con sus síntomas, el perverso lo hace en los actos. Así como el neurótico no obtiene ningún placer llevando a la realidad sus fantasías, para el perverso es una cuestión crucial para obtener su goce. La desmentida está en estrecha relación con la realidad externa, juega mucho con ella, mientras que en el mecanismo de la neurosis, la represión tiene que ver con la realidad interna, con la psíquica.

Esta desmentida podrá ir más lejos constituyendo la base para una escisión del yo, lo que dará dos corrientes en el mismo yo que se mantendrán juntas pese a ser contradictorias: una corriente de percepción, que desmiente la castración, mientras que otra sí tiene en cuenta la realidad de la castración. Vamos a verlo muy claro en el fetichismo.

El fetichismo, una modalidad de perversión, será el paradigma de esta escisión contradictoria del yo y nos encontraremos con que un objeto será a la vez el pene faltante y la representación de dicha falta del pene. Cojamos un objeto fetiche fácil y paradigmático como por ejemplo la ropa interior de una mujer: es una prenda que por una parte tapa la castración de la mujer, ya que es la última prenda que queda antes de desvelar su verdadero sexo, la ausencia del pene. Pero, al mismo tiempo, en el mismo hecho de tapar la castración se reconoce que la castración está ahí: la cubre, pero al cubrirla delata que hay algo que cubrir, delata la castración.

Kaufmann en su obra Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis (1996) define el fetichismo así:

El fetichismo supone la intervención de un proceso defensivo más complejo. El sujeto se niega a reconocer la existencia de la percepción traumatizante de la ausencia de pene en la madre (en la mujer). Ante esta ausencia reacciona con la elaboración de una formación sustitutiva. Así, a la desmentida de la realidad (ausencia de pene) el fetichismo le responde con una formación de compromiso: como la mujer no tiene pene en la realidad, el fetichista encarna al objeto supuesto faltar, reemplazándolo por otro objeto de la realidad, es decir, por el objeto fetiche. La elección de ese objeto le permite no renunciar al falo en la mujer. Además, la angustia de castración se encuentra igualmente neutralizada y, en último extremo, el fetichista evita de ese modo todo enganche libidinal en la vía de la homosexualidad.

Hacia el final de su obra Freud extendió esta escisión a todas las patologías, incluso al funcionamiento psíquico de todos los sujetos. «Y de allí el presentimiento de una "tercera tópica", última descripción del aparato psíquico esbozada por Freud al término de su obra como lo hará en el Esquema del psicoanálisis de 1939» (Kaufmann, 1996).

Quisiera hacer un último apunte acerca del concepto de perversión. La

estructuración psíquica del ser humano tiene una característica específica y única que es que para devenir ser simbólico se tiene que producir una ruptura radical con el naturalismo biológico. En el ser humano están perdidos de forma irremediable los instintos animales y en su lugar aparecen las pulsiones que son las que vehiculan el deseo. El paradigma de esta ruptura radical con lo instintivo se va a producir a través de aquello que en el resto de los animales es placentero, la sexualidad, que en el ser humano se tornará en displacentero: obviamente me refiero a la angustia de castración que en la dinámica del complejo de Edipo conducirá a que la sexualidad con la madre se vuelva displacentera y deba ser reprimida.

Freud en un trabajo magistral, *Pegan a un niño* (1919), describió lo que para mí es el paradigma de la perversión: el masoquismo. Un padre golpea en las nalgas a un niño y estos golpes acaban siendo la fuente principal de excitación y placer. Pues bien, si reflexionamos un poco acerca de todo esto, nos damos cuenta de que si antes decía que lo que define al ser humano es la transformación de la sexualidad placentera en displacentera, el perverso va justamente a intentar desandar el camino transformando en placentero lo que en realidad debería ser doloroso. ¿Qué sentido tiene una amenaza de castración que, lejos de ser dolorosa, es placentera? Ninguna. Y ésa es, a mi manera de entenderla, la quintaesencia de la perversión. En definitiva, podríamos definir el lema del perverso como con gran agudeza lo hace Rosolato: «la castración no sólo no existe sino que además produce placer».

Creatividad

Si buscamos en el DRAE la palabra 'Crear' vemos que se define como «producir algo de la nada». Dicha radicalidad del concepto lo convierte en una imposibilidad física, pues no se puede crear de la nada, salvo que uno sea Dios. Pero si analizamos bien la palabra, vemos que tiene una idéntica raíz latina que criar, 'creare', que se define como «producir algo» y ése ya es un terreno bastante más accesible y humano.

En el *Creador literario y el fantaseo* (1908), Freud se interroga acerca de la creatividad de los poetas y sigue una reflexión que me parece que vale la pena resaltar.

En este sorprendente trabajo, Freud comienza mostrando cómo el juego del niño tiene su prolongación posterior en el fantaseo del adulto. Winnicott también había señalado la importancia que para la estructuración psíquica tiene el juego del niño y mostró al objeto transicional como el primer acto creativo del bebé.

Siguiendo con este trabajo, Freud marca unas ciertas diferencias entre el juego y el fantaseo: mientras que el juego es una actividad que puede ser vista por todos, el fantaseo pertenece a la intimidad del fantaseador. Freud lo explica porque quizás esas fantasías esconden un componente infantil que si se manifestaran públicamente producirían vergüenza. Pocas veces, sin embargo, se ha visto una explicación tan clara de por qué el vehículo de la fantasía en el niño es el juego. «Es lícito decir», nos dice Freud, «que el dichoso nunca fantasea; sólo lo hace el insatisfecho. Deseos

insatisfechos son las fuerzas pulsionales de las fantasías, y cada fantasía singular es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad».

A partir de ahí, Freud hace una bella disertación en la que nos muestra cómo en todas nuestras fantasías hay tres tiempos, pasado, presente y futuro, y cómo los sueños nocturnos son también fantasías. Finalmente Freud se pregunta: ¿Estamos realmente autorizados a comparar al poeta con el "soñante a pleno día", y a sus creaciones con unos sueños diurnos? Freud se da cuenta de que en todas las tramas fantaseadas hay un héroe que sobrevive a todas las penas y ataques, tras la cual se adivina siempre a Su Majestad el Yo, el héroe de todos los sueños diurnos así como de todas las novelas, en una clara alusión a lo que después sería His Majesty the baby del narcisismo primario, ese estado mítico de plena realización en la que al niño se le da todo sin pedirle nada a cambio. Así, la creatividad poética se estructurará sobre una

[...] intensa vivencia actual que despierta en el poeta el recuerdo de una anterior, las más de las veces una perteneciente a su niñez, desde la cual arranca entonces el deseo que se procura su cumplimiento en la creación poética; y en esta última se pueden discernir elementos tanto de la ocasión fresca como del recuerdo antiguo.

Y termina dejándonos claro que si el poeta intentara contarnos las fantasías que originan su relato, no depararía placer alguno. Aquí encontramos un punto en común entre la perversión y la creatividad, ya que ambas tienen un objetivo común, esa especie de retorno a un narcisismo sin exigencias, pleno y sin conflicto. Pero ahí terminan las similitudes, ya que se dirigirán a su objetivo por caminos completamente diferentes: el creador por su obra creativa, el perverso mediante la renegación de la castración.

Hay varios textos más en los que Freud nos hablará de la creatividad (Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico de 1911, El interés por psicoanálisis de 1913, Presentación autobiográfica de 1925) y los referentes a la sublimación. Pero hay dos textos paradigmáticos sobre la creatividad que me gustaría comentar un poco más detalladamente, en concreto, un párrafo de la Conferencia 23 (1917) y otro de la Interpretación de los sueños (1900) para terminar con los de la sublimación:

En la Conferencia 23 (1917) nos dice:

Antes de dejarlos por hoy, me gustaría reclamar la atención de ustedes un momento aún para un aspecto de la vida de la fantasía que es digno del más universal interés. Existe, en efecto, un camino de regreso de la fantasía a la realidad, y es... el arte. Al comienzo, el artista es también un introvertido, y no está muy lejos de la neurosis. Es constreñido por necesidades pulsionales hiperintensas; querría conseguir honores, riqueza, fama y el amor de las mujeres.

Que, en realidad, es el regreso al narcisismo primario, pero a diferencia del perverso, el creador no desmiente ni erotiza la castración, ni vuelve placentero lo displacentero.

Pero le faltan los medios para alcanzar estas satisfacciones. Por eso, como cualquier otro insatisfecho, se extraña de la realidad y trasfiere todo su interés, también su libido, a las formaciones de deseo de su vida fantaseada, desde las cuales se abre un camino que puede llevar a la neurosis.

Es decir, hace una regresión: si hay un terreno en el que uno puede manejar los actores a su antojo, ése es el terreno de la fantasía, un terreno en el que se puede eludir la realidad y que tiene una manifestación notable en la masturbación, pues, al jugarse también en el terreno de la fantasía, también la realidad, y sobre todo la realidad de la castración, puede ser eludida.

Tienen que conjugarse toda una serie de circunstancias para que no sea éste el desenlace de su desarrollo; y es bien conocida la frecuencia con que justamente los artistas padecen de una inhibición parcial de su productividad, provocada por la neurosis. Es probable que su constitución incluya una vigorosa facultad para la sublimación y una cierta flojera de las represiones decisivas para el conflicto. Ahora bien, he aquí el modo en que el artista encuentra el camino de regreso a la realidad. Y si vuelve a la realidad es para obtener, en parte, lo que buscaba, y ahí hay una cierta similitud con la perversión que también va a intentar jugar sus cartas en la realidad. Por cierto, no es el único que lleva una vida fantaseada. El reino intermedio de la fantasía es admitido por acuerdo universal de los hombres, y todo desposeído espera hallar en él alivio y consuelo. Pero en los que no son artistas, la ganancia de placer extraída de las fuentes de la fantasía es muy restringida. La inflexibilidad de sus represiones los fuerza a contentarse con los mezquinos sueños diurnos que todavía son autorizados a devenir conscientes. Ahora bien, cuando alguien es un artista genuino, dispone de algo más. Se las ingenia para elaborar sus sueños diurnos de tal modo que pierdan lo que tienen de excesivamente personal y de chocante para los extraños, de tal manera que éstos puedan gozarlos también. Además, sabe atenuarlos hasta el punto en que no dejen traslucir fácilmente su proveniencia de las fuentes prohibidas. Por otro lado, posee la enigmática facultad de dar forma a un material determinado hasta que se convierta en copia fiel de la representación de su fantasía y, después, sabe anudar a esta figuración de su fantasía inconciente una ganancia de placer tan grande que en virtud de ella las represiones son doblegadas y canceladas, al menos temporariamente. Y si puede obtener todo eso, posibilita que los otros extraigan a su vez consuelo y alivio de las fuentes de placer de su propio inconsciente, que se les habían hecho inaccesibles.

Ése es el párrafo, probablemente, más enigmático.

Así obtiene su agradecimiento y su admiración, y entonces alcanza por su

fantasía lo que antes lograba sólo en ella: honor, poder, y el amor de las mujeres.

Como vemos para Freud, la motivación de la creatividad no es otra que el narcisismo, el retorno al narcisismo primario que citábamos antes. Podríamos añadir que en la creatividad hay un pasaje por un otro, una necesidad de aprobación del otro que no existe en la perversión.

En La interpretación de los sueños (1900), nos dirá algo acerca de la laxitud de represiones de la que hablaba antes:

En un pasaje de su epistolario con Korner, que me fue indicado por Otto Rank, Schiller responde a un amigo que se quejaba de su falta de productividad: La explicación de tu queja está, me parece, en la coacción que tu entendimiento impone a tu imaginación. Debo aquí esbozar un pensamiento e ilustrarlo con una metáfora. No parece bueno, y aun es perjudicial para la obra creadora del alma, que el entendimiento examine con demasiado rigor las ideas que le afluyen, y lo haga a las puertas mismas, por así decir. Si se la considera aislada, una idea puede ser muy insignificante y osada, pero quizás, en una cierta unión con otras, que acaso parezcan también desdeñables, puede entregarnos un eslabón muy bien concertado: de nada de eso puede juzgar el entendimiento si no la retiene el tiempo bastante para contemplarla en su unión con esas otras. Y en una mente creadora, me parece, el entendimiento ha retirado su guardia de las puertas; así las ideas se precipitan por ellas péleméle, y entonces - sólo entonces - puede aquel dominar con la vista el gran cúmulo y modelarlo. Vosotros, señores críticos, o comoquiera que os llaméis, sentís vergüenza o temor frente a ese delirio momentáneo, pasajero, que sobreviene a todos los creadores genuinos y cuya duración mayor o menor distingue al artista pensante del soñador. De ahí vuestras quejas de infecundidad, porque desestimáis demasiado pronto y espigáis con excesivo rigor.

Para la creatividad es necesario un cierto aflojamiento de la represión. Esta circunstancia es la que determina que muchos momentos creativos sean momentos en los que la atención está ocupada en algo distinto, permitiendo una cierta fluidez en las ideas.

Señalo como curiosidad que jamás he encontrado la traza de que Freud considerara creatividad a la música, parece como si la creatividad para él tuviera que ver con lo visual, incluso para ser leído o representado.

Estrechamente enraizado con lo que estamos viendo acerca de la creatividad, nos encontramos con la sublimación, ya que la creatividad descrita hasta ahora, por sí sola, no explica del todo el proceso creativo.

1 La palabra sublimación la emplea Freud por primera vez muy tempranamente,

en 1897 en el Manuscrito L, y ya ahí refiere un cambio radical que implica una transformación en las fantasías de las jóvenes mujeres. A partir de ahí es un concepto al que Freud recurrirá regularmente para intentar explicar los procesos creativos artísticos e intelectuales. Básicamente, se dice que una pulsión se sublima cuando se deriva hacia un nuevo fin, no sexual, y además socialmente valorado. Como muy bien señala Laplanche (Diccionario de psicoanálisis, 1972), se trata de un concepto extraordinariamente complejo que Freud nunca terminó de conceptualizar ya que la sublimación es una transgresión de la cultura pero con medios de la cultura, que se hace con algo que retorna de lo reprimido y por eso tiene mucho de transgresión. Rompe la cultura y al mismo tiempo la conserva, mata al padre pero mantiene vivo al padre.

En Introducción al narcisismo (1914), Freud nos definirá la sublimación y la delimitará con respecto a la idealización:

La sublimación es un proceso que atañe a la libido de objeto y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante de la satisfacción sexual; el acento recae entonces en la desviación respecto de lo sexual. La idealización es un proceso que envuelve al objeto; sin variar de naturaleza, éste es engrandecido y realizado psíquicamente. La idealización es posible tanto en el campo de la libido yoica cuanto en el de la libido de objeto. Por ejemplo, la sobreestimación sexual del objeto es una idealización de éste. Y entonces, puesto que la sublimación describe algo que sucede con la pulsión, y la idealización algo que sucede con el objeto, es preciso distinguirlas en el plano conceptual.

En el Yo y el Ello (1923), Freud nos señaló algunos de los elementos dinámicos de la sublimación:

La transposición así cumplida de libido de objeto en libido narcisista conlleva, manifiestamente, una resignación de las metas sexuales, una desexualización, por tanto, una suerte de sublimación. Más aún; aquí se plantea una cuestión que merece ser tratada a fondo: ¿No es éste el camino universal hacia la sublimación? ¿No se cumplirá toda sublimación por la mediación del yo, que primero muda la libido de objeto en libido narcisista, para después, acaso, ponerle otra meta? Más adelante hemos de ocuparnos de averiguar si esta mudanza no puede tener como consecuencia otros destinos de pulsión: producir, por ejemplo, una desmezcla de las diferentes pulsiones fusionadas entre sí [...] Tras la sublimación, el componente erótico ya no tiene más la fuerza para ligar toda la destrucción aleada con él, y ésta se libera como inclinación de agresión y destrucción. Sería de esta desmezcla, justamente, de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser.

Como verán, Freud advirtió de que, paradójicamente, a más creatividad, a más sublimación, más capacidad de destrucción puede quedar desligada y ejercer efectos

devastadores sobre el creador.

En realidad, lo que se sublima es un plus de sexualidad que no se puede satisfacer ya que, aun proviniendo de lo pregenital, sería displacentero en el contexto de la amenaza de castración: el neurótico lo reprime y convierte en síntomas, el perverso lo convierte en goce perverso y también se puede transformar en sublimación. Esta sexualidad no realizada viene dada por el incesto, que a su vez recibe aporte de zonas erógenas. De ahí que no haya sublimación posible sin levantamiento de la represión, con el consecuente incremento de la pulsión de muerte.

Para terminar, Winnicott, en *El artista creador que está en el Psicoanálisis y el sentimiento de culpa* (1958), dice:

Resulta interesante observar que el artista creador es capaz de alcanzar un tipo de socialización que soslaya la necesidad del sentimiento de culpabilidad y la consiguiente actividad reparadora y reparatoria que forma la base del trabajo constructivo corriente. De hecho, es posible que el artista y el pensador creador no lleguen a comprender, incluso que desprecien, los sentimientos de inquietud que constituyen la motivación de una persona menos creadora. De los artistas cabe decir que algunos no son capaces de experimentar culpabilidad y, pese a ello, logran la socialización gracias a su talento excepcional. A las personas corrientes, dominadas por la culpabilidad, esto les parece desconcertante; y, sin embargo, sienten un oculto respeto hacia esa falta de piedad que de hecho, en tales circunstancias, consigue más que el trabajo impulsado por la culpabilidad.

No quiero extenderme en más comentarios, simplemente señalo la claridad de Winnicott y su influencia en Joyce McDougall.

La concepción de la perversión y de la neosexualidad en Joyce McDougall

Las neosexualidades, que describe tanto en *Teatros de la mente* (1982) como en *Las mil y una caras de Eros* (2005), son para esta autora nuevas versiones de sexualidad, que, según ella, son equivalentes a las neorealidades de los psicóticos, es decir, como unos síntomas que dan cuenta de los conflictos y temores a los que está sujeto el perverso.

Su teorización comenzó en *Alegato por una cierta anormalidad* (1982), en que concibió la sexualidad perversa como una sexualidad diferente, a la que hay que quitarle la connotación peyorativa que tiene por el simple hecho de que sea una sexualidad que no se satisfaga como las demás. Es una sexualidad que necesita espejos, látigos, materia fecal, ropajes, y una puesta en escena a veces muy compleja para satisfacerse. Recuerda a Stoller cuando afirma que la perversión no es más que una desviación del modo de satisfacerse y precisa que, en realidad, se trata de una sexualidad que procede de ansiedades, de depresión, de inhibiciones y de perturbaciones narcisistas. Establece un paralelismo entre la creatividad y la

sexualidad perversa, a la que considera, al menos en parte, inventiva e innovadora y señala que hay una similitud entre sublimación y perversión, dado que en ambas las pulsiones se encuentran apartadas de sus objetivos originales y conciernen a las llamadas pulsiones parciales. Sin embargo, también señala que hay diferencias, pues la perversión ni está desexualizada, ni tiene miras sociales valorizadas como la sublimación.

Insiste en que el argumento perverso es un argumento creador al que ve íntimamente relacionado con el proceso primario, como veíamos a propósito del fantaseo, también regido por el proceso primario, y encuentra el paralelismo de que el placer de crear es más intenso que el del producto creado: la producción prima sobre el producto. Si la mayoría de los seres humanos ni son perversos ni son creadores, dice, es porque no han asumido las transgresiones inherentes al placer de producir ni la angustia que acompaña a esta autofecundación.

Al igual que en todos nosotros hay un núcleo perverso, también lo hay creativo. Y aunque reconoce que la gente sensata mostrará más las diferencias que las similitudes, espera que no sea el caso de los psicoanalistas porque la frontera entre la perversión y la normalidad es, a veces, muy difusa.

Por otra parte, hay un parecido entre el artista y el perverso y ambos consumen una ingente cantidad de energía mental y de tiempo en sus actividades. El artista trata a su público como el perverso a su pareja, intentando imponer su goce aunque el artista es libre, mientras que en el perverso siempre hay una puesta en escena idéntica. La sexualidad perversa es, dice, una sexualidad operatoria, tomando este concepto de la escuela de psicósomática francesa.

Frente a las ampulosas puestas en escena perversas, el perverso da muestras de una vida fantasmática singularmente pobre, igual que el neurótico en los síntomas neuróticos. Según esta autora, la frase de Freud de que la neurosis es el negativo de la perversión ya no es válida. La homosexualidad, dice, se refuerza por las interdicciones que recibe de parte de los padres y por la angustia de castración. Vemos que la intriga es siempre la misma: la castración no sólo no hace sufrir, sino que es la condición del goce.

Señala que para Freud hubo dos modos determinados de abordar la perversión en diferentes épocas de su teoría.

La primera, la que hace en los Tres ensayos de teoría sexual (1905), en la que descubrió que la sexualidad infantil entraña en sí mismo una perversión. Si las pulsiones se basan en la autoconservación, rápidamente se independizarán de esta fuente originaria para sexualizarse y volverse autónomas: el bebé, mediante la vivencia de satisfacción, pasará de la realidad nutricia del pezón al placer del dedo para chupetear y encuentra, no sin razón, una primera y definitiva perversificación que será la impronta de toda la sexualidad humana. En definitiva, Joyce McDougall, apoyándose en Freud, considera que la sexualidad humana es por definición perversa

en relación con la sexualidad instintiva de los animales.

Y la segunda, la que conceptualizó a partir De la historia de una neurosis infantil (El hombre de los lobos) (1918) en la que se planteó toda la problemática de la perversión y la escena primaria. Considera que Freud no prestó suficiente atención a los primeros momentos de la vida del infans, concibiéndolos casi como un mítico paraíso, ese mítico paraíso del que hablaba a propósito del His Majesty the baby, sin analizar todo lo que ocurría en las primeras interacciones entre el bebé y su madre.

Por otra parte, Winnicott conceptualizó el objeto transicional como un representante de la ausencia de la madre destinado a permitir que esa ausencia de la madre no se constituya como traumática. Estos niños, en lugar de constituir un objeto transicional, sustituto de la madre, constituirán un objeto fetiche que no está abocado a erigirse como transición entre la presencia y ausencia de la madre, sino como renegadores de la ausencia de la madre. Dicho con palabras sencillas, son objetos que no consuelan de la ausencia de la madre, la niegan.

Joyce McDougall ve un paralelismo importante entre la renegación, un mecanismo específicamente perverso, y la desestimación, un mecanismo psicótico, en el que ciertas representaciones son abolidas o al menos es abolido el significado que se le atribuye. Y por eso sostiene que si un psicótico recupera la realidad mediante el delirio, constituyendo una neorrealidad, un perverso crea una ilusión a través del escenario perverso y crea la neosexualidad para intentar dar un sentido al enigma del deseo. Estas ilusiones tendrán que cumplir varias funciones: por una parte, ser capaces de contener los aspectos más violentos de su sexualidad y por otra, reparar al otro de los ataques castradores fantaseados. En esta doble interacción es donde, según ella, puede darse una gran creatividad.

Además, está también el hecho de tomar el control y el dominio del objeto y el goce del otro, equivalente a su castración, y así el sujeto escapa al destino de objeto víctima.

El origen de toda la creatividad la ve más en el aspecto no sexual que en la relación sexual propiamente dicha: la búsqueda de pareja, de escenario, de un argumento, puede llevarles días, cuando no semanas o meses. Dice que esto es algo que se observa en exhibicionistas y voyeuristas. Pero el final suele ser la decepción, el fin de la ilusión y el sentimiento de que algo mágico se termina banalmente.

Pero si en el creador la validación de su obra es el público quien la hace, en el perverso su obra va destinada al amor secreto entre madre e hijo y viene marcado por un camino en el que no puede haber otro que le imponga una interdicción a su deseo. Está más movido por la angustia que por el deseo. El artista se expone al juicio del otro mientras el perverso lo elude.

El artista, concluye, es un maestro de la ilusión de la realidad que crea para sí y para los demás, y de hacer aceptar su ilusión. En el perverso, su ilusión se impone a él

mismo y el sujeto se pasa la vida intentando hacer aceptarla como una realidad a los demás.

Tras esta primera invitación para concebir la sexualidad perversa de otra manera, en sus obras posteriores, *Teatros de la mente* (1987) y *Las mil y una caras de Eros* (2005) teoriza su concepción de la neosexualidad.

Según ella, la primera imago de la madre desempeña un papel fundamental en el inconsciente de los creadores neosexuales. Para ellos, la madre parece estar por encima de deseos sexuales, y, además, hace una negación implícita de la diferencia de los sexos. En la homosexualidad aparece una estructura parenteral muy parecida siempre: una madre idealizada, y un padre desvalorizado y menospreciado. Sin embargo, el padre menospreciado esconde a otro portador de un falo ideal y la madre esconde una gran capacidad destructora que controla y aplasta al hijo. Tanto el niño como la niña erigen una barrera fálica con la que protegerse; la niña mediante una identificación con el falo; el niño a través de una elección de objeto fálica. Crean así un objeto sustituto del padre, que será buscado en el exterior como testimonio del fracaso interior al intentar constituirse simbólicamente.

Las imagos de los neosexuales están marcadas, en un primer análisis, por una madre adorada e idealizada y un padre débil, excluido, despreciable y dominado por la madre. Sin embargo, tras estos retratos superficiales, se esconde una imagen escindida de una madre bruja, castradora y castrada y tras el del padre, un dios inalcanzable, idealizado e imposible de castrar.

Estos padres, que la mayor parte de las veces han sido abiertamente hostiles entre sí, sobre todo la madre hacia el padre, producen modelos identificatorios imposibles. La actitud castradora y despreciativa de la madre hacia los hombres hace que sean descritos como monstruos que sólo tienen una cosa en la cabeza, manchar, mancillar y maltratar a las mujeres, pero tampoco las mujeres salen mejor paradas ya que son descritas como peligrosas, sucias y astutas, que lo único que desean es dar caza a los hombres. Esta configuración hace que los neosexuales no puedan desarrollar una verdadera identidad sino que estén abocados a pseudoidentificaciones, que se manifiestan por las actitudes caricaturescas que adoptan, sobre todo los homosexuales, tanto de la mujer, como de la virilidad. La madre se convierte pues en el único objeto de amor aceptable que está por encima de un mundo despreciable, falso y peligroso. La depresión que se observa en estos pacientes está, según la autora, ligada a la desvalorización del padre. Además, la madre niega el valor intrínseco del niño como ser humano, convirtiéndolo en un objeto de permanente mortificación narcisista. En este contexto, el niño queda sometido a una gran confusión en cuanto a su identidad sexual y a su sitio en la familia y es entonces cuando se siente impelido a inventar una teoría sexual con el fin de poder obtener un lugar y una identidad mínimamente coherente. Repudiarán el mito edípico y constituirán en su lugar el mito neosexual.

En este contexto de desvalorización del padre, los deseos incestuosos del niño le

llevan a creer que son el objeto de deseo de la madre y que su destino es satisfacer sus deseos y que es apoyado en su deseo de castrar al padre. La pérdida de estas ilusiones es reemplazada por el mito neosexual, en que repudiarán el mito edípico con sus leyes y diferencias sexuales.

El falo, indispensable para la correcta estructuración del deseo sexual en la medida en la que se constituye en paradigma de lo deseado -y en consecuencia de lo faltante - se transforma en un pene sádico y persecutorio del que es preciso huir a toda costa y un pene idealizado al que hay que dar alcance a toda costa. Por tanto, no tener el pene idealizado deja una castración que no será tal castración, sino una feminización constituida por representación de ser una mujer en posesión de un pene sádico y violento que puede ser vivida como un peligro para sí mismo y los demás y que puede dar lugar a vivencias hipocondríacas. La única manera de escapar de este pene peligroso es mediante la constitución de un pene externo, fetichizado en un contexto maniaco, fuente de todo reaseguramiento frente a la angustia, pero extraordinariamente precario, y ello hace que los actos tranquilizadores, por ejemplo de felaciones compulsivas, los coitos anales, las aplicaciones de dolorosos enemas se vuelvan cada vez más necesarios.

Los primeros intercambios entre el bebé y su madre también son cruciales para la configuración neosexual. El bebé descubrirá que su placer o su dolor están en el poder de Otro, que ella escribe con mayúscula. El Otro está dotado de un poder mágico y esto explica que muchos de estos neosexuales se sientan impelidos y obligados a sus actos, como si fueran robots telecomandados por otros que son los que tienen la llave de su funcionamiento. Esta madre será la que transmitirá a su hijo sus deseos, sus fantasías, sus temores. Ella será, en último término, la que podrá decidir acerca de qué pensamientos son pensables y cuáles son impensables y esta madre, con la configuración que les he señalado, transmitirá a su hijo una permanente sensación de fragilidad y vulnerabilidad sobre su propio cuerpo, algo destinado a poder mantener su poder sobre él. Según McDougall, los neosexuales construyen con su neosexualidad una barrera que les protege contra esta representación corporal dañada y les da la sensación de cohesión en la identidad del Yo, evitando vivirla de una manera psicótica. Así pues, dice que las neosexualidades lo que plantean es una teoría delirante de la sexualidad humana y de los orígenes del deseo sexual; una teoría que el sujeto puede dominar, escenificar y en la que encontrar un sitio, aunque a diferencia de las psicóticas, son teorías sobre las cuales tiene una sombra de duda. No hay, pues, certeza delirante.

Esta madre omnipotente también ejercerá su poder sobre la sexualidad del hijo. El primer acto autoerótico es el chupeteo, desde el que se desarrollará todo el autoerotismo de las pulsiones. Pero este autoerotismo tiene como una de sus metas el independizarse del objeto, en este caso la madre. Y esta madre fálica, tampoco en este terreno le pondrá las cosas fáciles: saboteará el proceso no permitiendo que haya ningún objeto que pueda ser utilizado como sustituto de ella. Los creadores neosexuales han padecido probablemente una fuerte inhibición de la masturbación temprana por parte de la madre: si la masturbación normal es con la mano, los

neosexuales tienen «una importante desavenencia» entre la mano y el sexo, de tal suerte que se han visto obligados a tener que buscar otros objetos con los que satisfacerse. De ahí que haya formas de masturbación infantil perversas. Esto tendrá repercusiones en muchos ámbitos, como, por ejemplo, en el objeto transicional en el que la madre ofrecerá su propio cuerpo antes de permitir que otra cosa la sustituya. Esta ausencia de autoerotismo infantil obligará por una parte a utilizar otro tipo de objetos diferentes a la mano para masturbarse y, por otra, supondrá muchas dificultades para la asunción de una identidad corporal: en muchas ocasiones dirán que sólo en los escenarios neosexuales sienten que ellos son ellos mismos.

Las neosexualidades no sólo tienen que ver con lo edípico, sino también en el campo de la sexualidad primaria que sirve para mantener una homeostasis narcisista. Los neosexuales reinventan la sexualidad humana y al cambiar las metas y los objetos crean una nueva escena primaria, no exenta de ansiedad y angustia. Así, una paciente lesbiana invitaba a sus parejas a tener relaciones sexuales con otras personas delante de ella. La perfección reside, obviamente, en que el neosexual ha escrito todas las reglas del juego y el menor cambio en la situación da lugar a una angustia incontrolable.

El drama en torno al cual se juega todo erescenario neosexual es invariablemente la castración. El triunfo neosexual es que dicha castración pierda todo su potencial angustiante transformándolo en un simple juego. Un drama que requiere ser flagelado, lacerado, estrangulado, en el que el otro se vea forzado a perder el control del esfínter o del orgasmo, humillar o ser humillado, todos ellos son actos sustitutivos de la castración que sirven para dominarla.

La pareja, al disfrutar de este acto, no tiene otro valor más que el de confirmar que la castración no es dañina, la diferencia entre los sexos no es la fuente de deseo y la verdadera escena primaria es la representada en el drama neosexual. Ésta, según la autora, es la génesis del carácter urgente, adictivo de la escenificación. El otro sólo está para facilitar la negación, no sólo de la culpa, sino también de las fantasías de haber destruido al otro. El peligro constante que representan los instintos sádicos y destructores está contrarrestado por una sensación de vacío, de muerte interior, por lo que se acude al acto neosexual para bloquearlo.

Otros neosexuales prefieren la soledad para su recreación. En ellos cualquier traza del otro es insoportable. Así la solución neosexual pasa siempre por el triunfo sobre unos padres contradictorios y destructores en los que la neosexualidad vendrá a confirmar el derecho del sujeto a una sexualidad por encima de la confusión de las imagos parentales.

Joyce McDougall cree que al igual que Freud consideró la neurosis como el negativo de la perversión, y, en consecuencia, la perversión es el positivo de la neurosis, también se la puede describir como el negativo de la organización psicótica. Lo que la caracteriza es que el actuar sustituye la elaboración mental. Además, el acto está erotizado, cosa que no ocurre ni en los delirantes ni en las neurosis.

Esquemáticamente, dice que, mientras la neurosis es un fracaso frente a las pulsiones libidinales, la psicosis indica un fracaso frente a las pulsiones sádicas. Así la neosexualidad constituye un doble intento defensivo: por una parte, encontrar una solución de compromiso con los temores neuróticos. Por otra, a las ansiedades psicóticas relacionadas con la pérdida de identidad del Yo y el riesgo de verse arrasado por las pulsiones violentas y suicidas. Esta neosexualidad tendrá que mantener tres ilusiones básicas: la castración no es ninguna amenaza, la violencia sádica no causa daño y el estado de muerte interna, nacida de los tempranos traumas, no existe. Y todo ello, a través de actos que cortocircuitan la posibilidad de elaboración mental ya que estos actos externos intentan resolver lo que es interno.

Algunas reflexiones acerca de la neorrealidad y la neosexualidad: la neoteoría de Joyce McDougall

Toda esta concepción que Joyce McDougall hace de la perversión es muy seductora, pero resulta poco coherente desde la concepción y la evolución de la perversión en Freud.

Son muchas las objeciones teóricas que se pueden hacer a los planteamientos que Joyce McDougall hace de la perversión. Para empezar, la mezcla que hace entre el concepto de perversión que Freud tenía en los Tres ensayos de una teoría sexual (1905), y el que conceptualizó después de teorizar la renegación, hace que frases como la de que la neurosis es el negativo de la perversión queden fuera de contexto para ella, sin tener en cuenta el momento en el que Freud la formuló y a qué se refería. Que la neurosis es el negativo de la perversión, me parece una evidencia clínica de la fantasía inconsciente que subyace en todo síntoma. Dicha fantasía no es más que la manifestación, por vía de la regresión, del punto en el que la castración queda erotizada, igual que en la perversión, y, en consecuencia, desprovista de todo su potencial intimidatorio frente a la sexualidad incestuosa. La frase no quedó invalidada como consecuencia de la evolución teórica de Freud, sino todo lo contrario, adquirió su plena significación con dicha evolución.

Freud jamás pretendió juzgar la perversión bajo ningún prisma moral y, de hecho, a lo largo de los Tres ensayos de una teoría sexual (1905) pone un cuidado exquisito para no hacerlo, recordando bastantes veces que no se puede hacer ningún juicio de valor sobre la perversión. La reconvención que hace Joyce McDougall no se aplica, desde luego, a Freud.

Joyce McDougall, citando a Stoller, afirma que la perversión es una desviación del modo de satisfacerse y, efectivamente, lo es, pero su valor no reside tanto en lo desviado o no de la satisfacción, como en la causa que motiva dicho desvío. Desde este punto de vista, pretender reducir la perversión a un acto sexual impuesto a un otro no consintiente, no tiene nada que ver con la estructura perversa. La estructura perversa requiere de un mecanismo renegatorio que la sustente y, además, un plus de goce añadido a esa renegación.

Como señalaba anteriormente, si la naturaleza del ser humano y su acceso al simbolismo está marcado por la desnaturalización de la sexualidad humana, es decir, por el hecho de que una parte de la sexualidad, la relacionada con el incesto, se va a transformar mediante la amenaza de castración en displacentera y, en consecuencia, en prohibida, el perverso, erotizando y gozando con la castración, ataca la esencia misma de la interdicción incestuosa pues no se puede temer aquello que, lejos de producir displacer, produce placer.

Ésta es la lectura que se desprende de *Pegan a un niño* (1919), un texto que Joyce McDougall olvida no sólo como elemento primordial de la teorización de Freud de la perversión, sino que ni tan siquiera cita ni una sola vez. Joyce McDougall divide la concepción freudiana de la perversión en dos grandes apartados evolutivos, la que da en los Tres ensayos de una teoría sexual (1905) y la que da en *El hombre de los lobos*, en la que, según ella, Freud hará hincapié en la estructura de escena primaria en la perversión. Pero repito que, sorprendentemente, ignora el texto príncipe de la perversión, *Pegan a un niño* (1919).

1 A mi modo de entender, cualquier perversión requiere la premisa formulada en *Pegan a un niño*, premisa que en palabras de Rosolato podría resumirse como la castración no sólo no existe, sino que además produce placer y cuando Joyce McDougall sostiene que un acto perverso es un acto sexual impuesto a un no consiente, esta imposición es lo suficientemente amplia, variable y, a veces, ambigua como para que la perversión pueda darse o no, lo que convierte a dicho acto en perverso o no. Baste recordar que esta imposición puede darse también en un contexto psicótico. Y que hay muchos actos que no son la imposición sexual a un otro no consiente que son perversos, de la misma manera que un acto sexual con un consiente puede ser perverso.

El paralelismo que Joyce McDougall establece entre neorrealidad y neosexualidad es también algo muy difícil de conceptualizar. La neorrealidad psicótica es la consecuencia directa del mecanismo de la restitución, inherente al proceso psicótico, que Freud describió en *Introducción al narcisismo* (1914), que, a su vez, es consecuencia del mecanismo específico de la psicosis, la desestimación.

La restitución, según Freud, es la manera según la cual se va a producir la reinvestidura de un mundo exterior que ha sido desinvertido en los primeros momentos del proceso psicótico. Pero esta reinvestidura no se produce de cualquier manera, puesto que si fenomenológicamente el resultado será la reconstrucción del mundo objetual de manera delirante, metapsicológicamente estará condicionada por que las palabras serán tratadas como cosas, perturbándose la naturaleza intrínseca del lenguaje que requiere que toda representación de palabra esté avalada inconscientemente por una representación cosa.

Nada de todo esto viene dado en la perversión en la que ni hay desinvertidura objetual, ni reinvestidura delirante, ni borrado de la relación entre representación palabra y representación cosa. De hecho, Joyce McDougall no da ninguna

explicación metapsicológica del paralelismo que establece entre neorrealidad y neosexualidad, ni de la concepción de la perversión que establece un acto sexual impuesto a otro no consintiente, definición que bien podría figurar en el Código Penal, pero que al carecer de una armadura metapsicológica, pierde toda su especificidad psicoanalítica.

Para ella, la similitud viene dada por el hecho de que tanto la neorrealidad como la neosexualidad son intentos de autocuración. Pero si la restitución es un intento de autocuración, si entendemos por ello el intento de restablecimiento de una objetividad perdida, es evidente que no ocurre así en la sexualidad perversa, en la que el objetivo prioritario es el goce obtenido con un otro mediante la erotización y renegación de la castración.

Como fácilmente se desprende de lo dicho anteriormente, es difícil establecer la sexualidad perversa como una sexualidad creativa. Que la sexualidad perversa sea diferente no quiere decir que sea creativa. Es más, de creativa tiene muy poco ya que el carácter fuertemente ritualizado de esta sexualidad la convierte en una sexualidad fijada que debe transitar por caminos férreamente limitados y desarrollarse en escenarios meticulosamente concebidos para eludir la angustia de castración, alejándose de cualquier atisbo de la libertad que el acto creativo requiere. Dicha sexualidad queda condicionada y es una manifestación palmaria de la pulsión de muerte, mientras que en el acto creativo, tal como lo hemos visto en el Yo y el ello (1923) la pulsión de muerte se desliga, y se dirige hacia otros objetos, incluido el Ideal del yo, permitiendo que, aun de modo doloroso, la pulsión de vida impregne el acto creativo.

Por último, como ella misma reconoce, el acto creativo requiere la aprobación de un otro, ya sea externo o interno, como parte indispensable de dicha creación. Sin embargo, en la sexualidad perversa, dicha aprobación se vuelve innecesaria en la medida en que la satisfacción buscada no pasa, de ninguna manera, por la aprobación de nadie.

1 Para cualquier concepto psicoanalítico, juntar elementos de las diferentes teorizaciones (Freud, Klein, Winnicott, Lacan, etc.) es extremadamente arriesgado: cada construcción teórica tiene sus propias vigas maestras a partir de las cuales se construye el edificio teórico y en muchas ocasiones ni son asimilables ni tan siquiera complementarias. Tomar elementos prestados puede ser un trabajo muy interesante y creativo si sirve para apuntalar un edificio teórico claro y, sobre todo, coherente. Pero si se mezclan sin un plan claro de lo que se quiere construir, dejándose llevar por asociaciones parciales, el resultado puede ser confuso, y muchas veces, contradictorio.

Bibliografía

FREUD, Sigmund, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

KAUFMANN, Pierre, Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte freudiano, Barcelona, Paidós, 1996.

LAPLANCHE, J. y cols., Diccionario de psicoanálisis, Barcelona, Paidós, 1971.

McDOUGALL, Joyce, Alegato por una cierta anormalidad, Barcelona, Paidós, 1978.

Los teatros de la mente, Madrid, Tecnipublicaciones, S.A., 1982.

Las mil y una cara de Eros, Barcelona, Paidós, 1995.

WINNICOTT, D., Obras escogidas, Barcelona, RBA editores, 2006.

La cultura de la muerte: más allá del instinto, el poder destructivo como hecho creativo

[GEMA SANCHO*](#)

No resulta fácil acercarse al tema de la violencia y de la muerte, a pesar de ser un tema con el que nos encontramos día a día en nuestro diván. Tal vez sea precisamente por esto por lo que es tan difícil y más aún porque a veces la violencia y la muerte, o su amenaza, nos llegan desde el exterior a través de actos violentos o a través de una enfermedad como puede ser el cáncer, por ejemplo.

La violencia y la muerte confrontan al ser humano a vivir un sentimiento de vulnerabilidad y desamparo desencadenando una vivencia ominosa.

Haré un pequeño recorrido que nos ayude a situarnos y sobre todo que nos ayude a pensar sobre este tema tan presente en este momento socio-cultural.

Violencia

Aristóteles distinguía entre los movimientos naturales y los movimientos violentos.

Desde el momento en que se constituye una comunidad humana y en particular desde el momento en que se constituye un Estado, con un aparato de gobierno, aparece el fenómeno de la violencia, ejercida por los que detentan el poder: «una historia implacablemente realista muestra o parece mostrar que la violencia se halla en el origen mismo del poder del Estado, que es inseparable de él. ¿En qué se diferencian "violencia" y "poder"? En el comienzo, en la implantación de todo Régimen, el poder es pura y simplemente - visto desde la situación anterior - violencia. Pero el régimen, una vez establecido, se autolegitima. Con ello, la violencia desnuda, primaria, elemental, deja de ejercerse, pues el poder legitimado se considera purificado de violencia» (José Luis Aranguren, «Sobre la evitabilidad o inevitabilidad de la violencia», 1973). Ello no quiere decir, sigue apuntando Aranguren, que la violencia haya desaparecido del todo: lo que ocurre es que ha quedado "atrás", "olvidada", de modo que «la autolegitimada violencia de cada día aparece, pura y simplemente, enforcement de la ley, como defensa del orden público».

[Esta «fascinación de la violencia» ha repercutido en grupos autoritarios que han encontrado en la violencia una satisfacción psicológica: la satisfacción del poder'.](#)

Freud se interesa por la violencia desde el comienzo de su obra, pudiendo estar

volcada ésta hacia uno mismo o hacia otro, vivido este otro como un peligro, de algún tipo, para el sujeto por ejemplo el padre o el Estado que marca una ley que dice esto No.

1 En *Tótem y tabú*, Freud (1913) manifiesta que la construcción de la sociedad humana se sustenta sobre dos prohibiciones fundamentales: no matar y no cometer incesto.

En la sociedad actual en la que el poder es ostentado por el neoliberalismo, que invita al consumo y donde parece que todo se puede, parece que fallan las leyes que pongan un límite y mantengan un «No puedes Todo».

La muerte

Juan Francisco Rodríguez dice en su artículo «Sobre el temor a la muerte en el siglo xxi»:

Es un lugar común que desde siempre filósofos, pensadores y poetas han considerado que la conciencia de la propia muerte es quizá el punto central de la vida humana. Se ha dicho que el hombre es el único ser vivo que sabe que va a morir y esto constituye el nudo central de su angustia: qué hace el hombre con este conocimiento, qué hace con la angustia que este saber produce, es el meollo del cual surgen la mayor parte de las producciones humanas y, desde luego, las más específicas.

En muchos puntos de su obra, Freud parece reconocer el temor a la muerte real como algo tan intenso y terrible como para hacer necesario erigir contra él organizaciones defensivas tan complejas como las religiones, destinadas en gran parte a negar la muerte biológica, asegurándole al hombre alguna forma de inmortalidad. En *Moisés y el monoteísmo* dice, por ejemplo, que ninguna religión ha hecho tanto como la egipcia para negar la muerte y afirmar la vida eterna (ultraterrena). Otras han recurrido a las fórmulas como la transmigración o la reencarnación...

Y, sin embargo, a pesar de todo, el temor a la muerte necesita ser elaborado, hasta el punto de que Freud lo considera fundamental para que el ser humano pueda pasar de la fase animista y religiosa de su evolución a la científica, en la cual «no hay lugar ya para la omnipotencia del hombre, el cual ha reconocido su pequeñez y se ha resignado a la muerte y sometido a todas las demás necesidades naturales» (Freud, 1912-1913).

Pero ¿cómo describiríamos la muerte? Hablamos y hablamos de ella pero como la describimos pues la desconocemos, puesto que estamos vivos, no tenemos experiencia de ella.

Platón afirmó que la filosofía es una meditación de la muerte. Toda vida

filosófica, escribió después Cicerón, es una *commentatio mortis*. Veinte siglos después Santayana dijo que «una buena manera de probar el calibre de una filosofía es preguntar qué piensa sobre la muerte».

La muerte puede ser entendida de dos maneras. Ante todo, de un modo ambiguo; luego, de una manera restringida. Ampliamente entendida, la muerte es la designación de todo fenómeno en el que se produce la cesación. En sentido restringido, en cambio, la muerte es considerada exclusivamente como la muerte humana. Lo habitual ha sido atenerse a este último significado, a veces por una razón puramente terminológica y a veces porque se ha considerado que sólo en la muerte humana adquiere plena significación el hecho de morir.

Según las épocas, las culturas y las religiones se da una significación u otra a la muerte.

En 1915 Freud dice: «La muerte propia no se puede concebir; tan pronto intentamos hacerlo podemos notar que en verdad sobrevivimos como observadores.» Así pudo aventurarse en la escuela psicoanalítica esta tesis: «En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad.»

El tema de la muerte y la violencia le interesó a Freud desde el principio, mostrándolo en muchos de sus trabajos, es un tema que también ha interesado a muchos otros psicoanalistas. El psicoanálisis se encarga de las interrogantes que al paciente le despierta la muerte. La muerte es algo que tiene que ver con todo ser humano. La muerte enfrenta al ser humano a la limitación extrema, aquella de la que no puede escaparse, le muestra su limitación, su castración.

El psicoanálisis, la violencia y la muerte

El psicoanálisis sabe mucho de dictaduras, violencia y muerte en el pasado y en el presente.

El psicoanálisis y los psicoanalistas saben mucho sobre las dictaduras, la violencia y la muerte pues las han sufrido en sus propias carnes. Con el régimen nazi en Alemania los psicoanalistas tuvieron que lidiar en su quehacer profesional con un régimen racista y dictatorial. Al psicoanálisis se le tomó como una doctrina judía y tanto el psicoanálisis como los psicoanalistas alemanes se encontraron con la exigencia de expulsar a los judíos de la asociación y entregar la dirección de ésta a un primo de Goering. Freud aceptó, curiosamente, esta imposición y partió hacia el exilio. Así la Asociación Berlinese perdió sus miembros más brillantes e inauguró el alienar las verdades científicas a la ideología imperante.

Durante la Primera Guerra Mundial miembros destacados del psicoanálisis tuvieron que participar en la contienda.

En Argentina, durante la dictadura militar, muchos psicoanalistas se vieron obligados a repetir la experiencia. Se encontraron con pacientes que podían estar calificados como actores de actividades subversivas por los militares, ser calificados ellos mismos como ejecutores de actividades subversivas. Esta situación llevó a muchos de ellos a la emigración. «La práctica analítica en ese país sufrió un exceso de formalización, se teorizaba, se rizaba el rizo de los conceptos, pero sin razón ni conexión alguna con lo que ocurría en el espacio público. La ambigüedad, impuesta por la necesidad de supervivencia producía que Arminda Aberasturi imprecara a sus colegas que iban a Brasil periódicamente a dictar clases: "no vayáis, ¿de qué sirve hablar de psicoanálisis en un país donde todo el mundo tiene alguien querido en la cárcel?" pero ella había ido antes, y seguía yendo. (Mannoni 1980) No fue casual que en ese contexto la Asociación Psicoanalítica Argentina sufriera varias escisiones, algunas que gravitaron alrededor del marxismo y de la antipsiquiatría como ejes renovadores del pensamiento y de la praxis psicoanalítica» 3.

También es justo recordar aquí que España, país que produjo mucha emigración por la dictadura, se vio beneficiada, sin quitar todo el mérito de los primeros psicoanalistas españoles que hicieron gran esfuerzo para realizar su formación y sobre lo que María Luisa Muñoz ya ha escrito recuperando nuestra historia, se vio beneficiada, decía, de la emigración que las dictaduras latinoamericanas trajeron a nuestro país.

Así, la historia muestra que al psicoanálisis le va mal cuando un sistema totalitario se implanta. La historia del psicoanálisis bajo dictaduras siempre es desgraciada. Puede sobrevivir, pero a costa de una profunda disociación. Con el peligro de convertirse en una práctica de cámara, de levantar una barrera infranqueable entre el ámbito público y el privado. Y la política del silencio (política contra la que Anna Segal publicó el artículo «El silencio es el auténtico culpable»), y las concesiones han demostrado ser desastrosas.

Yo pienso que a los psicoanalistas nos concierne la democracia, si se quiere, por un interés profesional. Sólo en el marco de la existencia de un Estado de derecho, de plena libertad de pensamiento y acción, el cumplimiento de la regla fundamental, «diga sin restricciones todo lo que se le cruce por la mente», puede practicarse. En contextos dictatoriales esta invitación puede ser un completo contrasentido incumplible sin graves riesgos para la vida y seguridad tanto del analista como del analizando.

El totalitarismo como discurso perverso

[...] el totalitarismo es una manera en que la perversión se hace presente, y en la que el saber, todo el saber, está encarnado en el líder, el jefe, el conductor, el padre de la Nación. En los totalitarismos, como en la perversión, la castración, el no saber está elidido y el goce proviene de otro absoluto, y muchas veces racionalizado a través de las instituciones y la ideología4.

El 28 de diciembre de 1914, Freud escribe al doctor Frederik van Eeden:

Distinguido colega:

Esta guerra hace que me atreva a recordarle dos tesis sustentadas por el psicoanálisis que indudablemente han contribuido a su impopularidad.

Partiendo del estudio de los sueños y las acciones fallidas que se observan en personas normales, así como los síntomas de los neuróticos, el psicoanálisis ha llegado a la conclusión de que los impulsos primitivos, salvajes y malignos de la humanidad no han desaparecido en ninguno de sus individuos sino que persisten, aunque reprimidos, en el inconsciente (para emplear el término de nuestro lenguaje), y que esperan las ocasiones propicias para desarrollar su actividad. Nos ha enseñado también que nuestro intelecto es cosa débil y dependiente, juguete e instrumento de nuestras inclinaciones pulsionales y afectos, y que todos nos vemos forzados a actuar inteligente o tontamente según lo que nos ordenan nuestras actitudes (emocionales) y resistencias internas.

En la introducción de *Psicología de las masas y análisis del yo*, dice:

Es verdad que la psicología individual se ciñe al ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales. Pero sólo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede prescindir de los vínculos de este individuo con otros. En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología sociológica en el sentido más lato, pero enteramente legítimo.

[...] Por lo tanto, la oposición entre actos anímicos sociales y narcisistas [...] cae íntegramente dentro del campo de la psicología individual y no habilita a divorciar esta última de una psicología social o de las masas.

En *¿Por qué la guerra?* (1933, 1931) dice:

Hemos averiguado que son dos cosas las que mantienen cohesionada a una comunidad: la compulsión a la violencia y las ligazones de sentimientos - técnicamente se las llama identificaciones entre sus miembros. Ausente uno de esos factores, es posible que el otro mantenga en pie a la comunidad.

Todo cuanto establezca ligazones de sentimiento entre los hombres no podrá menos que ejercer un efecto contrario a la guerra. Tales ligazones pueden ser de dos clases. En primer lugar, vínculos como los que se tienen con un objeto de amor, aunque sin metas sexuales. [...] La otra clase de ligazón de sentimiento es la que se produce por la identificación. Todo lo que establezca sustantivas relaciones de comunidad entre los hombres provocará esos sentimientos

comunes, esas identificaciones. Sobre ellas descansa en buena parte el edificio de la sociedad humana.

En 1919 escribe: Las neurosis de guerra, en la medida en que se diferencian por particulares cualidades de las neurosis corrientes en tiempos de paz, deben concebirse como unas neurosis traumáticas que fueron posibilitadas o favorecidas por un conflicto yoico...

Más adelante dice: lo que llamamos en las neurosis de guerra es la neurosis traumática, que, según se sabe, sobreviene también en tiempos de paz tras el terror y accidentes graves, sin nexo alguno con un conflicto dentro del yo.

[...] También la neurosis traumática (de paz) se insertará en esta conexión toda vez que logren un resultado las indagaciones acerca de los nexos, existentes sin ninguna duda, entre terror, angustia y libido.

Psicoanálisis hoy

Me parece importante meditar sobre las palabras que Freud en 1919 dedico a J.J.Putman, «deberá perdonarnos que tampoco podamos aceptar su reclamo de poner al psicoanálisis al servicio de determinada cosmovisión filosófica e imponerla al paciente con el fin de ennoblecerlo. Me atrevería a decir que sería un acto de violencia, por más que invoque los más nobles propósitos.

[...] puede preverse que alguna vez la conciencia moral de la sociedad despertará y le recordará que el pobre no tiene menores derechos a la terapia anímica que los que ya se acuerdan en materia de cirugía básica. Y que las neurosis no constituyen menor amenaza para la salud popular que la tuberculosis, y por tanto, lo mismo que a ésta, no se las puede dejar libradas al impotente cuidado del individuo perteneciente a las filas del pueblo. Se crearán entonces sanatorios o lugares de consulta a los que se asignarán médicos de formación psicoanalítica, quienes aplicando el análisis, volverán más capaces de resistencia y más productivos a hombres que de otro modo se entregaría a la bebida, a mujeres que corren el peligro de caer quebradas bajo la carga de las privaciones, a niños a quienes sólo les aguarda la opción entre el embrutecimiento y la neurosis».

Volviendo a Freud y al artículo «Nuevos caminos de la terapia Psicoanalítica» (1919). Continúa: «Estos tratamientos serán gratuitos. Puede pasar mucho tiempo antes de que el Estado sienta como obligatorios estos deberes. Y las circunstancias del presente acaso difieran todavía más en ese momento; así, es probable que sea la beneficencia privada la que inicie los institutos.

Alguna vez ocurrirá.

Cuando suceda, se nos planteará la tarea de adecuar nuestra técnica a las nuevas condiciones. No dudo de que el acierto de nuestras hipótesis psicológicas

impresionará también a las personas incultas, pero nos veremos precisados a buscar para nuestras doctrinas teorías la expresión más simple e intuitiva. Haremos probablemente la experiencia de que el pobre está todavía menos dispuesto que el rico a renunciar a su neurosis; en efecto, no lo seduce la dura vida que le espera, y la condición de enfermo le significa otro título para la asistencia social. (No les resulta esto conocido hoy en día).

Es posible que en muchos casos sólo consigamos resultados positivos si podemos aunar la terapia anímica con un apoyo materia, al modo del emperador José. Y también es muy probable que en la aplicación de nuestra terapia a las masas nos veamos precisados a alear el oro puro del análisis con el cobre de la sugestión directa, y quizás el influjo hipnótico vuelva a hallar cabida, como ha ocurrido en el tratamiento de los neuróticos de guerra. Pero cualquiera que sea la forma futura de esta psicoterapia para el pueblo, y no importa qué elementos la constituyen finalmente, no cabe ninguna duda de que sus ingredientes más importantes seguirán siendo los que ella tome del psicoanálisis riguroso, ajeno a todo partidismo».

Desde siempre el psicoanálisis y los psicoanalistas han intentado, pese a lo dicho anteriormente de Alemania y Argentina, estar en una sociedad que demandaba y necesitaba abrir interrogantes, encontrarse como sujetos y poder vivir sin verdades absolutas, pendientes de la interrogación. Interrogación que permite crecer y aceptar los límites.

Desde mi experiencia y mis lecturas, siempre se ha mirado de arriba abajo a los psicoanalistas que han intentado dar respuestas más allá de «el encuadre es éste», «los honorarios son éstos». Siguiendo esta filosofía se producen psicoanalistas de primera y de segunda, según se aislen de una sociedad y creen un mundo aislado con el paciente, y los de segunda que según mi punto de vista, y siempre dentro de unos esquemas referenciales, se acercarían más al momento en el que Freud desarrolló su teoría, técnica y clínica.

Si Freud se hubiera quedado en la ortodoxia no tendríamos de qué hablar, incluso negamos parte de los escritos de Freud que nos incomodan por distintos motivos.

A mí me interesa ese Freud que poniéndose el mundo por montera se atrevió a hacer un viaje increíble y pudo gracias a su estructuración psíquica desarrollar una teoría y una técnica sin caer en la soberbia de decir «tengo la verdad», como lo demuestra manteniendo todos sus escritos.

El psicoanalista no debe tener ideología pero para poder desarrollarse la labor psicoanalítica es necesario un mínimo de libertades para poder hablar y abrir interrogantes sin que el fantasma de la violencia abocada a la muerte inutilice y mate la libre asociación y la regla fundamental. Freud creo recordar que decía que una vez aceptó un paciente que podía hablar de todo menos de un tema. Dijo que nunca más aceptaría un análisis así.

Mari Langer, descubrí hace poco, realizó grupos en Nicaragua con los sandinistas que luchaban contra los somocistas. Por mi ex periencia en Nicaragua esto no cayó en saco roto pues hoy muchos, gente no corrompida tras el triunfo, siguen abriendo interrogantes.

Esto me lleva a pensar en la cooperación, tal vez escandalice lo que voy a decir, pero si hablo es con autoridad, soy presidenta de una ONG. ¿Hemos pensado hasta qué punto la culpa se alivia con el 0,7%?

Dejo el tema abierto, desgraciadamente tengo que decir que esas personas necesitan lo que sea incluso el 0,7% aunque tengan el mismo derecho que nosotros.

Vengo diciendo que nuestra práctica psicoanalítica se encuentra a diario con el dolor, la violencia y la muerte.

Pienso que la percepción de unas provincias a otras puede ser muy distinta, si nos atenemos al cáncer por ejemplo, no en todas ellas se da la misma atención psicológica, igual que tampoco se da en la llamada violencia de género, pero ¿qué ocurre con la violencia terrorista?

Pienso que los psicoanalistas tienen que poder acoger el interrogante de la violencia y la muerte, pero ¿qué ocurre cuando se encuentra en una situación social en la que la práctica psicoanalítica misma está cuestionada y el psicoanalista se ve involucrado?, como veíamos en Alemania y Argentina por no citar más.

Mi práctica psicoanalítica está marcada, desde 1977, cuando llegué a San Sebastián.

Ya en un primer momento, a la llegada a San Sebastián, fuimos investigados. Los resultados debieron de ser positivos pues nunca hubo problemas si no se tienen en cuenta las propuestas para llevar la secretaría y los ficheros. Yo siempre dije que no tenía ficheros, y es verdad, inconscientemente debí de tomar esa seguridad.

Seguí trabajando años sin tener ninguna intromisión, ningún obstáculo en mi labor.

En 1995, un alumno que supervisaba conmigo y a la vez estaba en mi seminario, me propuso crear un programa para atención de víctimas del terrorismo.

Era un momento en el que también había miembros de ETA que estaban por la reinserción.

1 Puse como condición que no sólo estuviera dirigido a víctimas de ETA sino a toda la población.

Esto incluía a familiares de víctimas, que a su vez podían ser víctimas o damnificados - luego aclaro estos conceptos - chicos de la kale borroka, personas que

se querían reinsertar, etc. Y una parte fundamental que tenía que ver con la prevención.

Aquí me gustaría hablar de las generaciones marcadas en este país, el País Vasco, esto tiene que ver con la prevención.

Las ikastolas durante muchos años han sufrido huelgas e imposiciones de los chavales próximos a la kale borroka, se han dado huelgas marcadas por muchos «chavales», también hay casos que se podrían llamar «heroicos» cuando un chaval (hay más casos) intenta imponer a otro que no lleve el lazo «azul», el chico le amenaza diciéndole que si al día siguiente lleva el lazo lo esperan para darle una paliza. Este chico llamó a los compañeros y al día siguiente todos fueron con el lazo azul.

Son pequeños grandes héroes de los que nadie sabe, igual que los directores y profesores que día a día han sufrido y sufren el maltrato de los alumnos. En el País Vasco está aparentemente relacionado con la política, día a día vemos que en el resto del Estado también se producen actos parecidos.

Volviendo a 1995, aceptadas mis condiciones pasamos a pensar en el programa.

Nos llevó primero a ver qué personas con formación suficiente querían entrar en él. Se llamó «Programa de atención a víctimas de la violencia político-ideológica».

Hay que tener en cuenta que en aquel momento todos los informes de Amnistía Internacional hablaban de las torturas en España y que no hacía mucho tiempo se dio el terrorismo de Estado a través del llamado GAL.

Un pequeño grupo comenzamos a recopilar experiencias de otros países en este tema, desde el tratamiento psicológico, y psicoanalítico: Argentina, Irlanda, Israel-Palestina, Holanda, por diferentes motivos..., etc.

También contactamos con las pocas organizaciones que en el País Vasco ofrecían un tratamiento psicológico, y sólo encontramos dos y totalmente marcadas por la ideología.

El siguiente paso y con toda la información recogida fue desarrollar el programa.

Conforme lo fuimos desarrollando nos quedó claro que no podíamos recurrir a organismos que nos pidieran informes o quisieran un control más o menos disfrazado sobre los pacientes.

Dimos a conocer el programa contactando y escuchando a todos los partidos políticos y movimientos ciudadanos.

Decidimos, vista la situación, dirigirnos a la Unión Europea y a los organismos más cercanos a los ciudadanos: Diputación de Guipuzkoa, que no lo apoyó y el

Ayuntamiento de San Sebastián que nos apoyó desde el primer momento.

La Unión Europea, después de estudios técnicos, aprobó y subvencionó junto al Ayuntamiento de San Sebastián el programa.

Casualmente los dos extremos fueron los que no dieron respuesta, es decir, PP y HB, pero sí hay que decir que los eurodiputados del PSOE, B.Dührkop, y del PP, Marcelino Oreja, Josu Jon Imaz, del PNV apoyaron y sacaron adelante este programa en la Unión Europea.

El programa atendería a víctimas identificadas: marcados por ETA o personas que querían la reinserción y chavales de la kale borroka que por el motivo que fuera pidieran atención.

Una parte fundamental eran los programas de prevención dirigidos a colegios, asociaciones de barrio, asociaciones de riesgo como periodistas, etc.

Este apartado fue un fracaso principalmente en los colegios. En un momento de crisis en las inscripciones, por la baja natalidad, temían que si ponían un programa así podían ser tenidos por un colegio conflictivo y bajara la matrícula.

Sí se pudo trabajar, aunque no se puede hablar de éxito, dado lo reducido de su aplicación (una ikastola); se realizaron grupos de trabajo para reorganizar el organigrama del colegio que los alumnos habían conseguido deshacer atemorizando a los profesores, quemando sus coches, etc.

Se organizaron programas específicos para grupos de riesgo. No salieron adelante puesto que exigían un control a través de informes.

Salió adelante un programa de trabajo en grupo con funcionarios de prisiones de Martutene.

El programa lo sustentaban psicólogos con formación analítica y que además tenían formación en grupos y familia.

Por otra parte, tenían que aceptar, además de volver al análisis si ya no estaban, trabajar en una consulta distinta al programa, de manera que no fuera su única escucha.

Yo, como directora y coordinadora, no vi pacientes, me ocupé de la supervisión y seminario sobre teoría y técnica.

El programa controlado, apoyado y 'subvencionado por la Unión Europea (fue el primero y que yo sepa, el único subvencionado y apoyado dentro de la Unión Europea), así como por el Ayuntamiento de San Sebastián, comenzó a caminar.

Nos pusimos en marcha y fue más duro de lo que ya habíamos previsto.

Recibida la demanda se hacía la indicación de terapia.

El 11 de marzo de 1997, ETA asesinó a Javier Gómez Elosegui, que además de su consulta privada, trabajaba como psicólogo en la cárcel de Martutene.

Éste es el alumno que me propuso realizar el programa.

Pocos días después nos hicieron llegar amenazas al equipo.

El programa entró en crisis y recurrimos a un encuentro grupal para clarificar. Cada uno seguía, en la mayoría de los casos, en terapia individual. Miembros del programa se dieron de baja y otros continuaron. Hasta aquí voy a contar.

Me gustaría con todos ustedes reflexionar ante situaciones que hoy se nos dan en España; pensemos en los atentados de Atocha, en distintos atentados de ETA. Y volviendo al País Vasco la agravante entre otras de riesgo de violencia.

Voy a poner algunos ejemplos:

El día 3 de diciembre se produce el último atentado con un asesinato de ETA.

Han asesinado a un empresario que participa en la construcción del tren de alta velocidad del País Vasco.

Yo pienso: ¿qué ha cambiado?

Sí han cambiado cosas, pero la sensación de peligro, de amenaza, las generaciones marcadas que han crecido en la cultura de la violencia sigue. Esa misma tarde pacientes marcados aparecen en la consulta.

Justo después de la noticia del atentado, he recibido a tres pacientes, la primera es una política que tiene que moverse con escolta, pensemos en las dificultades que esto entraña para el desarrollo de horario, etc., pero también pensemos en la salud mental de ésta, y muchas otras, que desean pararse a pensar, darse un espacio y un tiempo en el que poder libremente preguntarse. ¿Qué hacemos con ellas?

El otro que tiene un hermano asesinado por ETA y con otro amenazado llegó temblando.

Y un tercero que no estando de acuerdo con ETA es nacionalista y tiene familiares en la cárcel.

Como vemos en el País Vasco el tema del terrorismo lo tenemos a diario en nuestras consultas.

La angustia que puede aparecer en palabras de estos pacientes como «tengo mucho miedo» «estoy aterrorizado», «no sé que decir», «no tengo palabras» o, todo lo contrario, no pueden parar de hablar, relatando recurrentemente la misma historia

muestran la situación de desvalimiento, de pérdida, de indefensión que padecen.

La angustia traumática se da allí donde no hay palabras, en lo que no se puede verbalizar. Lo que escuchamos y los síntomas que presenta es lo encubridor de la vivencia que no puede llegar a estructurarse.

En el inicio del proceso terapéutico, es imprescindible desarrollar todo el potencial de contención a través de la presencia del terapeuta o del equipo terapéutico.

Poco a poco, suelen aparecer vivencias pasadas no elaboradas que se manifiestan ahora en toda su intensidad.

1 Usualmente puede tener un relato, que yo entiendo como encubridor, si bien puede ser indicativo. Este relato despierta en el que lo escucha, en este caso el terapeuta, una sensación de horror, llevando a veces a éste a la errónea impresión de que el desarrollo de la situación catártica es la forma en que se resuelve el trauma.

El terapeuta tiene que tener cuidado de no quedar atrapado en el relato traumático, así como no considerar traumático lo que ellos vivencian como terrible en el relato del paciente.

Creo que es muy importante distinguir entre víctima y damnificado. Una persona asesinada por ETA es una víctima, los familiares son damnificados, si bien pueden asumir el estatus de víctima al quedarse atrapado en la tragedia y esto puede ocurrir por su propia historia personal y más si son ayudados por los intereses políticos en su utilización, todos podemos pensar en esposas, madres, hermanas, etc., que pierden su especificidad para pasar a ser la hermana, la viuda de... Por eso me parece que tenemos que ser sensibles en cuanto a la anulación de una persona y tenerlo presente cuando recibimos a un paciente marcado por el terrorismo de la manera que sea, despegando nuestra escucha desde nuestra posición de psicoanalistas será la mejor manera de ayudarlo.

Bibliografía

ARANZADI, J., JUARISTI, J. Y UNZUETA, P., Auto de Terminación. Raza, nación y Violencia en el País Vasco, El País Aguilar, 1994.

DEBATE CLÍNICO, «Terrorismo y Psicoanálisis», APM, 23 de abril de 2004.

FERRATER MORA, J., Diccionario de filosofía.

FREUD, S., De guerra y muerte, Temas de actualidad, 1915, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

Duelo y melancolía, 1917 (1915), Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

Tótem y Tabú, 1913 (1912-13), Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica, 1919 (1918), Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

-Lo ominoso, 1919, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

Escritos breves. James J Putman, 1919, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

Mas allá del principio de placer, 1920, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

Psicología de las masas y análisis del yo, 1921, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

El porvenir de una ilusión 1927, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

Dostoievskiy el parricidio, 1928 (1927), Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

El malestar en la cultura, 1930 (1929), Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud), 1933 (1931), Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

LIBERMAN, A., El psicoanálisis frente al totalitarismo, art. 19-10-2007.

MUÑOZ, M. L., «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico en España: formación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid», Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 1989.

Revista de Psicoanálisis de Madrid, «La Guerra», núm. 13.

-«El Traumatismo», núm. 44.

RODRÍGUEZ, J. F., «Sobre el temor a la muerte en el siglo xxi», Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, núm. 20.

SANCHO MORENO, G., Víctimas, una sociedad asfixiada por la violencia. Dentro del seminario sobre Idealismo Perverso, Ilustre Colegio de Médicos de Madrid.

Ideología, política y violencia, Conferencia, Bilbao, 2000.

El trabajo con víctimas de violencia terrorista, Zaragoza, 2007.

-La escucha del miedo, Conferencia, Bilbao, 2008.

COLECCIÓN PSICOANÁLISIS
BIBLIOTECA NUEVA/APM

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

El rechazo de lo femenino. La Esfinge y su alma en pena, por Jacqueline Schaeffer.

La culpa. Consideraciones sobre el remordimiento, la venganza y la responsabilidad, por Roberto Speziale-Bagliaca.

Acerca de los niños y los que ya no lo son, por Paula Heimann. Edición de Margret Tonnesmann.

Volver a 'los textos de Freud. Dando voz a documentos mudos, por use Grubrich-Simitis.

El vértigo entre angustia y placer, por Danielle Quinodoz.

Los sueños que vuelven una página. Sueños de integración de contenido paradójico regresivo, por Jean-Michelle Quinodoz.

La vida operatoria. Estudios psicoanalíticos, por Claude Smadja.

La adopción. Un tema de nuestro tiempo, por Milagros Cid y Silvia Pérez Galdós (Coords.).

El cuerpo como espejo del mundo. Una mirada psicoanalítica sobre nuestra sociedad, por Janine Chasseguet-Smirgel.

¿Por qué no pasa el pasado? La desmemoria melancólica, por Milagros Oregui.

Psicoanálisis y «malestar» del hombre en el mundo actual, por María Hernández y Manuela Utrilla (Eds.).

Los modelos psicoanalíticos de la psicósomática, por Claude Smadja.

Figuras de la violencia en la sociedad actual. Violencia de género, acoso laboral, maltrato infantil, por Silvia Pérez Galdós y Manuela Utrilla (Comes.).

Tejiendo ensoñaciones. Encuentros psicoanalíticos con padres y niños, por Manuela Utrilla Robles.

El sueño y la sesión, por Bernard Chervet y Christine Jean-Strochlic (Dirs.).

El psicoanálisis y la capacidad creativa en el ser humano, por Enriqueta Moreno (Comp.).

* Raúl Fernández Vilanova, licenciado en Psicología. Psicoanalista. Asociación Psicoanalítica de Madrid.

i Por supuesto que hay un infinito número de interpretaciones inverosímiles por completo, como sería: «si me lavo los dientes a las 8.15 h la lámpara caerá sobre la cabeza del abuelo», que serían incompatibles con la coherencia del yo, pero que sin duda no forman parte del inconsciente reprimido.

* José M.a Erroteta, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid. Jefe clínico del Servicio de Psiquiatría del Hospital Universitario de Cruces (Bizkaia). Profesor de la Universidad del País Vasco (EHU-UPV).

1 Erroteta (2008).

2 Freud (1926), pág. 158.

Freud (1920), pág. 16.

6 Klein (1946).

Freud (1923), pág. 46.

Freud (1932), págs. 89-91, 116 y 124-125.

Klein (1937).

8 Klein (1930).

9 Segal (1957).

1º Bion (1962).

12 Winnicott (1954), pág. 358.

3 Phillips (1988), pág. 120.

Erroteta (2009).

4 Winnicott (1956).

15 Ídem.

16 Fairbairn (1951).

17 Segal (1957).

` \$Winnicott (1953), pág. 22.

* Mariela Michelena, licenciada en Psicología. Psicoanalista. Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

* Daniel Schoffer, licenciado en Psicología. Psicoanalista. Miembro de la Asociación Psicoanalista de Madrid.

'S.Freud (1896a), Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa, Buenos Aires, Amorrortu, tomo III, 1975.

2 S.Freud (1917), Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal, Buenos Aires, Amorrortu, tomo XVII, 1979.

s S.Freud (1923), La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad, Buenos Aires, Amorrortu, tomo XIX, 1986.

a S.Freud (1931), Sobre la sexualidad femenina, Buenos Aires, Amorrortu, tomo XXI, 1986.

5 S.Freud (1933 [1932]), Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, Conferencia núm. 33, La feminidad, Buenos Aires, Amorrortu, tomo XXII, 1986.

6 S.Freud (1917), Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal, ob. cit.

7 D.Schoffer, La función paterna en la clínica freudiana, Buenos Aires, Lugar Editorial, 1908.

8 S.Freud (1926 [1925]), Inhibición, síntoma y angustia, Buenos Aires, Amorrortu, tomo XX, 1986.

S.Freud (1925), Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, Buenos Aires, Amorrortu, tomo XIX, 1986.

i° S.Freud (1924), El sepultamiento del complejo de Edipo, Buenos Aires, Amorrortu, tomo XIX, 1986.

'i A.Green (1990), El complejo de castración, Buenos Aires, Paidós, 1996.

12 S.Freud (1924), El sepultamiento del complejo de Edipo, ob. cit.

13 S.Freud (1917), Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal, ob. cit.

15 S.Freud (1931), Sobre la sexualidad femenina, ob. cit.

'4 S.Freud (1923), La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad), ob. cit.

17 S.Freud (1933 [1932]), Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, Conferencia núm. 33, La feminidad, Buenos Aires, Amorrortu, tomo XXII, 1986.

18 S.Freud (1931), Sobre la sexualidad femenina, ob. cit.

16 G.Pommier (1985), La excepción femenina. Ensayo sobre los impases del goce, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1986.

19 S.Freud (1933 [1932]), Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, ob. cit.

* Sabin Aduriz, licenciado en Psicología. Psicoanalista. Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

* Pepa Llinares Llorca. Médica psiquiatra. Psicoanalista. Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

'M. de M'Uzan, La bouche de l'inconscient, París, Gallimard, 1994.

2 Hélène Pinet y Reine-Marie Paris,, Camille Claudel. Le génie est comme un miroir, París, Gallimard, 2003.

s Le Figaro, hors serie, «Camille Claudel», marzo 2008, pág. 24.

4 Fue modelado desde septiembre de 1892 hasta el verano de 1893 en el castillo de Islette, donde vivió su amor con A.Rodin en períodos de vacaciones, y donde, también, se había recluso, para recuperarse de algún embarazo no llevado a término. Toma como modelo a la hija de los propietarios del castillo, una niña de seis años.

s La cursiva es mía.

6 Reine-Marie Paris, «L'Emmurée», Le Figaro, hors serie, Camille Claudel, marzo 2008, pág. 92.

7 Según Odile Ayral-Clause: «La madre no quiere verla y rechaza la idea de recibirla en su casa. Su padre, que la apoya hasta el final, cree que sólo si se rehacen las relaciones afectivas ordinarias y recibe un sostén físico y emocional de la familia, se puede evitar el derrumbe emocional de su hija, pero la madre se niega y él no logra imponerse. El aislamiento de Camille es absoluto, a excepción de Eugène Blot (editor de sus esculturas) y de Henry Asselim». Camille Claudel, sa vie, París, Editions Hazan, 2008, pág. 203.

8 Hélène Pinet y Reine-Marie Paris, ob. cit.

9 Joan Alcover, Cap al tard, Barcelona, Edicions 62, 2007. Edición y estudio preliminar de Maria Antónia Perelló Femenia. La traducción es mía.

° Maria Antónia Perelló Femenia, «Estudi Preliminar», en Cap al tard, Barcelona, Edicions 62, 2007.

"~ Ídem.

- 12 J.Schaeffer, Quel retour d'âge? Début de la fan ou fin du début?, RFP 4/2005.
- 3 S.Freud, «Sobre los tipos de contracción de neurosis», Obras completas, tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, pág. 243.
- S.Freud, «Conferencia 25: La angustia», Obras completas, tomo XVI, Buenos Aires, Amorrortu.
- S. Freud, «Análisis terminable, interminable», Obras completas, tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, pág. 229.
- 14 H.Deutsch (1945), «El climaterio», en Obras escogidas, Barcelona, RBA, 2006.
- 15 M.C.Laznik, Le complexe de jouissance, RFP, 4/2005.
- 16 H.Deutsch, ibíd.
- 17 M.C.Laznik, ob. cit.
- 20 J.Schaeffer, ob. cit.
- 18 S.J.Riviere (1929), La femineidad como máscara, Barcelona, Tusquets editores, 1979.
- H.Deutsch. (1945), ob. cit.
- 21 M.Gueydan (1991), Femmes en ménopause, Toulouse, Érès.
- 22 S.Freud (1895), «Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia», Obras completas, tomo III, Buenos Aires, Amorrortu.
- S.Freud (1911), «Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente», Obras completas, tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu.
- 24 E.Jaques (1965), «La muerte y la crisis de la mitad de la vida», Revista de Psicoanálisis, tomo XXII, 4/1966.
- 25 O.Fernández Mouján, Crisis vital, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.
- 23 E.H.Erikson, El ciclo vital completado, Barcelona, Paidós, 2000.
- 26 L.Gringberg y R.Gringberg, Identidad y cambio, Barcelona, Paidós, 1980.
- 27 S.Freud, «Recordar, repetir, elaborar», Obras completas, ob. cit., pág. 147.

28 Jorge Ahumada, La ruta hacia el desconocimiento: la identidad en la era postmoderna, Conferencia pronunciada en la APM en mayo de 2007.

29 R. G. Collingwood'(1938), Los principios del arte, México, FCE, 1993.

31 Ch. Lasch (1979), La cultura del narcisismo, Barcelona, Editorial Andrés Bello, 1991.

31 O.Fernández Mouján, ob. cit.

32 Gérard Le Goués, «Le stade des rides», en Revue Francais de Psychanalyse, septiembre 2005, núm. 4, tomo LXIX.

ss D.W.Winnicott, «La creatividad y sus orígenes», en Realidad y juego, Barcelona, Gedisa, 1986.

34 Para E.Erikson, la generatividad, antítesis del estancamiento, abarca la procreatividad, la productividad y la creatividad, y por tanto la generación de nuevos seres y de nuevos productos e ideas, incluido un tipo de autogeneración que tiene que ver con un mayor desarrollo de la identidad. De la antítesis generatividad versus estancamiento, surge el cuidado que es un compromiso ampliado de cuidar de las personas, los productos, y las ideas por las que uno ha aprendido a preocuparse. E.H.Erikson, El ciclo vital completado, ob. cit.

36 A.Green, «Agressivité, féminité, paranoia et réalité», RFP, núm. 4, 2002, tomo LXVI, págs. 1091-1102.

3s A.Rodin le dio amor, entrega, atención y, en la distancia, la ayudó económicamente, y también reconoció su grandeza. Rodin donó su obra al Estado a cambio de convertir el Hôtel Biron en su museo, y proyectó una sala para la obra de Camille Claudel (1916).

17 S.Freud (1931), «La sexualidad femenina», Obras completas, ob. cit.

S.Freud (1933), «La feminidad», Obras completas, tomo XXII, ob. cit.

* Carlos Padrón, médico psiquiatra. Psicoanalista. Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

i Freud define la pulsión por sus componentes: fuente, empuje, objeto y meta.

3 Fráncfort, 1785.

2 No hay que olvidar que, en psicoanálisis, al hablar de «sexualidad» siempre se trata de «psico-sexualidad».

5 «Así, llamamos ilusión una creencia cuando, en su motivación, la realización de un deseo es prevalente y no se toma en cuenta la relación de esta creencia con la

realidad. Al mismo tiempo, la ilusión renuncia a la confirmación por la realidad (S.Freud, El porvenir de una ilusión, Cap. VI).

6 La secuencia es sexualidad infantil, latencia, adolescencia y sexualidad adulta.

4 Las cursivas son mías.

Tres ensayos de teoría sexual, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu.

8 S.Freud, Los dos principios del funcionamiento mental, 1911.

9 André Green ha acuñado el concepto de *déliaison* que se refiere a la atenuación del vínculo de la pulsión con el objeto que, por mi parte, considero que explica ciertos fenómenos clínicos que atribuyo a la acción de la pulsión de muerte.

iÓ Christian David, *L'état amoureux*, París, Payot, 1971, pág. 168.

` 2 E.Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, t. 1, cap. XXI, París, Gallimard, 1966, pág. 259.

'i En su época, el término «melancolía» recubre el nuestro «depresión».

13 «Viellir c'est ne pas rêver.»

* Eloísa Castellano-Maury, licenciada en Psicología. Psicoanalista. Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

* José Luis Gallego, médico psiquiatra. Psicoanalista. Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

* Gema Sancho, licenciada en Psicología. Psicoanalista. Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

'José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*.

2 J.F.Rodríguez, «Sobre el temor a la muerte en el siglo xxi», *Revista de psicoanálisis de la APM*, núm. 20.

s Adrián Liberman, *El psicoanálisis frente al totalitarismo*.

a Adrián Liberman, *El psicoanálisis frente al totalitarismo*.

Índice

Presentación, BEGOÑA GALLEGO	6
Los fundamentos de la capacidad creativa del ser humano, RAÚL FERNÁNDEZ VILANOVA	9
Estructuración del psiquismo en la temprana infancia. Esbozos del pensamiento creativo, Josi Ma ERRO	21
El juego como expresión de la función simbólica, MARIELA MICHELENA	31
El complejo de Edipo y la creación de la novela familiar, DANIEL SCHOFFER	44
Adolescencia, etapa bisagra en la adquisición de una identidad psicosexual. La creación de sí mismo,	62
Crisis de la edad media de la vida y creatividad, PEPA LLINARES	78
Envejecimiento y creatividad, CARLOS PADRÓN	102
Reflexiones psicoanalíticas sobre la cultura, la creación y la creatividad, ELOÍSA CASTELLANO-MAURY	111
Escenario perverso y neosexualidad, Josl` . Luis GALLEGO	121
La cultura de la muerte: más allá del instinto, el poder destructivo como hecho creativo, GEMA SANCH	139
RAÚL FERNÁNDEZ VILANOVA	154
Por una parte, podemos hacernos a la idea de que, a medida que el psiquismo se complejiza, surgen mu	155
JOSi M.a ERROTETA*	155
Comenzamos a crear por puro desvalimiento'	155
En Freud, más allá de esa primera satisfacción alucinatoria del deseo que se desvanece rápidamente,	155
Sólo más adelante, hacia los diez y ocho meses, con la individuación y la constancia objetal logra	155
A partir de ahí, toda la teorización freudiana sobre la creatividad se basa en la ausencia del objet	155
ante esa pérdida objetal y en un proceso posterior de nueva salida de libido hacia los objetos que	155
Aquí se trata de una pérdida por destrucción, como consecuencia	

de los avatares de la posición esqui	
Los procesos reparatorios ⁷	155
Coinciden además con la adquisición de la capacidad simbólica ⁸ ,	155
Segal ⁹	155
Probablemente, uno de los más importantes referentes entre los continuadores de la obra de Klein, ge	155
La fuerza vital primitiva es la urdimbre del ello y en realidad es amor. Un amor primitivo ¹¹	155
Ahora bien, en la primera etapa del desarrollo (preintegración), la agresión no implica intención de	155
de no ser así podría quedar dissociado o experimentarse como una fuerza extraña en la personalidad. L	155
Partiendo del «estado de preocupación maternal primaria» ¹⁴ ,	155
Durante todo el período de desarrollo temprano, para que la auténtica experiencia de satisfacción se	155
Recalco una vez más que el bebé humano llega a esta vida con el propósito de ser. Probablemente este	155
En realidad, podrá relacionarse con el objeto con la misma libertad con la que usa los símbolos, por	155
que por cualquier otra característica y Winnicott ¹⁵	155
MARIELA MICHELENA*	155
DANIEL SCHOFFER*	155
Recordemos que para Freud el problema siempre está en lo sexual, no en vano, en un trabajo de 1896,	156
En el año 1917, Freud escribió un artículo que tituló Sobre las trasposiciones de la pulsión, en par	156
Y es que en el año 1923, en La organización genital infantil`	156
En este período de resignificación teórica y clínica Freud aborda el enigma de la mujer en dos traba	156
y La feminidad (Freud, 1933 [1932]: 104-125) ⁵ .	156
De este modo, el padre aparece como el que debe proporcionar aquello de lo que previamente se había	156
Como lo le expresado en un trabajo anterior, si el deseo de la mujer es deseo del falo y ese deseo s	156

1 En este punto es importante resaltar que esta angustia, que Freud (1926 [1925]: 122)\$	156
Hasta ese momento no estuvo en juego el complejo de Edipo, ni había desempeñado papel alguno. Pero a	156
En El sepultamiento del complejo de Edipo, Freud (1924: 184)10	156
padre, se constituye un complejo de castración, estrechamente vinculado con el complejo de Edipo"	156
incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto'.	156
Porque si tal como lo formula Freud (1917: 119)1'	156
Y si la niña, tal como lo formula Freud (1923: 146)14,	156
Recordemos que cuando Freud (1931: 227-229)15	156
La castración es el resultado de la amenaza implícita que resulta de la comparación entre falo y pen	157